Los caminos de Antonio
(Hacia el *Homo eroticus*)

Arnaldo Sánchez

© Arnaldo Sánchez
© Fundación Editorial el perro y la rana, *2007*

Av. Panteón. Foro Libertador
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja.
Caracas - Venezuela, 1010.
Telf.: (58-0212) 5642469-8084492/4986/4165
Telefax: (58-0212) 5641411

CORREOS ELECTRÓNICOS:
elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE: Alejandro Silva
CORRECTORA: Yessica La Cruz Báez
PORTADA Y DIAGRAMACIÓN: Carlos Herrera
DISEÑO DE LA COLECCIÓN: Carlos Zerpa

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
N° lf402200780045l4
ISBN 978-980-396-829-8

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Venezuela

COLECCIÓN ***Páginas Venezolanas***

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Fundación Editorial
el**perro**y la**rana**

Dedicado a
Yanira
porque a la luz
me soporta,
y en mi oscuridad
me llena de amor.

Agradecimientos

A las amigas porque me mostraron una ventana a través de la cual conocí un esbozo del mundo femenino.

A los amigos que me prestaron sus historias para alimentar a Antonio.

Un agradecimiento especial a Susana G. y Marjorie R. por sus acertados y duros comentarios que me obligaron a tomar una decisión.

Prefacio

Hablar acerca del amor, en nuestra actualidad, es una tarea difícil; ya que el uso comunicacional de dicha palabra se ve entorpecido por el simple hecho de no tener una acepción uniforme como concepto. Concebimos el amor a través de un enfoque, diseñado intencionalmente, que pretende convertirlo en un sinónimo de sexualidad... y hasta de pornografía.

El amor, como expresión individual, está presente en la dimensión humana de todos los instintos y es la base sobre la que se va a construir la arquitectura existencial que nos convierte en seres realmente superiores.

La ganancia evolutiva del *Homo sapiens* debería ser la adquisición e integración, a través de arreglos neurosensoriales, del concepto del amor. Es la piedra angular de nuestra especie; de allí, el carácter subversivo y la condición de víctima del despiadado ataque por parte de quienes difunden y apuntalan las características más degeneradas del pensamiento humano.

De manera que, una vez integrado en nuestro interior, ese amor nos permitirá proyectarnos hacia el ente social: razón última de la presencia vital.

Por otra parte, sé que al intentar exponer un tema fuera de los géneros establecidos (cuento, novela, ensayo, etc.) añado una aparente falta de ilación que amenaza la consistencia de lo narrado; sin embargo, es en esta suerte de trans-género donde encontré los elementos necesarios para decir las "cosas" que quiero decir.

Ojalá mi libertad de pensar y la forma de decirlo, no choque con las posibles posiciones conservadoras, respecto a la construcción literaria, de quien se acerque a mis palabras. Ojalá logre comunicar mis ideas.

El pacto

Antonio se incorporó bruscamente en su cama, atenazada la garganta por una sensación de asfixia. A tientas, encendió la luz de la lámpara cercana. Una angustia abrasadora le llenaba la boca, donde docenas de palabras luchaban por nacer todas a la vez. Traté de aprovechar la ventana, que la casualidad y su miedo me mostraban, para intentar hacerme oír en el mundo real de Antonio.

—Es la muerte —susurré—, ella quería sorprenderte sin dejar que hagas testamento.

Antonio actuó como si no me escuchara; sin embargo, a medida que se tranquilizaba y domaba su terror, tuvo la conciencia de haber soñado que moría sin decir ni hacer mil cosas postergadas.

Ya totalmente despierto, se dirigió a la cocina para hacer café; y allí, rodeados por los ruidos propios del amanecer de la ciudad, logré capturar su atención.

Unos minutos después, disfrutando de su bebida, se dispuso al diálogo. (Actualmente, sólo nos acercamos en los momentos de crisis). Entre recriminaciones y reconocimientos, limando reticencias, llegamos al acuerdo de unir nuestros relatos para decir, de una vez por todas, lo que cada uno pensaba del camino recorrido.

—Yo —dijo Antonio— sólo puedo hablar de recuerdos y esos recuerdos son episodios de mi vida con nombres femeninos.

—Haz lo que creas pertinente —contesté, puntualizando de inmediato—. Por mi parte, quiero hablar de mis inquietudes acerca de tantos hechos paradójicos en ese mundo que transitamos y dejar en claro, aunque seamos uno, nuestras diferencias.

Ante su mutismo, me despedí de él. Ya todo estaba dicho.

Mientras me dirigía a mi refugio (yo habito y respiro a mis anchas en la madrugada) cavilé acerca de la particular oportunidad que se me presentaba. Básicamente, hay dos temas que me han inquietado con insistencia: uno es el secuestro, dirigido e intencional, de la palabra amor y todas las consecuencias que derivan de ello; el otro, se refiere al hombre nuevo; pues es perentoria la aparición de un ente humano diferente.

El *Homo sapiens neanderthalis* dio paso al *Homo sapiens sapiens*, y éste, necesariamente, será sustituido por una nueva especie: el *Homo sapiens eroticus*.

El *Homo eroticus* será el ser humano capaz de portar, de una vez por todas, la credencial de ente cúspide de nuestra maltratada biósfera. De estos puntos necesito hablar o corro el riesgo de ahogarme.

Y a propósito ¿quién ha tenido noticia de un pacto tan interesante y singular con "el otro yo"? Soy consciente de la imposibilidad de introducir mi diatriba, en la secuencia de esos "episodios con nombre de mujer", sin desequilibrar el relato; pero no tengo otra opción.

En última instancia, las ideas de Antonio y las mías confluirán en el terreno del amor y del erotismo; siendo éste la expresión racional, comunicable y placentera del poderoso instinto sexual que nos motoriza.

Además, tratemos de hablar acerca del Hombre Nuevo.

Luciflor

Durante la niñez, a todas las personas nos suceden situaciones especiales relacionadas con el sexo. Agradables y constructivas unas, discordantes y lacerantes otras, ellas son almacenadas en el baúl de los recuerdos y desde allí pueden gobernar acciones futuras de nuestra vida; aun sin la conciencia o el permiso nuestro.

Hurgando en mi memoria, encontré que uno de mis primeros recuerdos, hilvanado y secuencial, me ubica en el patio de una casa; donde veo a un niño de unos tres años jugando, separados por una alambrada, con una niña de la misma edad.

Ella está parada, pegada a la cerca, con la pantaletica a nivel de las rodillas; yo, agachado frente a ella, tratando de introducir una ramita de pino en esa "rajita" curiosa que tiene en el lugar donde debería estar su "pipí".

¿Díganme si esto no es instinto? Ya a esa edad, yo adivinaba que "eso" estaba allí para jugar y ser penetrado. Y así me encontraron; fue la primera paliza que recibí en aras de la curiosidad científica o, si se quiere, en el ejercicio del deber de macho.

II

Aproximadamente dos años después, recién mudados a otro barrio, estoy sentado a la puerta de mi casa. Solo, pero divertido; quizás contando carros por color o dándole nombre y función a las cosas. Cuando niños, tenemos el tiempo suficiente para descubrir las maravillas que encierra la realidad más simple. De pronto, en la esquina de mi calle, comienza a dibujarse una figura azul cielo. A medida que se acerca, me va inundando de detalles: un vaporoso vestido, con muchos encajes, que electriza el pedazo de mañana que la rodea; un lindo sombrerito ladeado, en una cabellera rubia y embuclada, enmarcando una cara de ángel… pálida y ausente. Cuando está más cerca, llega a mis oídos el tintineo de unas campanitas, adorno de su pulsera, batidas en el contorno de una figura que ya es dueña del mundo.

Ante esta etérea visión, yo, sin conciencia de erección ni de adrenalina, sentí un golpe en el pecho y un cosquilleo en el vientre. Tampoco conocía el significado de la palabra sexy… pero esa carajita era sexy.

En la infancia, la llamada del sexo se canaliza a través del deslumbramiento de imágenes, abundancia de colores, redundancia de tonos y otros elementos decorativos (las payasitas conocen bien del tema). Es probable que si la niña pasa frente a mí "en cueros", no me atrae tanto ni dispara mis instintos.

Y ya casi estaba a mi lado con su femenina displicencia. ¿Cómo gritar que yo también existía y estaba fascinado con su presencia? Mi llamado de amor no tuvo un toque precisamente glamoroso. No se me ocurrió nada mejor que decirle:

—Adióoos, mi amor ¡Dame la cuca!

Y me hice notar. ¡Vaya si me hice notar! Su cuerpo respingó, pero yo me sentí reafirmado. Había dado mi opinión… había lanzado mi apuesta.

Fue éste, el primer piropo que ofrecí a una hembra.

Una hora después, olvidada ya la cuestión, veo de nuevo al angelito; pero ahora venía de la mano de una señora gorda en bata y chancletas y, para mi tormento, la divina criatura me señalaba. De más está decir que de improviso, había olvidado no sé qué cosa debajo de una de las camas; quizás mi mejor escondite en aquellos

tiempos. Allí me dirigí, esperando los acontecimientos que ya imaginaba cómo se desarrollarían.

El sonido del timbre de la casa estalló, dentro de mí, al igual que la sorpresa de descubrir una certeza en la soledad de la madrugada.

Se oyó una voz chillona y alterada "¡Que si mi niña!" "¡Que si ese muchachito grosero!" "¡Que si tamaña vulgaridad!" "¡Que si ella iba a la iglesia y se asustó mucho!" "¡Que esto...!" "¡Que aquello!" Intercalada en el parloteo, se oía la voz tranquila de mi madre:

—¿Está segura, señora? No se preocupe, señora, yo arreglo eso y perdone usted, señora. No volverá a suceder, señora.

Luego de un premonitorio silencio:

—¡ANTONIOOOOO! ¡TOÑITOOOOO!

Por supuesto que ni me moví. Y mientras esperaba la calma de la tormenta, renegaba de esos seres con falda que siempre me metían en problemas.

Pasarían unas dos horas cuando, acuciado por otro instinto, me dejé caer, con la cara más inocente que guardaba en mi repertorio, por el comedor. Allí coseché mi premio o mi aperitivo. En definitiva, otra paliza por culpa de las carajitas.

Este recuerdo me acompañó, durante mucho tiempo, como una vergüenza irracional, una culpa ominosa; hasta que ya adulto, pude verbalizarlo y comunicarlo como un chiste anecdótico.

Así mismo, prácticamente nunca les lanzo piropos a las mujeres. No me salen de la boca, aunque los haya pensado.

III

Afortunadamente, las palizas y reprimendas sólo lograron que fuera más cuidadoso y en los años siguientes, compartí nuevos y casuales encuentros donde no fui descubierto. No obstante, durante toda mi infancia el sexo tuvo un toque de pecaminoso, prohibido y hasta acompañado de una sensación de suciedad. En realidad, no lograba entender por qué mis padres se abrazaban y besaban; la televisión mostraba constantemente escenas de acercamiento sexual; la prensa me enseñaba propagandas de parejas en el amor... y yo no podía besar a una niña ni jugar entre sus muslos. Se me inculcaba que yo era un macho; entonces... ¿cómo lo demostraba? Se me sembraba que ser maricón era la peor anormalidad... pero no me

permitían demostrar la inclinación heterosexual que luchaba por asomar en mis apetitos.

Creo que ese fue mi primer choque con la terrible doble moral religiosa. Por alguna razón comprendí, aun sin conocerlo, que si bien Freud es el padre del Psicoanálisis, la gran madre de sus pacientes fue la religión judeo-cristiana, ya que ella es origen de una demoníaca pasta de conflictos y confusiones en relación a la manifestación sexual del individuo.

IV

Retomando el hilo de los recuerdos, la evocación sexual más florida que tengo de mi infancia tiene que ver, sin lugar a dudas, con Luz y Flor.

Flor era la mujer de servicio de mi casa. Contemporánea con mi madre (alrededor de treinta y cinco años) se encargaba de las tareas culinarias, mientras mamá comenzó a trabajar en un taller de costura. Flor se había ganado el respeto de la familia, a la cual conducía con actitud monástica y disciplina casi militar. Ejercía sobre mí, el menor, un control especial; pero mi memoria no registra ninguna manifestación de cariño para conmigo. Jamás me besó o abrazó... aun en mis días más tristes.

En esos tiempos llegó a la casa, desde Los Andes, una sobrina de Flor. Se llamaba Luz y tenía doce o trece años.

Recuerdo con claridad la llegada de Luz a la casa porque coincidió con una circunstancia que, ahora lo pienso, cambió sustancialmente las pautas de mi vida futura. Unos días después de su llegada ocurrió una catástrofe: se dañó el único televisor de la casa y el daño era irreparable.

—Cuestión de pantalla —decían y pensar en comprar uno nuevo era una utopía.

Las dos primeras semanas, lloroso y abatido, me sentaba frente al "cadáver" del aparato y rogaba a las deidades cristianas por un milagro.

En la escuela, me sentía excluido cuando mis compañeros comentaban los capítulos recientes de las series televisivas de moda. Ni siquiera me atrevía a decir que en mi casa no había televisión. Yo no era tan valiente... no quería ser objeto de burla.

Pero una hermosa mañana, una hermana mayor tuvo la feliz idea de regalarme un libro ilustrado de cuentos. Fue el descubrimiento del siglo. Me atraparon las historias y las palabras, la imaginación y las fantasías.

Seguía siendo niño y jugaba con mis amigos, pero ahora inventando las historias que actuábamos. Como por arte de magia, apareció un espacio nuevo al llegar desde la escuela. El camino de regreso, en la tarde, se llenaba de aventuras y desafíos. Simbad el marino, podía aparecer en cualquier momento detrás de algún autobús en la avenida. Alí Babá, era buscado por los "hombres de caqui" para llevarlo a la Seguridad Nacional. Veía cíclopes en las fachadas de los edificios. Planeaba estrategias para hacerme amigo de los dragones y los gnomos. Un gran zoológico de seres comenzó a congregarse a mi alrededor.

En esa época, sentado en el patio de la casa y jugando "dentro" de alguna historia, un visitante me saludó una tarde diciendo:

—¿Qué pasa, Toñito? ¿'Tas hablando solo? ¿Te volviste loco?

—¡No! —le contesté, pero lo miré y pensé: "Yo no hablo solo ¡Estoy hablando conmigo!".

Había descubierto mi mundo interno.

Pasados unos meses, apareció un nuevo televisor en la casa; pero ya no pudo competir con los libros ni con mi imaginación. Así adquirí mi adicción a la lectura; esa "enfermedad" que, aunque esté muy apurado, me hace detener en las vidrieras de las librerías para solazarme en la contemplación de nuevos y viejos títulos.

V

Desde mis ocho años, Luz era un adulto más y no alteró el pedazo de mundo que me rodeaba. A decir verdad, no me interesaba qué hacía o cómo lo hacía. Mi universo seguía girando y no precisamente a su alrededor. De tal manera que, algún tiempo después y durante un mediodía, se le ordenó que me bañara. Supuestamente, yo no lo hacía bien y Luz me enseñaría a asearme correctamente. Los acontecimientos mostrarían que su pedagogía iba a incluir otras materias.

La primera vez, entré a la regadera rápidamente. Ya debajo del chorro de agua, escuché la cortina del baño moverse y ella apareció

con su habitual vestido de una pieza, pero anudado entre los muslos. Después de lavarme el cabello, comenzó a frotar mi cuerpo con una esponja; mientras, hablaba continuamente de las bondades del aseo personal y la higiene. Dejó para el final mi trasero y los genitales.

—Esto hay que lavarlo muy bien siempre —agarrando entre pulgar e índice lo poco que había para agarrar y retrayendo el prepucio—. ¡Mire qué "cochino" está esto! —decía manipulando tanto que sentí cómo iba endureciéndose mi pene.

Creo, fue la primera vez que tuve conciencia de mi erección.

—¡Sinvergüenza! Mire cómo se le está poniendo el "bichito" —soltó de pronto.

Recordé las reprimendas anteriores por algo relacionado con situaciones fálicas y ante mi evidente inquietud, Luz trató de tranquilizarme.

—¡No!, él lo que está es contento porque lo estoy lavando; por eso se "para" así —agregó—. Si hasta provoca darle un besito.

"¿Besarme el pipí?", pensé conflictuado; pero más tranquilo con las últimas palabras de Luz.

—Bueno, ya está listo —y envolviéndome en una toalla, me llevó a mi habitación—. Vístase usted solo, que ya es un hombrecito —dijo alejándose, mientras yo me quedaba tranquilo y olvidaba la situación del baño.

Tres días después, luego de una sesión de regadera similar a la anterior, Luz me ayudó a vestir. Me abrazó e inició una cadena de besos, en la frente y mejillas, terminando con un beso en mi boca e insinuó su lengua entre mis labios; acción esta que me provocó asco. Me separó de ella agarrándome fuertemente por los hombros. Mientras me balanceaba, hacia atrás y hacia delante, dijo:

—Nunca hable nada de lo que hacemos porque yo voy a decir que es mentira y a usted no le van a creer, ¿entendió?

Varios encuentros después, Luz se quitó el vestido para bañarme, quedando en pantaleta y sostén. Trajo además un banco, donde se sentó a observar si yo había aprendido sus enseñanzas. A la mitad de la demostración, ella comenzó a canturrear:

—Este niño chiquito ya está aprendiendo; ya está aprendiendo este niño chiquito.

Mientras cantaba, procedió a quitarse el sostén y continuó:

—El niño chiquito va con su mamá —dijo sentándome en sus muslos y acercando mi cara a sus tetas—. Y ahora el niño chiquito va a comer la teta de mamá.

Yo, como último hijo, fui destetado tardíamente y tenía fresco el recuerdo del agrado de la sensación de mamar; así que no necesité mucho estímulo para chupar los pezones que se me ofrecían. Ya había sido advertido por Luz que si llegaba a morderla, me iba a romper la jeta, "sutil" pedagogía erótica.

En el ínterin, Luz metió la mano entre el ombligo y la pantaleta. Parecía que le picaba allí.

Me adormecí mamando hasta sentir que me ahogaba entre sus tetas y su abrazo. Casi caí de los muslos que se movían con frenesí.

Cuando logré zafarme, ella estaba recostada de la pared con los ojos cerrados y respirando entrecortadamente.

Abrió los ojos y me increpó:

—¿Qué me ve? Termine de bañarse ya —y salió del baño.

VI

Los siguientes recuerdos no puedo precisarlos secuencialmente. Me veo despertándome en la penumbra de mi habitación, desnudo y con la piel erizada, mamando las tetas de Luz. Otra aurora me sorprendió y ella tenía mi pipí en su boca, chupándolo suavemente. Creo que me gustaba, pues era consciente de la angustia y los latidos en mi pubis, pero me hacía el dormido. En otro amanecer, me sacó del sueño para que le besara el cuello, le chupara suavecito las tetas y le acariciara la espalda. Ya no era sorpresa sentir su lengua en mi boca... y yo le correspondía.

Para mí, era rutina el viaje de sus manos hacia su propio pubis. Comencé a estar pendiente de la "danza" final que la acometía. Sin saberlo, asistía al nacimiento del observador de orgasmos; condición que me ha acompañado durante toda mi vida sexual.

Luz no me tomaba en cuenta durante el día; así aprendí a ser discreto. Intuía que la continuación de las sesiones mañaneras y las del baño dependían, de alguna forma, de mantener el secreto. Sin embargo, rememoro la ocasión cuando, unos minutos después de haber llegado a mi cama, se escuchó la cerradura de la puerta de la calle anunciando la llegada de Flor desde el mercado. Luz salió en estampida y durante las horas siguientes, estuvo mortificándome

con pellizcos y coscorrones; me castigaba por algo que sólo ahora puedo entender.

Una mañana memorable desperté y Luz estaba sentada sobre una almohada, a la cabecera de la cama, con sus muslos abiertos. Me acerqué y ella me tomó por la nuca; con una mano dirigía mi cabeza y con los dedos de la otra, separaba la pantaleta. Le escuché decir:

—Chúpeme ahí, como si fuera una tetica.

Encontré una piel muy suave y un olor agradable desconocido para mí. Su mano dirigía mi cabeza al tiempo que susurraba:

—Más arribita... más arribita.

De pronto, encontré un "pezoncito" que pude chupar con mayor soltura y seguridad; aunque casi se me escapaba, entre las palabras de Luz "¡Ahí!... ¡Ahí!", y el movimiento de sus caderas.

Digo que esa mañana fue memorable porque fui iniciado en la maravilla del sexo oral, el cunnilingus; actividad esta que es como aprender a manejar bicicleta: nunca más se olvida. Es más, si se practica con regularidad y frecuencia, nos convertimos en expertos y hasta la manejamos soltando el manubrio.

En ese tiempo, viendo a Luz moverse por la cocina, atrapé el código de la fantasía erótica. Sentado a la mesa daba cuenta de la arepa y el café con leche; pero me veía chupándole las tetas y la cuquita. La inevitable erección terminaba por completar el cuadro. Así mismo, se hizo rutina la anhelante expectativa, cada dos o tres días, de la visita mañanera; sazonada por las noches previas cuando, debajo de las cobijas y toqueteando mi erección, debía esperar tantas horas para la llegada del momento anhelado. Debe ser por esa razón que toda mi vida me he sentido alegre con el amanecer y casi siempre, despierto con una sonrisa de bienvenida.

Como digo, en esas noches descubrí la magia de la masturbación y el esbozo de un preciado don que casi nunca se valora en toda su dimensión. Me refiero a la paciencia. Saber esperar es básico en el arte de la seducción.

VII

A la hora del baño, ya yo aguardaba a Luz desnudo y al sentir su llegada, se me iba parando la pinguita. Una célebre ocasión fue aquella primera vez, cuando entró completamente desnuda al baño. Me embobé en la contemplación, a la luz del día, de su vello púbico.

—¿Qué me ve con esa cara de pendejo? ¿No sabía que las mujeres tienen pelo en la "totumita"?

Abrió la regadera y me atrajo hacia ella.

—¡Chúpeme las teticas! —comenzando el juego de siempre.

De pronto hubo un cambio en el guión. Llevó mi mano a su pubis y exclamó perentoria:

—¡Métame un dedo en la "totumita"! ¡En la "totumita"!

A mí me pareció un poco peligroso, pues era la primera vez que veía su vientre expuesto a la luz; sin embargo, ya sabía de la "tetica" por donde yo pasaba mi lengua algunas mañanas.

Continuando su enseñanza, me mostró cómo usar el dedo y rápidamente exclamó:

—¡Ahora dos! ¡Ahora dos deditos! —para agregar casi a continuación—: ¡Sáquelos y métalos! ¡Sáquelos y métalos!

Unos minutos después, respirando entrecortado, estiró lentamente su cuerpo agarrándose con fuerza del banco. Yo tiritaba bajo la regadera mientras la observaba. Cuando se levantó, me miró con un gesto adusto; increpándome:

—¡Báñese pues! —y salió del baño.

"¿Por qué se pone brava si hago lo que me pide?", pensaba sin llegar a entenderlo.

VIII

"Dedito en totumita" se convirtió en nuestro juego preferido. Sobre todo por temor, había aprendido a guardar el secreto. Lo disfrutaba cuando sucedía o cuando lo imaginaba; solazándome en mi mundo protegido debajo de las cobijas. Así mismo, fue el preludio de la situación que ineludiblemente llegaría: la primera penetración; cosa que sucedió en un feliz amanecer.

Esperaba a Luz desnudo en mi cama y ese día, ella se desnudó completamente. Quedó acostada boca arriba y tomé la iniciativa. Ya me movía con más seguridad y soltura por su cuerpo; de forma que, estando ocupada mi boca con sus tetas, yo sobre ella, ella con sus muslos abiertos... inevitablemente mi "ramita de pino" invadió, hasta donde pudo, sus genitales.

Comprendí al instante el sentido de la complementación. Fue espontáneo el despertar de mis caderas que me obligaban a entrar,

más y más, en ese túnel maravilloso. Me sucedió igual que a Colón... en el momento, no supe lo espectacular de mi descubrimiento.

Y en este hoy, desanudando recuerdos, me gustaría mucho saber cuándo fue mi primer orgasmo eyaculatorio. No recuerdo haber tenido ninguno en las muchas veces que me moví entre los muslos de Luz. No logro ubicar esa primera vez... mi primera eyaculación dentro de una mujer.

IX

Si una situación secreta se hace rutina, hay más chance de que sea descubierta. Un mediodía cualquiera mientras nos bañábamos y yo, ya diestro, recorría el cuerpo desnudo de Luz a mis anchas, se abrió repentinamente la cortina del baño. Flor me encontró chupándole una teta a Luz y mi mano hurgando la humedad de su entrepierna.

—¡Sinvergüenzas! ¡Pecadores! —gritó, mesando su cabello y mirando hacia el techo. Agarró a Luz por las clinejas y le acomodó par de bofetadas.

—¡Vaya a su cuarto!

A mí me pinzó una oreja con sus dedos y acercando su cara a la mía, soltó:

—Niño malo y "cochino." Su ángel de la guarda está muy triste —y haciendo más tracción sobre mi oreja, agregó—: esto lo va a saber su mamá, para que lo castigue bien.

Me llevó hasta mi habitación. Allí, lloré desconsolado sobre la cama. "Otra vez... otra vez me van a pegar por esto." Pensaba angustiado y casi arrepentido de haber caído nuevamente en la tentación de esos juegos. Cuando mi madre llegó, tras siglos de espera, fui a su encuentro y me lancé a su cuello.

—¿Qué le pasa a mi niñito? —dijo correspondiendo a mi abrazo.

Detrás de ella estaba Flor, quien me hizo una señal de silencio que obedecí agradecido. Desaparecí de inmediato sin entender las razones de Flor. Me alejé con una falsa sensación de alivio. Era alivio de una angustia instantánea; pero se mantenía la culpa y la incertidumbre de una deuda. ¿Cuándo me tocaba pagar?

X

Transcurrieron varios días con un toque de "aquí no ha pasado nada". Nadie hizo alusión a lo sucedido y cuando intenté preguntarle a Luz, casi me pega al decir:

—¡No sea pendejo! No hable d'eso.

Si Flor salía temprano al abasto, Luz se metía en mi cama y continuaba su "labor docente", haciéndome descubrir el mundo prohibido que había debajo de su falda. Pero, aunque lo anhelaba, no me atrevía a invitarla a bañarse conmigo.

La gran sorpresa llegó un mediodía, unas semanas después de habernos encontrado in fraganti, cuando Flor le ordenó a Luz que me bañara.

—Recuerda, igual que la última vez —le advirtió.

Entramos desnudos al baño, Luz con su sillita y yo a su disposición. Mi alegría casi se trunca cuando sentí los pasos de Flor quien, llegando al baño, dijo:

—Quiero ver bien lo que ustedes hacen —planteó muy seriamente, sentándose en la poceta y cubriendo con el vestido su improvisada silla—, para que así podamos arreglar este asunto de una buena vez.

Luz y yo nos miramos, nos encogimos de hombros y ella atrajo mi cabeza hacia su pecho. Comencé a succionar; ya había aprendido a esperar y regocijarme, al sentir endureciéndose las puntas de sus tetas en mi boca. Unos minutos después, Luz empezó a pedir con ansiedad mis dedos para su "totumita" a lo que accedí rápidamente. En ese momento, sin dejar de estimular a Luz, vi que Flor metía la mano debajo de su vestido y comenzaba a rascar entre sus muslos; sincronizando sus movimientos con el incremento de su respiración jadeante. Yo estaba fascinado: gozaba con Luz, manipulaba mi erección y veía a Flor cabalgando su improvisado corcel.

De pronto Luz, contorsionándose y pidiendo más atención para su "totumita", anunció su orgasmo. Flor se anotó como la siguiente. En el punto culminante del frenesí, gritó:

—¡Pecadores! ¡Pecadores! ¡Dios los castigará! —y ambas se unieron en un quejido grave, prolongado.

—Satanás ganó la batalla; el ángel de la guarda se ha ido… pecadores… pecadores… —dejó oír Flor, casi susurrando, derrumbándose sobre sí misma y aquietando su galope.

Asistí a este espectáculo con un gran deseo de ser invisible, no sabía si repentinamente yo podía tener la culpa de algo y debía pagar algún precio.

Luego de varios segundos se levantaron, se miraron y abandonaron el cuarto de baño enlazadas por la cintura. Luz apoyaba su cabeza en el hombro de Flor.

"Esto es bien chévere", pensé y me provocó estallar en carcajadas.

El particular *ménage à trois* se repitió en varias oportunidades y fue casi una copia al carbón de la primera vez. Digo casi, porque hubo un elemento que fue definiéndose en mi interior y comenzó a recrear posteriormente las situaciones vividas. Así, en esas horas cuando todos dormían, yo, debajo de mis cobijas, me solazaba con los acontecimientos recientemente sucedidos.

Ese tiempo coincidió con la asistencia de Luz a una escuela nocturna y algunos fines de semana, salía con sus compañeras de clase al cine o a los parques. Unos meses después, Luz comenzó a vomitar todas las mañanas y a dormirse en cualquier lugar. Razón por la cual, una noche se suscitó un "ataja perro" entre ellas. Una sesión de bofetones e insultos. (Allí comenzó a integrarse en mí, la acepción latina de la palabra "puta" y toda la proyección de su significado). Al día siguiente prepararon su partida. Un sábado de madrugada, salieron hacia su tierra natal para no volver.

Por cierto, ninguna de las dos se despidió de mí.

XI

Pasé dos semanas solitario y especialmente en las mañanas, añorando a Luz. Mañanas sintiendo el sonido de la puerta de la calle y su llegada a mi cuarto; sus manos tibias buscando mi cuerpo, sus palabras ocasionales: "Despiértese muchachito, despiértese para que juguemos", y mi bostezo fingido, pues yo ya estaba despierto. En ese tiempo había nacido mi costumbre de dormir desnudo, esperando la caricia del alba.

Y la vida continuó su camino. Al cabo de tres o cuatro semanas, llegó María (una mulata de dieciséis años) a encargarse de los oficios de la casa.

Al conocerla, lo primero que hice fue mirar sus nalgas y tetas; ya tenía otras pautas para medir una parte importante de mi mundo.

Pronto comencé a fantasear y un mediodía, estando solos en la casa, me le acerqué:

—María, ¿me ayudas a bañar?... Luz siempre se bañaba conmigo y me enseñó muchas cosas —le dije mirándola fijamente.

Despertaba, daba sus primeros pasos, mi condición de seductor.

Gloria

—¿Viste a la mujer de la tienda? —preguntó una tarde, camino del liceo, uno de los amigos de mi edad.

"Y cómo no voy a verla, si vivo pensando en ella", hubiera podido contestarle.

—Sí, yo vivo en la casa de arriba de la tienda. Es una señora muy seria, cegata y amargada —respondí, tratando de quitarle importancia y esconder su existencia.

La señora Gloria pasaba los días en su tienda, leyendo y atendiendo los pocos clientes que le llegaban. Era una cubana de piel canela, más bien bajita, que siempre usaba unos trajes anchos y largos; cabellos recogidos en un moño y unos lentes grandes semioscuros. A mis catorce años, ella era un adulto más. Siempre la saludaba a mi llegada desde el liceo, al pasar por la tienda. Además, como la señora mantenía una relación afable con mi madre, yo me había convertido en el mensajero oficial entre ellas, una obligación adicional que cumplía con respeto e indiferencia.

Sólo por azar pude descubrir, bajo su ropaje poco llamativo, las nalgas más redondas y respingonas imaginables y el mejor par de tetas que, ni en las revistas porno ocultas bajo mi colchón, podía encontrar.

De manera que ella, desde una especial mañana de sábado, se había convertido en la evocación exclusiva de mis pajazos, aquella inolvidable mañana cuando acudí a su casa para entregarle un recado de mi madre.

De haberla conocido a la edad que tengo ahora, no hubiera sido difícil adivinar el tesoro de su geografía anatómica; ese que trataba de ocultar para pasar inadvertida, porque a los quince años, los ojos, aunque muy agudos, sólo captan lo evidente. Necesité el concurso de la casualidad para reconocerla. Casualidad, esa gran aliada en las situaciones de encuentro con la mujer.

—¿Ah, eres tú?, pasa —me dijo al asomar su cara en respuesta a mi llamado.

Nosotros vivíamos en la parte alta de la casa. Ella, abajo. Compartíamos un pasillo que conducía a la puerta principal y a la calle.

Al quedar frente a mí, recibí un primer ramalazo de asombro. Viaje directo desde mis ojos hasta la bragueta. La señora era otra. Tenía el cabello suelto, le llegaba a los hombros; no llevaba lentes y unas gotitas de sudor le jugaban en el rostro. Se cubría con una franela blanca corta, muy ajustada y de generoso escote, dejando parte del abdomen al descubierto. Más aún, la franela estaba mojada (quizás era el día de lavado) y eso me permitió apreciar, con anatómica precisión, un par de hermosísimas tetas que, peleando con la franela, probaban la resistencia de la tela.

—Se… señora Gloria… di…dice mi mamá que… —tartamudeé, luchando por arrancar mis ojos de sus tetas.

—Espera un momento, que dejé algo pendiente —dijo alejándose hacia el interior de la casa.

Al darme la espalda, recibí el segundo ramalazo y amerité recostarme de la pared, pues, con la primera mirada, no había notado que la señora llevaba un *short* muy corto que mostraba cómo, desde la cintura mínima, nacían las caderas y nalgas más perfectamente redondas que hubiera podido imaginar. Partiendo, claro está, de mi "amplia" cultura en revistas porno baratas.

Mientras se alejaba, aprecié el hipnotizante bamboleo de sus glúteos; tan orgullosamente curvos que el borde flecado del pantaloncito, no haciendo contacto con la piel, formaba una especie de alero. Me hizo pensar en una campana; una campana tocando su

llamado a ese templo perineal. Toda esa maravilla arquitectónica estaba sostenida por un soberbio par de muslos, gordezuelos y torneados, equilibrados con maravillosas rodillas y piernas.

Me llevé la mano a la entrepierna y me acomodé el pájaro, luchando con el calzoncillo, lo mejor que pude. Lo coloqué hacia arriba, como para que respirara y le pasara el ahogo. Él también disfrutaría del espectáculo.

Unos minutos después apareció la señora. Se había cubierto con una bata que le llegaba hasta las rodillas. Enrojecí de vergüenza ante lo descarado de mi inspección.

A modo de recitar una letanía, le solté el mensaje:

—Dicemimamáqueellaestápendientedeloqueleofrecióayertarde ynopudoconseguir —respiración y "la bata no cubre nada porque ya sé todo lo que hay debajo"—, quenosepreocupequellaselomanda.

Y girando mi cuerpo hacia la puerta, sin mirarla, agregué:

—Adiós, señora. Gracias y perdone la molestia —dije corriendo hacia la salida.

Subí las escaleras, pasé al lado de mi madre "Listo mamá", dije, y llegué al baño. Me senté en la poceta y con la lentitud propia de quien conoce el ritual, saqué mi verga. No necesité más de tres o cuatro meneos para acabar. Eyaculé con la imagen nítida de Gloria en franela y short. Mientras limpiaba el resultado de mi pecado (con el infaltable complejo de culpa, acompañante cual ángel de la guarda) sonreí contento por haber descubierto que no necesitaba fotos de revistas para "hacérmela".

II

La señora Gloria tenía un marido. Aparentemente, fue quien la protegió y se encargó de ella cuando llegó exilada. Él era un gordo bastante patán, funcionario de Extranjería, que la visitaba semanal o quincenalmente. Nunca pasaba la noche con ella. A veces, llegaba algo bebido y gritando intemperancias.

Ahora entiendo; el pobre diablo sólo presumía de posesión en su insegura posición ante Gloria. El verdadero control era la promesa de traer al niño, el hijo de ella, que había quedado en la isla con los abuelos.

Ese gordo de mierda nunca imaginó las veces que lo asesiné. Hubo una amplia gama de armas y formas: lo envenené, lo apuñalé,

lo ahorqué, lo ametrallé, lo molí a palos y lo bombardeé. Lo único invariable, era el final de liberación de la princesa y su agradecimiento.

III

La vida presentaba, como es habitual, una cierta gama de situaciones paralelas. En mi hogar, al despertar sexual con Luz y María, le seguiría Rosa; luego Ana... y Carmen. Para mí se había convertido en un "asunto de honor" el tratar de seducir, llevar a la cama, a cualquier muchacha que llegara a trabajar a la casa.

Es innegable que las situaciones me emocionaban y "culturizaron"; sin embargo, intuía que existían variantes, variaciones e intensidades. Especialmente desde aquel espectacular sábado, cuando Gloria se convirtió en mi fantasía obligada.

Había pasado un año y medio desde el glorioso descubrimiento y ocasionalmente, mi madre me usaba como portavoz de algún mensaje para la señora. En esas pocas ocasiones, fui aprendiendo a tener compostura; ya no la miraba con "hambre" y jamás la importuné con comentarios alusivos a su anatomía. Sólo ahora sé que muy probablemente, esa hubiera sido la vía más rápida para disfrutar su intimidad. Yo no perdía oportunidad de ofrecerle mi ayuda, tanto en la tienda como en la casa, pero sin hostigarla. Alguna oscura intuición me llevaba a actuar discretamente. Podían pasar varios días sin que ella me viera; aunque yo la veía a diario cuando me masturbaba.

En líneas generales, el conocer a Gloria derivó para mí en las máximas enseñanzas vitales. Por un lado, jamás hice comentarios, con los pocos amigos con quienes me relacionaba, acerca de ella. Aunque la verdadera razón fuera el temor a la competencia. Esto me llevó a ser discreto. Por el otro, la esperanza de que "algo" pudiera suceder, me enseñó a esperar. Sin saberlo, continuaba explorando mejor mi paciencia; factor que, actualmente, es un elemento importante en mi juego de seducción.

Evoco con claridad cómo la observaba caminar por la calle, protegido por la cortina del ventanal de la sala de mi casa. Vivía planeando tácticas para encontrarme en su presencia y mostrar mi sentimiento; largos ratos ensimismado y obligando a trabajar mi imaginación. En ese tiempo, yo era portador de un conflicto pecaminoso; ya que el evidente deseo sexual que me acercaba a ella, a

la vez me alejaba de la pretendida imagen de "niño bueno"; modelo impuesto en las clases de catecismo de la escuela primaria.

En especial, recuerdo una tarde cuando ella estaba parada en la puerta de la tienda y yo venía del liceo. Junto a mis libros, tenía un ejemplar de una revista de educación sexual muy difundida en aquel tiempo: la *Revista Luz*. Así que pasando frente a ella, luego de saludarla muy circunspecto, dejé caer como al descuido la fulana revista y continué caminando. Sólo esperaba su llamado para encontrarla hojeando la revista, enterándose de que estaba frente a un conocedor del tema. Llegué a la puerta y ante el evidente silencio, miré hacia la tienda. Encontré la ausencia de Gloria y a mi revistica bronceándose con el sol de la tarde.

Tanto preparar la escena, tanto pensar en ese momento y ella ni se enteró, no me paró la más mínima bola.

IV

Un buen día fui premiado por la fortuna; fortuna de entrar en los planes de Gloria. Sucedió que, llegando a casa desde el liceo y pensando en un examen pendiente, noté un llamado de la señora. Ella me pidió que la ayudara a llevar una caja, más ó menos grande, desde la tienda a la casa; específicamente a su habitación. Una vez realizada la tarea, acalorados por el esfuerzo, Gloria se sentó en la cama y me miró con detenimiento. Su mirada, su cercanía y su silencio lograron inquietarme y algo agitado, solté:

—Si no necesita nada más, señora Gloria, subo a mi casa.

—¿Estás muy apurado? Siéntate y conversemos un poco.

No quería ni mirarla por lo cohibido que me sentía ante su presencia. Vivía con ella entre las cejas y ahora, cuando podía tocarla, me apabullaba. La clásica reacción del inseguro. Agradecí que llevara su usual traje holgado; por lo menos, era más fácil estar frente a ella. Me inquietaba particularmente que adivinara, en mi mirada, la cantidad de veces que había usado su figura para masturbarme. Su cercanía lograba turbarme más.

—Te he venido observando desde hace mucho tiempo —sonrió—, desde aquel día que tocaste a mi puerta.

Tragué grueso y alguien encendió fuego en mis mejillas. No sabía qué hacer con las manos y los ojos. Veía el espejo, la pared, el borde inferior de su vestido…

—Cuando hables con una mujer, ¡tienes que mirarla a los ojos! —dijo, añadiendo cuando logré enfrentar su mirada—: Así, así está muy bien. Te estás convirtiendo en hombre —midiéndome con una mirada evaluadora—. ¡Mírate!, ya tienes cuerpo de hombre y no estás nada mal.

Adornó su cara una hermosa sonrisa, para continuar mesuradamente:

—Me he dado cuenta que estás muy pendiente de mí. Tratas de ser amable, haces notar tu presencia y me parece que eres discreto.

"Coño, tengo ganas de mear y ella hablándome", pensé, con las piernas apretadas y temblorosas. Aparte, me angustiaba que notara mi temblequera.

—A toda mujer le agrada que un hombre esté pendiente y cerca.

Su voz suave me envolvía, pero yo seguía a la defensiva. No estaba claro en qué dirección podría derivar la conversación.

—Si te hubieras sentado ante la tienda a mirarme como un pendejo o a chismear con tus amigos —añadió con dureza—, ¡ni te miro! Otra cosa importante —continuó, mientras comenzaba a acercarse—, parece que no andas comentando las cosas que te suceden y usas tus propios métodos para acercarte a las personas que quieres, como con la revista que se te cayó de las manos aquella tarde.

Respingué y enrojecí más aún.

—¡Mírame! —y tomándome por ambos brazos preguntó— ¿Yo te gusto?

"Dios mío, no puede ser que yo esté aquí", atiné a decirme, mientras apretaba más las piernas sin poder olvidar las tremendas ganas de orinar. Al fin, afirmé con un gesto y voz ahogada, casi inaudible:

—Mucho… muchísimo.

Soltó uno de mis brazos para acariciarme la mejilla. Cerré los ojos e imaginé que la señora tenía electricidad en sus dedos.

—Espera un poco, que estoy acalorada —y se alejó hacia el baño.

"Estoy en su cuarto, ¡estoy en su cuarto!", era lo único que me importaba, además de sentir que se me reventaba la bragueta. Unos minutos después salió del baño y realmente no podía creerlo. Allí estaba ella descalza, usando la franela y el pantalón súper corto que

me habían embrujado, la imagen exacta grabada en mi memoria. Se acercaba lentamente y en la misma medida, mi respiración se aceleraba y el vientre parecía hincharse. Llegó junto a mí y me abrazó, apretando su cuerpo contra el mío.

"Dios mío, ¡Dios mío!", fue la expresión que ocupó mi mente cuando sentí sus tetas, como piedras, buscando sitio en mi pecho. La abracé con vehemencia e inmediatamente, tuve una urgencia indescriptible en el vientre. Se movió el piso, se multiplicó el tremor en brazos y piernas, se nubló mi vista y algo me estalló en el pubis. Simplemente acabé, me fui hasta la última gota. La vida se me había escapado a través de una manguera. De paso, no podía estar seguro si me había meado también.

Cuando de nuevo estuve en la habitación, me encontré abrazándola como un poseso. Estaba aferrado a ella. Casi lloraba y la vergüenza me invadió, quería ser tragado por la tierra. Ella me obligó a separarme y ante mi lamentable estado, comenzó a hablar:

—¡Mírame! —y suavizando la voz me dijo—: Yo sabía que esto te podía suceder. Lo entiendo. Verás cómo ahora podemos hablar mejor.

Me sentó en la cama y tomándome cariñosamente de las manos, continuó:

—No te sientas avergonzado, ya te dije que lo entiendo —y continuó apretando un poco más mis manos—. Además, prefiero verte así a que tengas una pantalla de hombre macho escondiendo debilidades.

Luego de una pausa de miradas, agregó:

—Ahora será más fácil llegar a ti y a lo que verdaderamente piensas.

Una extraña tranquilidad me envolvió. Me sentí cómodo, protegido y participando de algo. Luego de mucho tiempo pude evaluar la magnitud pedagógica de la actitud de Gloria. Cualquier comentario de burla o desprecio, en ese momento, quizás me hubiera convertido en un integrante más del club de los eyaculadores precoces. O peor aún, del otro club más solapado, el de los resentidos con la mujer.

—¿Eres virgen? —soltó de pronto.

Cuando me disponía a hablar, colocó una mano sobre mi boca.

—Recuerda que es muy importante que aprendas a decirme la verdad. No te sientas subyugado por aparentar para conquistarme —sonrió y cuando de nuevo encontré su mirada, agregó—: ya tú me conquistaste.

Esta frase terminó de derribar mis murallas y me escuché diciendo:

—He "estado" con las sirvientas de la casa y con las últimas… —respiré profundamente— siempre pensando en usted.

—Y se pareció a hacerte la paja, acabaste rápido y luego te sentiste culpable, ¿verdad?

"¿Cómo puede saber eso?", pensé asombrado.

—Eso le sucede a muchos jóvenes y les cuesta mucho reconocerlo y aún más decirlo —aseveró como si estuviera leyendo mi pensamiento.

De nuevo sentí su mirada fija y su sonrisa. Se levantó y quedó frente a mí. Comencé a temblar y a tener erección.

—Levántame la franela, poco a poco, y acaríciame las tetas. Bésalas arriba, abajo, a los lados y chupa un poquito antes de llegar al pezón.

Llevó sus manos a mis mejillas y me besó suavemente para musitar:

—Cuando llegues al pezón, lámelo varias veces, luego chúpalo. Puedes sostenerlo con los dientes ¡pero sin morderme!

Tuve un *flash-back* de Flor cuando me dijo, con "similar" delicadeza: "Si me muerdes, te rompo la jeta".

Gloria repartió besos en mi cara antes de agregar:

—Con las manos puedes acariciarme la cintura, la espalda, las nalgas ¿Entendiste?

Yo estaba embobado, oía música celestial y una sensación de irrealidad me invadía. "¿Cómo puede sucederme esto a mí?", me repetía.

—Si acabas otra vez, no importa, continúa con la caricia. Quiero sentir que estoy con el hombre que me gusta y sabe hacerme lo que quiero.

Escuchar estas palabras, casi me produce un nuevo orgasmo.

Introduje mi mano temblorosa debajo de su franela; ella retrocedió un poco y al hacer contacto con la pared, arqueó su cuerpo; me ofrecía el manjar.

Tocar sus tetas fue algo glorioso. La piel era de una increíble tersura, fue como deslizar los dedos por el cristal de un vaso recién lavado. Con las palmas de las manos contorneé ambas prominencias. Un cosquilleo me recorrió los brazos, anidándose en mi garganta. Tomé el pezón entre pulgar e índice, apretándolo con suavidad varias veces. Se endurecieron más. Me emocionó pensar que era yo quien había provocado eso.

Ya había subido completamente la franela. Contemplé sus tetas orgullosas y erguidas, parecían tener vida propia al moverse al ritmo de la respiración. Las acariciaba con delicadeza y fui niño en las calles de mi barrio, jugando con una pelota de goma maciza recién comprada. Siempre me agradó esa consistencia; luego supe que dicha consistencia, se denominaba renitencia. Sí, las tetas de Gloria eran renitentes. Me incliné hacia delante y el primer beso lo solté en un valle suave; allí descansan las medallas y colgadillos que usan las mujeres.

Cuando comencé a repartir besos, lamidos y chupadas en esas maravillosas puntas, sus dedos jugaron y se enredaron en mi cabello.

—Así, así, mmmmmmmm… así —su voz susurrada me dio seguridad y conciencia de participación activa en el juego. De paso, sus manos me guiaban hacia los sitios donde quería ser más estimulada. Indagaba con mis sentidos la música del cuerpo de Gloria y la encontraba. Primera vez que me descubría orgulloso de actuar mi propia película.

Dejé de jugar con sus tetas para deslizar mi lengua, bien mojada, en la piel de su abdomen; mientras tanto, mis dedos mariposeaban en su espalda y caderas apenas rozándolas.

Aprendí a conversar con su ombligo; me extasié, desde una cadena de besos, sobre un caminito de vellos que iban a perderse más allá del límite de su pantalón entreabierto. Con las manos atrapé la raíz de sus muslos y los dedos se aventuraron, hurgando y separando con delicadeza, en la increíble dureza y redondez de sus nalgas. Fui consciente de la sensación de posesión que lleva unida el aferrarse a unas nalgas, náufrago desesperado que encuentra una tabla en el océano de la pasión. Agradecí a Luz lo aprendido en su cuerpo, en aquellos amaneceres ya lejanos. También a María y a

Rosa, el haber podido explorar entre sus muslos. Sin embargo, con ellas nunca hubo una interconexión de pensamientos; jugaba con sus cuerpos sin avistar el puente hacia sus almas. Una simple cópula animal, saciadora de un instinto mal manejado.

El nuevo sabor, con Gloria, fue una verdadera revelación. Incluso esa primera vez, me veía acompañado en el juego. Ambos transitábamos, agarrados de piel y manos, disfrutando. Por supuesto que yo, sólo estaba respondiendo al sondeo realizado por ella y a la evidente demostración de conocimiento acerca de mis laberintos internos.

Años después, pensando en estas cosas, me sentiría privilegiado por haber tenido la oportunidad de conocer, tan joven, los cimientos del erotismo.

De pronto Gloria me agarró por las axilas, me incorporó y se abrazó a mí.

—Estás aprendiendo muy de prisa—susurró a mi oído al tiempo que, bajando una de sus manos, agarraba la alegría de mi pene; potro salvaje encerrado en su corral.

—Creo que vamos a pasar muy buenos ratos juntos; pero también me estoy arriesgando mucho contigo.

Mirándome fijamente y con cierta dureza, agregó:

—Espero no equivocarme y sepas ser un hombre de verdad. Piensa en lo que pasó, disfrútalo dentro de ti ¡y ni una palabra a nadie!… ¿Okey?

Soltando mi entrepierna se separó diciendo:

—La clase terminó, es hora de que te vayas.

Por supuesto que yo quería continuar, pero acepté de buen grado su orden. Miré mi pantalón con su mancha húmeda, la tapé con la camisa y me despedí de Gloria.

Al separarnos, su mirada y un guiño de su ojo izquierdo me hicieron conocer el sabor de la complicidad. Ese gesto me daría fuerza para esperar el próximo encuentro.

Subí a la casa y llegué a mi habitación con la pinga muy parada. Me recorría una sensación extraña de conciencia de realidad. Había vivido un episodio que, ni en mis mejores fantasías o en las historias porno, hubiera podido imaginar. Aquel inolvidable y lejano sábado, me había enseñado que no necesitaba fotos de revistas para "meneármela". Ahora, aprendí a disfrutar la excitación de las imágenes

y vivencias reales sin la urgencia de la eyaculación. Creo que ensoñé durante varias horas. Había descubierto una variante muy placentera de la masturbación.

V

Pasaron varias semanas y la actitud diaria de Gloria era de simple cortesía. En vano esperé algún gesto, o signo cómplice, que permitiera acercármele en el plan que yo deseaba. Fue así que una madrugada, insomne y excitado, me di cuenta que no tenía que esperar su llamado. Ella había tendido el puente y yo, simplemente debía cruzarlo. Decidí enfrentarla.

Evaluando esta situación en retrospectiva, admiro aún más la capacidad docente de esta señora anónima. Hizo los ajustes precisos para que emergiera mi iniciativa. Me mostraba mis posibilidades. De alguna forma llegué a una conclusión: cuando se desea algo, más importante y gratificante para el ego no es tanto lograrlo, sino el buscarlo activamente.

Actualmente, es un precepto fundamental en mi enfoque de la vida. Lo que realmente no me perdono es la negativa a buscar algo que quiero. Lograrlo o no, es una consecuencia circunstancial y como tal lo acepto: busco, luego existo.

La tarde siguiente, llegando del liceo, me detuve en la tienda. Ella leía, sentada y distraída.

—Buenas tardes, señora Gloria.

Despegó sus ojos del libro y muy seria, cabeceó como saludo. Yo inspiré profundamente, tratando de dominar mi inquietud.

—Dice mi madre que su niño menor está muy inquieto —su cara denotó sorpresa, lo que me alentó a continuar—, y quiere saber cuándo puede enviárselo para que lo tranquilice con esos jueguitos educativos que usted, tan bien, sabe hacer.

Una bella sonrisa, acompañada de un asentimiento, distendió su rostro y fue un premio máximo a mi osadía.

—Quizás fui un poco dura contigo —dijo mirando hacia la calle antes de continuar—, pero quería que tú me buscaras. Eso significa que vas aprendiendo a manejar tu seguridad.

Una ola de alivio corrió por mi cuerpo. "Coño, gracias a Dios que no la cagué", atiné a decirme. Luego de meditar algunos segundos, repuso:

—Dile a tu mamá que cierro a las seis y que, a las siete, voy a dejar la puerta entreabierta. Si el niño no está dormido, puede venir a esa hora.

Asentí, grabando a fuego el mensaje en mi regocijo.

Cuando ya salía de la tienda, le oí decir:

—Ah, dile también que el niño me gusta porque sabe comportarse —y quitándose los lentes me guiñó el ojo izquierdo.

—Gracias —susurré, enviándole con la mirada un trozo de la emoción que me agitaba y un pedazo de la alegría de mi bragueta.

Y fueron cuatro horas eternas. Leí un poco, me masturbé para estar menos tenso. Me bañé y vestí como para una visita a una compañera de estudio. Poco antes de las siete salí de la casa; caminé media cuadra para, de improviso, devolverme cual si hubiera olvidado algo. Nadie en la casa notó mi jugada. Utilicé el pasillo común y traspasé rápidamente la puerta de Gloria. La encontré sentada y leyendo. Ante mi llegada se levantó. Estaba vestida con una bata sencilla e iba descalza. Luego de cerrar bien la puerta, me abrazó. Pude adivinar todos sus relieves en el contacto. Me besó; su lengua estalló en mi boca saludando todos los rincones. Patinó en el paladar, hurgó debajo de mi lengua y parecía querer llegar a la garganta. Fue un beso interminable que me enseñó la potencialidad de esta caricia. Es un lenguaje con código propio. Mis manos, disparadas a su cuerpo, descubrieron que no llevaba sostén ni pantaletas. Acariciarla así, multiplicó la tersura de su piel y mi excitación.

Comenzó a desvestirme. Cada parcela que desnudaba la iba marcando con besos, lamidos y suaves mordiscos para, si se quiere, enervarme aún más. Ya "en cueros", me empujó hacia el sillón. Se arrodilló delante de mí, agarró con seguridad mi "arma" bien dispuesta y la recorrió con su lengua por la cara inferior; terminando en el glande con dos delicadas chupadas.

Fue delicioso presenciar su manera de incrementar y complementar las caricias que me prodigaba. Movía las manos, untadas con sus propias secreciones, para rozar leve y repetidamente mis tetillas.

Bruscos escalofríos recorrieron mi espalda y un extraño hormigueo se me asentó en la garganta. En otra situación, quizás ya habría eyaculado, sin embargo, algún otro yo estaba disfrutando de lo que experimentaba.

Con lentitud se levantó para, al tiempo que se quitaba la bata, susurrar entre dientes:

—Te voy a coger, carajito.

Arriba en mi casa, sonó la voz chillona de una de mis hermanas; agregando adrenalina a mi ya excitada situación. Gloria, desnuda e irreal, resplandecía en la penumbra y dejaba que la mirara. Atrapé una imagen sembrada en mi memoria donde me veía ante una vidriera que mostraba un tren eléctrico. Ese tren siempre me fascinó y lo deseaba mucho; pero, claramente intuía que nunca lo iba a tener. La emoción de saber que "este tren", parado delante de mí, sí podía tenerlo, fue algo incomparable.

Después de contemplarnos durante algunos segundos, se sentó sobre mis rodillas y, con las suyas flexionadas, apretó mis muslos entre sus muslos tibios. Se fue aproximando hasta unir su cuerpo al mío y, de pronto, tenía sus tetas en mi cara dibujando paisajes en ojos, mejillas y boca; mientras su sexo húmedo demarcaba territorios en la piel de mi abdomen.

Continuamente susurraba frases que, aun sin entenderlas bien, creaban un telón musical y mágico. Guiaba mis manos en un recorrido por sus relieves: tetas, nalgas, dorso, muslos. Así, sin palabras, me enseñaba la intencionalidad de las caricias, plataforma eterna del placer. Enredado en ese mar de sensaciones, sentí la mano de Gloria. Se apoderaba sutilmente de mi verga para colocarla justo a la entrada de su húmeda y apretada grieta. Respiró profundamente y sus caderas tomaron el control. Tres batidas lentas a la izquierda, tres a la derecha, comenzó a tragarse el erguido orgullo de mi masculinidad. Repitió la maniobra y lo hizo desaparecer en toda su longitud. Abrumado de placer, asistí a la danza de sus nalgas enfurecidas y resueltas. Perdí la secuencia y la lógica de la mecánica de sus desplazamientos. La cintura de Gloria era una frontera; hacia arriba era una estatua, hacia abajo, el comienzo de una tempestad. Asombrado, yo sentía cómo sus nalgas se me escapaban de las manos.

Ella jineteaba mi placer y rápidamente ganó la carrera; pues al sobrevenir el angustiante cosquilleo púbico, el temblor fino de sus muslos, el envaramiento de su cuerpo y los dulces quejidos, me sumergí en una vorágine orgásmica compartida, absolutamente nueva para mí. Hasta ese momento, el orgasmo (o más bien, la eyaculación) me producía un choque emocional algo desconcertante; ya que, una vez alcanzado, cesaba toda la motivación y el deseo que me había movido a buscar la hembra con quien compartía. Aparecía un rechazo, una incomunicación, un sentimiento de culpa y soledad, bastante desagradables. Esto, aunque mi estadística no era abundante, me había sucedido con todas las mujeres con quienes compartí la cama.

Cuando emergí del remolino, encontré a Gloria derrumbada sobre mi agotamiento. Juntos, anidamos en el silencio. Descubrí alborozado que deseaba abrazarla y tenerla cerca; encontrando en mi interior, la ternura que tenía para ofrecerle. Sobre todo, no sentía temor a mostrar esa ternura.

Me emocionó mucho el día en el que tuve conciencia, pasados varios años, que ese momento fue mi primer encuentro con el camino del amor sexual. Amor traducido en la expresión y alborozo de compartir y comunicar.

Varios minutos después se separó de mí. Habló con voz pausada y cariñosa:

—Me hiciste acabar, me hiciste acabar divino. Me encanta que estés aquí conmigo.

Es probable que yo, en aquel entonces, no hubiera cumplido mi papel de amante a cabalidad, pero Gloria estaba invirtiendo a futuro. Ella preparaba el terreno para crear un compañero de juegos incondicional. ¡Ojalá lo haya logrado!

Las palabras dulces y alentadoras de una mujer, especialmente escuchadas en el momento post-coito, son un arma poderosa. En ese instante, Gloria hubiera podido pedirme cualquier cosa, ¡cualquier cosa!

—Te podrías convertir en el hombre que puede llegar a mi cama, cogerme en mi cama —le oí decir, como hablando sola.

Al momento no entendí el verdadero alcance de esta frase. Sin embargo, fue el primer indicio de un hecho que ahora acepto plenamente. Y es que, para muchas mujeres, la cama propia es una

prolongación de su mundo interno. Un verdadero santuario. El sitio donde están regados los sueños, los secretos y las fantasías. Es un verdadero trono, por lo tanto, es un tesoro que sólo los elegidos pueden compartir. Incluso hoy, sigue siendo para mí un verdadero logro cuando puedo compartir la intimidad de una mujer en su propia cama.

VI

Mi vida cotidiana continuaba. Había ingresado a la universidad, lo que ocupó mucho de mi tiempo. Estudiaba, atrapaba el sentido de la Medicina y flirteaba ocasionalmente sin mucho entusiasmo. El patrón de comparación, a partir de Gloria, era muy exigente.

En realidad, las experiencias vividas eran impactantes y prácticamente me dividieron. Por un lado estaba mi cara pasional, lujuriosa y secreta, que vivía pendiente de mi vecina o de otras situaciones amorosas. Por el otro, enfrentaba el mundo con un enfoque racional y taciturno. Trataba de cumplir mi papel social y familiar sin alterar mucho el entorno. Quizás esta dicotomía me hizo más crítico, permitiendo que la influencia política ineludible, propia de la universidad, me alcanzara sin llegar al fanatismo.

En ese tiempo, era notoria la influencia de un movimiento juvenil mundial, el cual tenía la pretensión de sacudir un orden establecido por parte de quienes manejaban las decisiones gubernamentales. Asistí a varias reuniones donde discutíamos de política, filosofía, poesía. En fin, las formas de enfrentar con seriedad la vida del país para, en algún momento, asumir responsabilidades. Algunos de mis amigos más radicales, incluso participaron en organizaciones clandestinas subversivas. De allí viví la experiencia de ver gente valiosa morir en las calles o torturados en una prisión. De igual manera, con cierta brusquedad, las tertulias fueron cambiando su carácter intelectual. Cada vez se discutía menos; en cambio, surgió una búsqueda irrelevante de nuevas sensaciones a través del uso de drogas psicotrópicas. Así mismo, se puso de moda una desaforada, nada selectiva, actividad sexual que dieron por llamar "el amor libre".

Al no compartir esta visión del mundo, ni sentirme representado por la gente supuestamente "madura" que gobernaba, me encerré

en un mundo particular. Desde allí me relacionaba con el entorno inmediato sin pretender cambios colectivos. El enemigo era muy poderoso. Este planteamiento anarquista fue mi antidepresivo contra la agresión de la sociedad sin sentido del futuro. Nunca tuve dotes de líder y sólo así pude realizar, lo mejor posible, la interacción en la cuota de mundo que me rodeaba.

Otras reflexiones futuras me mostraron que mi venusina maestra, tuvo mucho que ver en esta actitud crítica y cómoda, ya que, al formarme sexualmente, apuntaló mi seguridad personal. Yo enfrentaba lo nuevo mirándolo directamente a los ojos, pero sabiendo que tenía un lugar a su lado en el momento de las angustias.

Por su parte, Gloria cambió progresivamente la tónica de su pedagogía e inició una enseñanza integral. Si bien ella se erigió en conductora y guía de las situaciones, paulatinamente supo darme las pautas para que aprendiera a manejarme en el juego de la seducción. Me mostraba el sitio de mis alas para, poco a poco, dejarme volar. Siempre estaba expectante de lo que podía suceder al llegar a su lado. Unas veces, conversábamos sin llegar a tocarnos; otras, cenábamos en su casa con una increíble sobremesa. En esas noches, aprendí el abanico de posibilidades que se tejen alrededor de una mesa.

Tengo hermosos recuerdos de esos momentos. A través de sus palabras obtuve un enfoque, totalmente diferente, acerca de la dinámica del contacto humano y sus matices. Digo diferente, en relación a la información que me llegaba por la onda mediática convencional y establecida. Me hablaba del lenguaje corporal y del leer en las miradas. Era ducha hurgando los laberintos internos:

—…porque cada persona tiene algún punto débil en su emocionabilidad que, si logras descubrirlo, te permite atraparlo en el juego pasional —luego agregaba—. Además, puedes ayudarla a enfrentar sus temores y hacer que el encuentro valga la pena —terminando con un gesto de satisfacción—. Te aseguro que no te van a olvidar.

En este sentido, me ayudó a conocer los puntos claves que condicionaban mi inseguridad.

—…porque es la que te lleva a morirte de celos en algún momento —y pensativa continuaba—: Los celos provienen del orgullo y de la herida del amor propio. Si sientes celos, de alguna manera estás en inferioridad. Sientes celos porque te castiga el machismo.

De esa situación recuerdo claramente la intensidad de su mirada al completar la idea anterior:

—Y nunca olvides que la mujer sabe "jugar" con los celos del hombre.

Cercano al planteamiento de los celos estaba su concepto de fidelidad.

—La fidelidad no puede pedirse, sólo se entrega. Es un gesto absolutamente individual.

Insistía también en deslastrarme de las ideas preconcebidas relacionadas con el significado de la unión sexual. Se refería a la noción, tan arraigada, de la cópula como el final obligado de la búsqueda sexual; o que la eyaculación es el punto crucial del juego amoroso.

—Cuando aprendas que es preferible jugar con una mujer, por largo rato en la cama, a tener eyaculaciones, te convertirás en un buen amante —me decía soñadora.

Sostenía que la eyaculación masculina implica un derrame de energía: afecta el interés y la pasión del macho. De alguna forma el hombre, quizás por limitaciones de género, al eyacular la primera vez, cierra puertas de su mundo interno, incluso teniendo potencia para otros polvos, se torna frío, mecánico y alejado.

—La mujer se reafirma con cada orgasmo, abre más su emocionalidad, su deseo de compartir y sus piernas —comentaba, divertida.

Gloria dictó cátedra teórico-práctica de anatomía y fisiología genital:

—...porque tienes que conocer los rincones y lugares secretos de la mujer, para aprovechar los puntos predilectos de cada una.

En estas sesiones terminábamos retozando, como animales en celo, en la alfombra de la sala. También fue profesora en la técnica de los cuatro vientos en el cunnilingus. La brújula del sexo oral: lamer, chupar, besar y morder. Un punto cardinal para cada sitio y momento adecuado. Por mi parte, puedo decir que fui ampliamente retribuido por ella como feladora. A propósito, uno de los recuerdos más dulces que conservo ocurrió una noche cuando, desplegando todo su arte, me hizo eyacular en su boca. Se levantó saboreándose y con una hermosa mirada vidriosa, susurró:

—Tenía muchas ganas de tragarme tu "leche".

Me invadió una tibieza de amor y un par de lágrimas me acompañaron, al tiempo que contemplaba a esa maravillosa mujer.

Otro recuerdo, marcado a fuego y amor en mi memoria, nació la primera vez que ella me llevó a su habitación, permitiendo que Eros recorriera sus sábanas y almohadas. Ahora lo sé; fui cuidadosamente preparado para ese momento y ya en su cama, me correspondió demostrar el arte aprendido. Si es posible decirlo, encontré a una Gloria "abierta en canal". Me ofreció su alma y sus vísceras. Me dejó recorrerla, a placer y sin obstáculos, a la hora de explorar sus emociones y pensamientos.

—Si quieres conocerme, usa todos tus recursos —luego agregaba risueña—: no me voy a oponer pero tampoco voy a aportar ninguna proposición.

Nos zambullimos intensamente el uno en el otro durante toda la madrugada y el amanecer nos sorprendió, ante sendas tazas de café, compartiendo una sola sonrisa.

VII

La vida de cada uno es un circo de casualidades. Cualquier circunstancia puede determinar un camino nuevo. Pienso que ese fue mi caso. Quizás ella se haya divertido moldeándome, pero, en cualquier caso, agradezco el haber sido el elegido para ese juego.

La situación con Gloria terminó abruptamente y fuera de mi capacidad de decisión, un componente importante para tenerla siempre presente en mi pensamiento. Una obligación universitaria me llevó a ausentarme durante un mes de la ciudad. Al regreso, ella había desaparecido.

En las madrugadas insomnes, posteriores a su partida, recordé que cuando le hablé del viaje, después de reflexionar durante unos segundos, planteó para esa reunión un encuentro sin tocarnos; pues...

—Al regreso tu deseo será más que deseo.

Y esa fue la última vez que la vi.

Me agobió la sensación de impotencia. No podía hacer nada. Si ella no dejaba rastro, su decisión era no ser encontrada. Una vez manejada la desesperación, me tuve que consolar evocando lo aprendido y lo compartido. Esto, en sí mismo, constituyó una nueva enseñanza. Ahora sé que aquel último encuentro fue planeado. Un

detalle sutil, muy propio del juego de una mujer. Básicamente, el hecho de haber evitado el contacto coital, convirtió mi deseo en una espina diaria e implacable.

Fue su baza postrera.

Apostó, ¡y ganó!

Maruja

Cabello negro, abundante y crespo. Piel morena clara. Buenas piernas y sobre su regazo un libro. Me encontraba acompañado de varias personas, en la sala de espera de una Notaría Pública capitalina. Durante la hora transcurrida, ella mantuvo una actitud relajadamente concentrada, lo que por su parte, habló en favor de una cierta seguridad personal. En verdad leía. Hubiera sido diferente si repetidamente, levanta la vista y observa a su alrededor. En ese caso, el libro sería una pantalla para esconder su fastidio y su desazón. Sentado en su cercanía, en cierto momento pude ver el título del libro. Yo lo había leído y de inmediato, visualicé un esbozo de puerta para abordarla.

Prácticamente, todas las situaciones de encuentro tienen un lugar de encaje más o menos preciso; sólo es necesario observar y esperar el minuto adecuado. En el juego de la seducción hay un punto a lograr. Se trata de que el primer acercamiento produzca interés. No se debe imponer una presencia, se desataría un rechazo natural erigido como mecanismo de defensa. No siempre se puede abordar a una mujer que nos atrae o nos interesa; pero tampoco sabemos, cuándo puede presentarse una circunstancia favorable. Por lo tanto, es muy importante la actitud de intento. ¿Quién puede decir que

el leopardo no es un animal bien dotado para cazar? Un leopardo adulto y sano tiene un porcentaje de falla, en cuanto a la captura de la presa, en una proporción de 5:2. Y sigue intentándolo, y sigue cazando, y sigue viviendo. Por lo demás, una taza de éxito del cien por ciento convertiría la seducción en un suceso previsible. Como tal, sería fastidioso.

De nuevo en la Notaría, en el instante que la niña cambió de posición y levantó sus ojos, me encontró mirándola mansamente. Le ofrecía mi más inocente sonrisa y un comentario acerca del libro. Al hablarle del autor, sentí cierto interés en sus respuestas. De allí, a tomarnos un café al terminar el trámite, fue la evolución natural del encuentro.

Ya frente a ella noté que, sin ser propiamente bonita, su mirada, sonrisa y lenguaje gestual eran muy atractivos. Se llamaba Mary y contemplé a placer, mientras se alejaba, el movimiento de sus nalgas y la promesa de sus caderas. Ya habíamos concertado una cita.

II

Al encuentro siguiente, ya pude dirigir mi interés hacia ella más integralmente. Saboreaba otra posibilidad para tejer mi tela preferida. La seducción no debe ser entendida como un medio de alcanzar un objetivo. Esto lo aprendí posteriormente, luego de varias "estrelladas". Definitivamente, hay situaciones donde el escarceo del convencer es más satisfactorio que el mismo encuentro íntimo. La seducción se justifica a sí misma. Es un ejercicio mental de opiniones, confrontación y elaboración de argumentos. Éstos se construyen sobre la marcha, de acuerdo a los elementos que van apareciendo. Si ella nos lleva, o no, a otros planos de acercamiento es irrelevante. Lo importante es el ejercicio y la diversión que produce en su desarrollo. De paso, seducir no es una prerrogativa del varón, como lo hace ver la publicidad. Es el derecho de cualquier ser humano de lograr un objetivo erótico, respetando la libertad del otro. Particularmente, me parece divino ser seducido por una mujer.

Con Mary, al ir conociendo sus intereses, sus gustos, sus opiniones, me fue posible desnudar algunas características personales y llegar a un terreno de mayor confianza e intimidad. Afloraban en mi pensamiento los comentarios de Gloria y, muy probablemente,

se me escapaba el verdadero sentido del seducir. A esa edad y víctima de toda una avalancha publicitaria al respecto, seducía para acostar; aún no había aprendido.

Reconozco que estaba muy direccionado hacia la sexualidad. Aun así, logré atrapar el interés de Mary. (Indudablemente que Gloria conocía la interioridad femenina. Nadie como una mujer para conocer a la mujer).

Al despedirnos con un beso discreto, pero en la boca, quedé en llevarle unos libros interesantes a su casa.

III

Una semana después conocí a la familia de Mary. La madre, Maruja, era una hermosa mujer que transitaba ese largo y fructífero trecho entre los treinta y cinco y cuarenta años. Una persona independiente con una vida privada discreta; siempre en pro de ser ejemplo para sus hijas. La hermana, Yohana, a sus diecisiete años era la típica segunda hija. Consentida, aparentando seguridad y sabiéndose atractiva, tenía una corte de adolescentes babeantes a su alrededor. Realmente los manejaba a su antojo.

En ese primer encuentro, noté una relación amistosa entre ellas y se respiraba mucha libertad en el apartamento. Por mi parte, me sentí muy a gusto entre esas mujeres y establecí un límite preciso en mi condición de novio de una de las "niñas".

A sus veinte años, Mary se escudaba en una pauta de intelectualidad y cierto feminismo. Esto la hacía opinar que el sexo debía ser controlado por la razón. Por lo demás, si bien lo compartía, no era una fanática ni le daba prioridad. Dicho de otra manera, no era una mujer "caliente".

Hay mujeres, damas en toda la extensión de la palabra, que al traspasar un cierto umbral establecen una complicidad de búsqueda. Su seguridad y libertad les permite llegar a puntos de atrevida intimidad física "poco ortodoxos". No importa el lugar, la cuestión es jugar.

Recuerdo a una amiga que, mientras conversábamos con otra pareja en un café de Las Mercedes, me permitió masturbarla. La "loca" alcanzó dos orgasmos correspondiéndome ayudar a disimularlos. No sé si ellos lo notaron, pero la conversación fluyó. Para mi amiga y para mí fue inolvidable.

Es una situación parecida cuando, almorzando con alguna dama en un concurrido restaurante, logras quitarle la pantaleta y guardarla en tu bolsillo. Es un toque divertido del encuentro que puede dar paso a otras exploraciones, ¿algo "rapidito" en el baño de damas?

De manera que con Mary, costó varias sesiones de hotel para derribar ciertas murallas y poder disfrutar del sexo: aun con sus "orgasmitos" apenas perceptibles.

A propósito de los orgasmos, ya en esta época, sentía una inquietante curiosidad. El orgasmo masculino, con un punto de partida y manifestaciones bastante uniformes, se sucede de una manera similar en todos los individuos. Por el contrario, en la mujer hay tal asombrosa variedad que prácticamente, cada una tiene su manera particular de acabar.

Como hombre, no me queda más opción que maravillarme ante algunas características de la mujer.

IV

En cuestión de dos o tres meses, ya conocía bastante del carácter de cada una de ellas. Mary centraba su objeto de vida en sus estudios y futura profesión. Para ella, el sexo sólo era un poco de diversión momentánea. En Maruja intuí un mundo interno algo tormentoso, aunque aparentaba equilibrio. Los primeros días, me sentí disecado por ella durante las conversaciones que mantuvimos. Sabía preguntar y extrapolar deducciones. Luego bajó la tónica inquisitiva y se estableció una relación más relajada. Sin embargo, continuaba enfocando los problemas con pasión. Yo me preguntaba, hasta dónde llegaría esa pasión en otras actividades.

Con Yohana establecí una relación intencionalmente ambigua. A veces la trataba como a una niña y era condescendiente; otras, le ofrecía un espacio de diálogo serio y respeto a sus opiniones.

Así transcurrieron los meses. Hacía el amor con Mary exclusivamente en hoteles y previa planificación. Definitivamente, no había en ella un sentido de aventura y sorpresa. En este período, Maruja me comentó acerca de su agrado ante mi presencia en su casa, ya que sentía a Mary más feliz y tranquila. Le respondí que me era difícil romper algunas de sus murallas. En realidad, su actitud ante el sexo era algo alejada. Terminé diciéndole:

—Intelectualiza demasiado las emociones y la rutina le da seguridad.

—Bueno, disfruten hasta donde puedan —fue su comentario, después de pensarlo unos segundos.

V

En el devenir de mi compartir con Mary, en una ocasión cuando la ayudaba en un trabajo de investigación para la universidad, nos sorprendió la madrugada y debí quedarme a dormir en su casa. Me preparaba a acostarme en un sofá, cuando ella reapareció. Sin mediar palabras, me tomó de la mano para llevarme a su habitación. Yohana dormía profundamente en su cama, a unos tres metros y opuesta en diagonal a la de su hermana.

No hubo comentarios ni protestas, por lo tanto, se fue haciendo costumbre el quedarme a dormir con mi novia en su cama. En estas ocasiones, ella se negaba rotundamente a los juegos sexuales mientras su hermana estuviera presente, aunque dormida. Por mi parte, me excitaba la presencia expectante en la otra cama. Antes de Mary dormirse, constantemente estaba "metiéndole mano". Incluso dormida, me complacía acariciarla. En alguno de esos momentos, era muy evidente la energía represada que bullía en la otra cama. Cualquier suspiro de Mary o sonido no habitual, provocaba que Yohana se revolviera con cierta brusquedad desde su sitio. Los días siguientes a esas sesiones, mi cuñada cambiaba su comportamiento hacia mí; actuaba con agresividad en sus comentarios y destemplada en su actitud.

Una mañana, al quedarnos solos, me dijo:

—No sé qué te ve mi hermana, me pareces un poco bastante feo. A lo mejor lo que te tiene es cariño.

En sus arrebatos pude traducir el mensaje que lanzaba. Sólo quería hacerse notar. Desde su máscara, trataba de esconder lo que realmente le inquietaba. Visualicé una posibilidad de acercamiento con ella y me senté a esperar. En estos casos, se debe aplicar la seducción pasiva. No haciendo, se hace.

Otra mañana, ante uno de sus arrebatos, le contesté con una dulce sonrisa y palmeando suavemente su cabeza:

—Cuando seas grande, vas a entender lo que realmente deseas. Los niños a veces se confunden.

Esto, en verdad la molestó.

VI

Una noche, Mary se durmió rápida y profundamente. Salí de la habitación para usar el baño; iba sin camisa, descalzo y con un pantalón holgado. Maruja mantenía su puerta cerrada. Terminé de orinar y al voltearme para salir del baño, la figura de Yohana ocupaba la puerta. Descalza, con una bata corta entreabierta mostrando parte de sus hermosas y juveniles tetas; su cabello, tan liso que parecía mojado, cayendo sobre sus hombros, constituía una fascinante imagen.

Resbalé mi mirada por todo su cuerpo. Mi sonrisa aprobatoria, quizás terminó de decidirla. Cerró la puerta y acercándose a mí, comenzó a decir en voz baja:

—No sé qué me pasa, estoy tan nerviosa.

He notado que muchas mujeres utilizan esta palabra como sinónimo de excitación, con una evidente connotación sexual.

Al estar frente a mí, "se le abrió" completamente la bata mostrando una hermosa pantaleta roja. Me abrazó con fuerza, escondiendo su cara en mi cuello. Una de las sensaciones que considero más agradable y enervante, es sentir un par de tetas pegadas a mi pecho o a mi espalda.

"Era evidente que esto llegaría, ¡qué bien!", me dije.

No fue difícil encontrar su beso. Jugueteando en sus labios con mi lengua, exploraba su espalda y nalgas mariposeando con mis dedos. Mientras la recorría, mordisqueando su cuello, tetas y abdomen, le iba quitando la minipantaleta, tan pequeña que hubiera podido guardarla dentro de mi boca. De estar en un lugar más seguro, alargaría el tiempo degustando la "buena cosecha". "Ya vendrán mejores ocasiones", me advertí.

Al sentarme en el *bidet,* ella se acomodó sobre mí rodeándome la cintura con sus muslos. Sus genitales estaban muy húmedos y no tuvo problema, bamboleando suavemente sus caderas, para "tragarse" toda mi erección. Ya bien "clavada", comenzó a susurrar sin detener el movimiento de sus caderas:

—Tú eres un desgraciao. Te la pasas cogiendo a mi hermana delante de mí, sabiendo que yo estoy despierta.

—Pero yo… —traté de explicar.

—¡Cállate! —me interrumpió con dureza y en el mismo tono susurrado, para agregar—: y ahora me estás cogiendo a mí ¿qué te crees? Tú eres un coño 'e madre.

Allí entendí su dinámica. Ella quería liberarse de la culpa de algo que había pensado, planeado, buscado y realizado. Muy posiblemente, ello aumentaba su excitación. Acepté el juego y me dediqué a solazarme en su piel suave, sus nalgas duras y sus maravillosas tetas. Continuó lanzando insultos, pero sin dejar de "danzar". Al momento en que empecé a chuparle suave y continuamente los pezones, interrumpió la frase que balbuceaba para decir:

—¡Ay!.. Así así… ¡Qué divino!… Así así…

Unos segundos más tarde, me apretó fuertemente con sus muslos temblorosos, extendió su dorso y escuché un ruido como de alguien inflando un globo (soplidos cortos, repetidos y rápidos) acompañado de un apretado abrazo sobre mi cabeza que, literalmente, me asfixiaba entre sus tetas.

Poco a poco se fue relajando y quedó derrumbada sobre mi cuerpo durante un largo minuto; mientras tanto, disfruté a plenitud la exploración táctil de sus relieves.

Inspiró profundamente, se levantó, se cerró la bata, recogió su pantaleta y se marchó.

Permanecí sentado en el *bidet*, todavía sorprendido por el extraño comportamiento de las personas, cuando reapareció en la puerta; me sonrió y lanzando un beso, dio las buenas noches.

Los días siguientes noté que la actitud de Yohana era discreta y aumentó su aparente indiferencia. No obstante, una tarde estando solos en el apartamento, tuvo una actitud de coquetería aduciendo que yo parecía no haber disfrutado la situación compartida. Conscientemente, no caí en su provocación; pero acordamos un encuentro fuera de la casa. De esta forma pudimos compartir la cama de algunos hoteles en siete u ocho oportunidades más.

En realidad disfruté más con ella que con Mary. Era más libre, más abierta y aprendí a gozar con sus orgasmos soplados.

Cuando ella estaba acabando, mis labios jugueteaban en su boca; así, su clímax inflaba un gran globo en el que ella trataba de convertirme.

VII

Mi relación con Mary, en la medida que pasaba más tiempo en su casa, se fue llenando de rutina. Ese supuesto futuro en el que centraba su vida, la hacía olvidar los detalles simples y las oportunidades del día a día. En esa medida, yo iba perdiendo interés. Hasta me hizo pensar que ni siquiera le emocionaba el juego sexual. Estas apreciaciones se las comenté a Maruja, quien estuvo de acuerdo en que su hija no terminaba de atrapar el sentido de lo inmediato en su vida. En estos diálogos, cada vez más frecuentes, la conocí mejor y fue un verdadero placer jugar a la seducción discreta con ella. En su actitud, si bien no era complaciente, encontré aceptación a la indagación de su interioridad.

El juego de la seducción, a medida que se pulsan las situaciones, se alimenta en cada encuentro. Sin esquema ni modelo, pero sí hay ciertas reglas de sentido común. Generalmente requiere paciencia. No una paciencia con esperanza, sino con osadía. Es necesario tener memoria, anotar mentalmente y siempre, individualizar. Fundamental es saber callar, manteniendo despierto el sentido de la oportunidad. La seducción jamás puede ser engaño, las mentiras no conducen al mundo interior de una mujer. Seducir no es convencer para acostar, es descubrir puertas al mundo de la feminidad.

En una de esas noches, mientras Mary y yo veíamos un documental nocturno en la televisión acomodados en el sillón de la sala, pasó Maruja hacia la cocina.

—¡Mami! Mira este documental tan interesante. Ven, siéntate con nosotros.

Yo estaba sin camisa; Mary, recostada con una almohada sobre mi costado izquierdo. Maruja se sentó casi pegada a mi lado derecho. Minutos después, sentí su mano mesando delicadamente mi cabello, como distraída. Me ladeé un poco hacia la izquierda y ella se acomodó mejor. Sentí claramente el calor y el relieve de su teta izquierda en mi hombro. Todo su muslo hizo contacto con el mío. Como al descuido, bajé mi mano derecha hasta su rodilla y pierna; una caricia tan leve como me fue posible. Fueron unos minutos maravillosos. Desaparecieron documental, sala y Mary. El hechizo sólo pudo ser roto por la voz de Maruja:

—Me dio sueño, me voy a acostar —y levantándose, saludó para ir a encerrarse en su habitación.

A la mañana siguiente, Mary y Yohana salieron temprano. Al levantarme, noté que la puerta de Maruja estaba cerrada, pero al escuchar la ducha funcionando, opté por bañarme también. Hice café y al llevarle una taza a la señora de la casa, la puerta de su habitación estaba entreabierta.

—Buenos días, Maruja, ¿quieres café?

—¡Sí!, pasa —escuché.

Ya en la penumbra de la alcoba, me invadió el aroma dulzón del perfume de Maruja. Estaba acostada, cubierta con una sábana y los hombros al desnudo. Me miró fijamente cuando le ofrecí el café.

—Sabes lo que vas a hacer, ¿verdad?

Inspiré profundamente mientras afirmaba con la cabeza.

—No quiero enredos ni culpas ¿okey?

—Todo está absolutamente claro… y es muy agradable que me recibas en tu cama —le contesté.

—Lo suponía —expresó, para luego agregar—: ¡Cierra bien la puerta!

Entrar a la cama de Maruja fue un verdadero regalo divino. Su piel tibia me dio la bienvenida y yo agregué mi calor. Al regocijarme en su abrazo, fui consciente de cuánto había ido creciendo el deseo hacia ella durante las últimas semanas. No hubo palabras. La comunicación táctil gritaba debajo de la sábana.

De nuevo agradecí las enseñanzas de Gloria. Sólo así, supe reconocer que estaba compartiendo con un ser que ofrecía su energía. Una vía para llegar a otro estado mental.

Hay un nivel de sensación, en el encuentro con una mujer, donde se percibe la armonía de la disposición a dar. Un equilibrio emocional entre dos cuerpos y un puente para cruzar.

Estar con Maruja en su cama fue como entrar a un jacuzzi. Primero, templada y tranquila; pero al ir explorando los diferentes puntos, aparecen esos chorros a presión que se convierten en un hervidero. Y no era difícil hacerla funcionar al máximo.

El recuerdo de la intimidad compartida se convierte en una totalidad.

Estar con Maruja en su cama fue rozar un ensueño repetido. En cada encuentro, iba mostrando los diferentes personajes que la habitaban.

Me amó con todos sus sentidos y orificios. Sacudió mis laberintos y retocó la obra de Gloria. Incluso, satisfizo mi papel de observador de orgasmos, pues Maruja mostró un arsenal de múltiples, fantásticas y particulares acabadas.

VIII

Finalmente terminó mi relación con Mary. Mantuve los encuentros mañaneros ocasionales con Maruja durante algunos meses hasta que, sencillamente, no pudieron ser alimentados con nuevos elementos. Y no obstante haber pasado el tiempo, aún converso con ella por teléfono y la considero una valiosa amiga.

La otra voz

No es fácil interrumpir la narración de Antonio para lanzar mis opiniones pero en algún momento tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, vivo dentro de él y tengo todo el derecho de expresarme. Conozco todas sus andanzas y no pienso inmiscuirme en las omisiones ni en la alteración de la verdad en sus relatos.

En fin, quisiera decirles que soy un viejo que habla desde el último decenio del siglo XX; en un país subdesarrollado y subastado, donde se ha impuesto un diseño de sociedad que pretende fabricar individuos sin identidad y acríticos. Individuos convertidos en seres alienados, ansiosos de consumo y alejados de su condición humana fundamental. Se trata de crear una masa de egoístas y solitarios, concebida bajo una visión de mercadeo, cuyo patrón de valor sea el dinero (no importa cómo se consiga). Un rebaño que desconozca las maravillosas posibilidades del mundo interno de cada uno. Todas las columnas de poder se unen en este objetivo. Usando sus armas fundamentales, publicidad y propaganda, logran una distribución masiva del mezquino mensaje. Hablo de una sociedad que vive entre contradicciones alienantes. "No matarás" y los niños aprenden a adorar a superhéroes violentos que portan poderosas armas. Además de entregarles juegos de video donde, para

conseguir los premios, es indispensable matar. "No robarás" y se ensalza a aquellos que tienen dinero por haber saqueado descaradamente el erario público. "Ama a tu prójimo" y la solidaridad es vista como práctica de pendejos. "Todos somos iguales a los ojos de Dios" y cuando luchas por la igualdad, te tildan de comunista. "Todos somos iguales" pero se nos enseña a excluir a la mujer y a ignorar todo el potencial de su condición femenina.

Yo soy viejo, pero no estoy viejo.

Por suerte hablo en español, un lenguaje que permite una clara delimitación entre la condición interna y el espacio exterior.

En la mayoría de los idiomas, hay una dualidad confusa al referirse al espacio interno. Así, cuando un gringo usa el verbo *to be*, puede estar queriendo expresar tanto "ser" como "estar". Sin embargo, para nosotros los latinoamericanos es tremendamente obvia la diferencia al interpretar expresiones como: "Esa mujer es buena" y "Esa mujer está buena".

Para un gringo, sajón, galo, teutón o normando, ambas frases podrían significar lo mismo. Incluso, aún viviendo por años entre nosotros, ellos tienen dificultad para atrapar la exacta significación y uso del verbo "ser".

Por esta razón, me siento en el derecho de cuestionar la acepción establecida de la célebre frase de un personaje de Shakespeare, pues, acaso lo que él quiso decir fue: "Estar o no estar, esa es la pregunta". (Quizás haya una explicación neurolingüística que demuestre la relación entre la pasión y creatividad del latinoamericano ante la vida con el hecho de poder diferenciar entre ser y estar. La esencia del individuo, el ser, no debe confundirse con la ubicación espacio-temporal, el estar, ya que esto dificulta el camino hacia algunas locuras esenciales).

Yo soy viejo y desde mi niñez me he confrontado con circunstancias venturosas que me apartaron de ciertas ideas preconcebidas, en la familia y la escuela, que trataron de inculcarme con la "sana" intención de convertirme en un ser normal, obediente y resignado. En la familia, sin pretender cuestionar la importancia del cariño fraternal, se me obligaba a acatar reglas y pautas no seguidas por la mayoría de los adultos. Luego en la escuela, donde la única maravilla fue aprender a leer, entré en contacto con la mayor bofetada

que puede recibir un ser pensante. Me refiero a la religión cristiana; ese templo de la doble moral y la mentira. Esa gran farsa montada para antropometamorfosear la dinámica de la energía universal, deificándola para sus propios intereses machistas, mezquinos y excluyentes.

¡Yo estoy en Antonio!, y juntos caminamos.

Yolanda

Los días de trabajo en la ciudad pueden convertirse en aventuras, bastante azarosas, cuando hay que visitar alguna oficina gubernamental del centro de Caracas. Primero, la infaltable cola. Desde cualquier lugar hasta el centro, es un infierno. Luego, el estacionarse en un sitio seguro. Y al llegar a la dependencia a visitar, la inviolable y gigantesca burocracia. Por estas razones, al salir del hogar en la mañana, nos revestimos de paciencia y humildad. Así, al final del día, algún trozo de uno mismo podrá regresar a casa.

Aquella mañana, llegué hasta la puerta del ascensor de una de las torres de Parque Central. Visitaría una oficina ministerial, a fin de recabar una información necesaria en mi trabajo. Esperaba somnoliento la llegada del ascensor, cuando noté que se acercaba una persona. Era una mujer delgada, cabello oscuro discretamente alborotado, vestida con un traje holgado de dos piezas y multicolor (tipo hindú). La figura se situó en la esquina opuesta y parecía indiferente o ensimismada, pero, cuando balanceaba el peso del cuerpo durante la espera, se adivinaba la plenitud de sus relieves. "¡Sí señor!, está bastante buena", pensé.

En ese instante se disparó mi imaginación. Sentí la tela sedosa de su vestido en la esperanza de mis dedos. Continué mi diversión acariciando sus piernas y jugando con una cadenita que adornaba su tobillo izquierdo. Hice una estación en sus rodillas, caminando mis dedos sobre sus muslos y al tiempo que aferraba sus nalgas, prodigué una ofrenda de besos frotando mis mejillas sobre su vientre. Me deslicé sobre un abdomen erizado para llegar al hermoso oasis ubicado entre sus tetas, deteniéndome a saciar la sed; mientras tanto, mis manos aleteaban en su espalda y nalgas. Ascendí la cuesta de su cuello, pero cuando estaba listo para mordisquear el lóbulo de su oreja, descubrí sus ojos y una mirada que, fuera de mi fantasía, estaba clavada en mí. Me sacudió un sobresalto y un ligero rubor quiso teñir mis mejillas. Me había descubierto pero mantuve la mirada, para luego de unos segundos, intentar un gesto de disculpa. Ambos sonreímos con una cierta complicidad.

"Por lo menos no se arrechó", me dije, cauteloso.

Habían llegado y continuaban llegando otras personas al sitio de espera, interponiéndose en nuestro espacio. Sin embargo, grande fue mi alegría cuando la descubrí moviéndose con lentitud hacia el sitio donde me encontraba; al mismo tiempo, yo trataba de acercarme a ella. Quedamos, sin mirarnos, a dos pasos.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, las personas comenzaron a compactarse para entrar. Un cierto titubeo y una mirada de reojo hacia atrás, me hicieron creer que la "niña" quería que me colocara más cerca de ella y así lo hice.

Los encuentros sexuales casuales son un premio en la rutina diaria de la ciudad. Se pueden limitar a un juego de miradas y sonrisas, roces al descuido pero insistentes, sin embargo, cuando se conjugan los satélites, puede sorprendernos un contacto del mejor tipo. No obstante, a veces estas situaciones pueden derivar por la desagradable tangente del insulto o el escándalo. Por esta razón, no hay que forzarlos. Si no adquieren movimiento propio es mejor cancelarlos. Cuando transgredimos este principio, por lo general ponemos una "cagada".

—Quince, por favor —me encontré diciendo.

—Diecisiete —escuché su voz algo ronca, produciéndome un pequeño salto en el corazón.

Otros números fueron solicitados y se fue llenando la pizarra luminosa de indicación de los pisos. Al colmarse el ascensor, quedé inmediatamente detrás y a la izquierda de ella. Su nalga muy cercana a mi muslo y la parte posterior de su brazo en contacto con mi camisa. Yo miraba de soslayo su perfil como queriendo buscar signos de invitación: "¿Estaré inventando esto?".

—Mezzanina —dijo la ascensorista, y el balanceo propio del ascensor provocó el tan esperado primer roce de su nalga. Y no fue sólo roce, pues, para mi deleite, la nalguita se quedó pegada al muslo. Nalga con vida propia que comenzó a presionar con deliciosa insistencia, entablando un diálogo con mi muslo. Y él respondía con contracciones suaves que, naciendo en la rodilla, iban a terminar en la bragueta.

En el espacio cerrado compartido solamente existía ella. Y ella era un conjunto de piel, tela, nalga, cabello alborotado y juego. Juego y erección con la agradable sensación de calorcillo y latido que nos da el bostezo y el despertar de nuestra "serpiente de un solo ojo". Con tanta cercanía, su cabello me rozaba el pecho; de manera que al respirar yo exhalaba profundamente toda mi aprobación en su oreja cercana.

¡Atención! La cotidianidad nos regala un momento especial, hay que saborearlo con todos los sentidos y hay que ir con calma y suavidad porque corre prisa.

En el segundo piso su mano derecha cubrió, sin premura, un pedazo de la cara interna de mi muslo. Allí tuve conciencia del semental que luchaba por salir del corral. Por sus latidos rítmicos y regulares, creí que el corazón se había cambiado de su lugar habitual para residir en mi pubis.

—Tercer piso —se escuchó.

Comprimidos como estábamos entre corbatas, sobres, carpetas, maletines e inquietudes de oficina, mi mano pidió permiso para explorar, dirigiéndola hacia su cintura como una araña silenciosa. El roce de piel, tela y palma deslizándose hasta su cadera, produjo un dulce estremecimiento compartido. Al tiempo que me anclaba suavemente en su cintura, la fui atrayendo hacia mí hasta alinearla con mi cuerpo. Ella me dejó hacer con dócil participación.

Alguien salía o entraba en el ascensor; en realidad lo importante era que tardáramos más en hacer el recorrido.

—Cuarto piso —sus nalgas redondas y duras, rotundas, trataban de amoldarse al bulto palpitante represado en mi pantalón.

Si hubiera tenido quince años, en ese momento habría eyaculado. Así, enredado entre ideas de culpa y pecado, me bajaba avergonzado en el piso siguiente. Por fortuna, he ido aprendiendo a disfrutar con las sensaciones de piel y ahora sé que ellas, en sí mismas, son fuente del más puro placer.

—Sexto piso —dijo la voz monótona. Y con la otra mano, sobre la falda, tironeaba delicadamente el borde lateral de su pantaleta.

"Qué pantaleticas tan ricas", ensoñé.

Con el permiso tácito y evidente ganado por mis manos, manifestado por la presión de su espalda en mi pecho, me aventuré debajo de su blusa.

"¡Piel desnuda! ¡Cueros!", hubiera querido gritar. De no ser tan descarado el gesto de sacar la mano y untar con saliva la punta de mis dedos, lo hubiera hecho (la saliva es la mejor amiga de la caricia, sobre todo en sitios sensibles: el pezón, el lóbulo de la oreja, el clítoris, el ano). No obstante, opté por la discreción y cambié saliva por sutileza; no sin antes lamentar el terrible olvido de la naturaleza al no programar un mecanismo de lubricación propio para los dedos de la mano.

Aquí me viene a la memoria, el reclamo mayúsculo de un amigo. Él no entiende porqué tiene veinte dedos y un solo pene, cuando éste, le proporciona tanta alegría y para colmo, no tiene repuestos.

Con lentitud me deslicé por su talle llegando al nacimiento de su teta derecha.

"¡Dios mío! No tiene sostén", descubrí, necesitando inhalar profundamente. "No vayas a temblar, güevón, ella quiere dejarse llevar por alguien que sabe lo que hace", me recordé. Su respuesta fue un ligero aumento en la presión de su espalda y una discreta extensión del cuello, de manera que su cabello me invadió el mentón. Besé ligeramente su cabeza, mientras tanto, mi dedo índice recorría la curva inferior de la teta, piel de increíble tersura, preparando el asalto a su pezón. Cuando al fin lo logré, un nuevo corrientazo nos envolvió, pues él, casi reventaba de erecto y palpitante. Al tiempo que jugaba con su cabello y su pecho, la otra mano acariciaba muslo y nalga con un movimiento parsimonioso y casi musical.

A propósito, las caricias simultáneas son un buen ataque contra las barreras de indecisión de algunas mujeres. Al sentir que hay dos frentes de ataque, lo mejor es rendirse.

Ya en el piso diez, a nuestro alrededor quedaban cinco o seis personas y me vi obligado a ser más discreto. Sin embargo, ya todo estaba dicho. Habíamos utilizado el lenguaje del contacto y el roce, donde el silencio es el grito de la complicidad.

—Piso doce —se escuchó.

Nuestra actitud, para este momento, ya era la de una pareja de amigos que habían abordado el ascensor con una intención precisa. Así que en el piso diecisiete, tomados de la mano, abandonamos el elevador.

—Yolanda —respondió ante mi pregunta, mientras caminábamos en el largo pasillo a la izquierda del ascensor.

Varias oficinas más allá descubrimos una escalera que, en el descansillo, ofrecía un atractivo tono de penumbra. Sin preguntas o consultas, sólo mirándonos, comenzamos a subir y al quedar alejados de posibles testigos, nos abrazamos. Encontré su beso esperando. Volando entre los labios aguardaba una lengua inquieta, tibia y húmeda, entronada en el aliento particular de la hembra enredada en la pasión. Lentamente, con besos y lamidos, medí la extensión desde su mejilla hasta la oreja izquierda, para luego zambullirme en su cuello. Mientras tanto, mis manos debajo de la blusa, conversaban con sus tetas, preparando el camino y anunciando la llegada de una boca. Apagando mi sed en sus relieves, las manos se encargaron de recoger la falda hasta que pudieron tocar muslos desnudos. En ese momento ella, apoyando la espalda en la pared, fue despegando las nalgas de la misma, ofertando posibilidades a mi inquietud.

Me vi en la "obligación" de bajarle la pantaleta. Deslizar una pantaleta en el trayecto de unas piernas expectantes, es un deleite del tono más exquisito que pueda imaginarse. Es una clave del acertijo. Si la seducción se tratara de una competencia, éste podría ser el final del torneo. Ya con la pantaleta en mi bolsillo y agachado frente a ella, levanté la falda para entrar en su confesionario. Me invadió una mística sensación, entre beso y mordisqueo, al escalar su anatomía para llegar a la divina fuente. Primero jugueteé con la nariz en su vello púbico, olor a melón maduro y humedad por compartir. Aspiraba profundamente sus aromas. Asociando ideas, recordé otro

momento en el cual me gusta oler, lenta y concienzudamente, lo que se me ofrece. Se trata de la ocasión de una mesa servida con un plato apetitoso, lo huelo con placer sexual.

De hinojos ante mi altar, sus manos se posaron en mi cabeza cubierta de falda. Guiado por ella, me sumé al movimiento musical de sus caderas para hurgar, con la punta de la lengua, entre sus labios vulvares y descubrir su estrella escondida.

Hay un hermoso lenguaje corporal en las caricias íntimas. En especial, una mujer dispuesta sabe buscar, orientar y dirigir la caricia hacia los lugares preferidos, todo en base a movimientos lentos, toques, presiones y "empujoncitos".

Al pasar la lengua por su clítoris, un nuevo rayo nos atravesó a ambos. Cuando comencé a chuparlo, entre lengua y labio, con manos y caderas me gritaba que siguiera allí, haciendo exactamente "eso" que estaba haciendo. De muy buen grado obedecía; sólo cambiando algo el ritmo, pero siempre sutil. Me apoderé de sus nalgas y separándolas, rocé repetidamente con uno de mis dedos el contorno de su ano, convenientemente lubricado en el manantial de los jugos venusinos. Al invadir con tanta delicadeza su retaguardia, apareció un fino temblor en la cara interna de sus muslos, hubo una repentina rigidez abierta en sus caderas, se crisparon sus manos en mi cabeza y escuché un quejido apagado, profundo y prolongado.

"Coño, está acabando ¡qué divino!", me solacé.

Cuando sentí que su placer se había derrumbado sobre mí, continué las caricias más suavemente. Sólo esperaba que ella me apartara cuando quisiera, como en efecto lo hizo. Antes de salir de su "templo", aplasté mi mejilla sobre el vello húmedo y lo rocé con los labios, una ofrenda final a su intimidad.

Después del orgasmo, se pueden hacer evidente algunos fantasmas de la razón social: el complejo de culpa, el "ángel de la guarda" escandalizado, el "ni siquiera sabe mi nombre", el "va a pensar que soy una puta", etc., etc. Por este motivo, ya frente a ella, asumí una actitud de desconcierto y vergüenza; cual si no pudiera mirarla directamente a los ojos. Se vio obligada a tomar la iniciativa. Inspiró profundamente y me abrazó.

—¿Tú no quieres acabar? —susurró a mi oído con voz mágica.

—Mi niña —contesté—, me has mantenido acabando desde la planta baja.

Aferré sus hombros y mirándola fijamente le solté:

—Me has regalado un momento muy lindo y te voy a recordar mucho.

Comencé a bajar las escaleras sin querer mirarla.

—¡Oye! —escuché— ¿No te olvidas de algo?

Recordé su pantaleta en mi bolsillo y mirándola, le solicité:

—Déjamela como recuerdo ¿no me la gané?

Sonrió complacida. Me despidió besando la punta de sus dedos mientras cerraba los ojos. Mi corazón voló; bajé al piso quince para tratar de hacer, lo mejor posible, las diligencias que me habían llevado a ese sitio. Ese día memorable, durante la mañana y parte de la tarde, disfruté del aroma cómplice, impregnado en la piel alrededor de mi boca.

Anita

Desde niño, junto a mi viejo y mis hermanos, aprendí a tomarle gusto a la montaña. Las salidas al monte significaban un alejamiento de las obligaciones cotidianas, una apuesta a la aventura de lo que podía o no suceder. Un encuentro con la tierra, sus ríos y el paisaje (aun ahora, no me explico cómo pueden existir tantos tonos de verde en un pedazo de montaña), todos ellos gritando presencia desde su silencio.

El motivo grueso de las salidas, para la familia, eran la caza y la pesca. No obstante, actualmente sé que había otra intención. Muchas veces no cazábamos ni pescábamos nada y siempre, al regreso, nos envolvía una clara sensación de felicidad.

Con frecuencia visitábamos una localidad del estado Guárico, Guayabal, situada al pie de una loma y con varias casas de bahareque ampliamente separadas unas de otras. También tenía un río cercano. Allí vivía una familia de campesinos, amigos de mi padre. Una pareja de viejos con un hijo, Pedro, quienes eran sumamente cordiales y hospitalarios. Más aún, cuando empecé la carrera médica adquirí una especial importancia para ellos.

Pedro, unos años mayor que yo, era nuestro baquiano. Muy joven se arrejuntó con una muchacha de la zona y a la vuelta de cinco

años, tenían cinco hijos. El segundo parto fue una niña a quien llamaron Anita.

Ya antes de caminar, Anita tenía una curiosa predilección por mí. Se lanzaba a mis brazos, se dormía en ellos y perdí la cuenta de las veces que me orinó mientras la acunaba. Incluso despierta, cuando la cargaba y sobaba su espalda y nalguitas, la muy descarada se me meaba encima. Fue lógico, por lo tanto, que Anita tuviera su padrino médico.

Aunado a esto y algún tiempo después, mi compadre Pedro construyó una habitación de bahareque y techo de zinc adosada al rancho de los viejos. La hizo para mí; ya tenía donde llegar, a cualquier hora y en cualquier momento... yo era de la familia.

II

Anita tendría unos cuatro años cuando ya corría desesperada ante mi llegada y se lanzaba en mis brazos para matarme a besos, abrazos y orina. Inclusive una vez, ya grandecita, llegó a darme su ureica bienvenida.

—No digas nada padrino, no digas nada —me suplicó aquella niña de ocho o nueve años, susurrante al oído, compartiendo el húmedo calor en mi abdomen con sus muslos rodeándome la cintura. Me correspondió disimular la pequeña huella en mi franela mojada; mientras ella corría hasta la casa del compadre, distante unos veinte metros, para regresar con una taza de humeante café para su padrino.

Mientras permanecía en Guayabal, ella era mi eterna acompañante. Claro que a veces fastidiaba un poco; sin embargo, era divertido, al salir juntos a cazar o pescar, verla correr tras una presa herida o buscando carnada. Pertenecía a la sabana y al río, era un adorno del paisaje. Verla correr entre los chaparrales, me recordaba la mañana cuando sorprendí el trote lento y cadencioso de un oso palmero, saliendo de una "mata" de monte, para dirigirse al río. En aquel instante, me envolvió una sensación casi mística de liberación y un ahogo cercano a las lágrimas. Eso es la sabana de mi Llano.

Hasta los diez años, Anita solía acostarse encima de mí en la hamaca pidiendo que le narrara historias. Se dormía y yo despertaba cuando Pedro venía a buscarla en la madrugada.

—Coño compadre, esta carajita es muy ladilla —decía en voz baja, como saludo de buenas noches y disculpa.

Algunos amaneceres, el canto del gallo era seguido de cerca por un pocillo de café y la voz de la niña, invitándome al río a buscar el pescado para desayunar. O, al abrir mis ojos desde la hamaca, podía verla sentada muy cerca contemplando mi sueño y esperando algún indicio de actividad para iniciar su cháchara. Era mi karma sabanero, era rienda y cabestro en el gamelotal; se convirtió en el agua de mi cantimplora. Aprendió a disfrutar, en silencio y a mi lado, el contemplar las estrellas en la noche veranera del Llano; acompañados por el canto del aguaitacamino y el titirijí. Quise enseñarle a nunca perder el asombro ante ese inmenso y denso techo de luces parpadeantes, imposible de admirar desde la ciudad, que ella tenía cada noche a su disposición.

Algunas tardes, nos tumbábamos en la arena de la orilla del río. Descubríamos los tesoros escondidos en las formas caprichosas de los cúmulos de nubes que pasaban ante nuestros ojos dirigiéndose hacia quién sabe dónde.

Así pasaron los momentos y vivencias que compartí con la infancia de mi ahijada.

III

Anita asistía a una escuela rural donde realizó su primaria. Me correspondía velar por la continuación de sus estudios; era mi tácita responsabilidad. La única posibilidad para hacer la secundaria, era en un liceo ubicado en un pueblo alejado del caserío. De manera que formalicé su inscripción, le conseguí una residencia estudiantil adecuada y pudo continuar su preparación académica.

Una vez al mes, o cada mes y medio, pasaba mi fin de semana de monte, soledad y encuentro conmigo mismo; a cuenta de fastidiar un poco el equilibrio ecológico. Nunca olvidaba la llamada a Anita y sus regalos. Regalos que fueron cambiando desde muñecas u otros juguetes a objetos escolares y ropa.

Cuando tenía unos trece años, después de un abrazo de bienvenida, noté algo que abultaba contra mi pecho. Pensando que ya tendría que comprarle sostenes, le dije:

—Ya le están brotando los "limoncitos", ya se me está haciendo mujer.

En lugar de ruborizarse, como lo haría cualquier niña, me miró altiva; hizo más evidente sus nuevas prominencias y sonrió, asintiendo. Por supuesto que yo quedé un poco cortado.

Anita continuó madurando. Le iba bien en su responsabilidad liceísta y la relación con otros jóvenes le daba, en nuestros encuentros, algo que contar. Enfocaba las situaciones con un lenguaje directo. Tendría unos quince años cuando me planteó, mientras pescábamos, las búsquedas de que era objeto por parte de los varones.

—…pero a mí no me gustan ellos. Son muy pendejos. Ellos creen que una no sabe.

—¿No saber qué? —le solté incómodo.

—Bueno, lo que sucede entre hombres y mujeres —y me abrazó, como buscando protección.

Inmediatamente recordé una tarde cuando, en el sendero hacia el río, vimos un caballo montando a una yegua.

—¿Qué están haciendo? —preguntó una Anita de unos siete años.

—Quieren tener un potrillo y el caballo le pone su semilla dentro de la barriga.

—¿Y no le duele? —quiso saber, ante los bufidos de la yegua.

—¿Y cómo voy a saberlo yo, Anita ? Pregúntale a ella.

Me miró, lanzó una risita nerviosa y reflexionó en voz alta:

—Si no le gustara no estaría tranquila esperando. Si le doliera, correría para irse; parece que le gusta —e iluminando su cara, como quien realiza algún descubrimiento, exclamó vehemente—: ¡Sí!, sí le gusta —observándome con los ojos entrecerrados, para luego correr y llegar primero que yo al río.

IV

Después que Ana había comenzado a definir su cuerpo de mujer, confieso que su contacto físico me inquietaba en algunas oportunidades. A veces, sintiéndome un poco culpable, tenía que disimular una erección durante algún abrazo prolongado. Así mismo, decidí eludir las situaciones difíciles evitando acostarme con ella en la hamaca durante las tardes y, más aún, en las noches. Anita parecía no notar las nuevas normas. Cada vez que tenía oportunidad de sorprenderme, "atracaba" su bote en mi puerto.

Ella ya contaba con diecisiete años (próxima a graduarse de bachiller en su liceo) y una tarde de viernes de junio llegué a Guayabal. El día anterior, durante mi llamada de aviso, ella aseguró que iba a estar esperándome. El cielo encapotado presagiaba lluvia y la encontré sentada a la puerta de mi suite. Después de saludarnos, me explicó que su padre, abuelos y hermanos estaban en el pueblo por diferentes razones. Ella me acompañaría y atendería durante el fin de semana. Inmediatamente le propuse llevarla junto a su familia en mi retorno a Caracas, cuestión a la que se negó rotundamente. Decidimos quedarnos y, mientras ella preparaba un tinto recién colado, me cambié de ropa para instalarme en mi refugio. Al llegar con la taza humeante, tomó la botella de ron de la repisa y añadió una generosa porción al café. A continuación, me ofreció el brebaje, una espléndida sonrisa y su mirada brillante.

Conversando de su futuro, de los abuelos, de su próxima graduación, de sus amigos, de sus andanzas, guindamos la hamaca y me hizo acostar en ella para descansar del viaje. Se sentó a la orilla de la misma para, unos segundos después, tenderse a mi lado. De inmediato escondió su cara en mi cuello y experimenté el vibrante contacto de sus relieves en mi costado. Intenté incorporarme, pero al instante, ella comenzó a hablar atropelladamente:

—Padrino, padrino… yo te quiero tanto, cuando me llamas y más cuando te veo llegar, siento como un susto en el pecho y una cosquilla en el vientre y me dan muchas ganas de orinar.

Mientras hablaba, apretaba y aflojaba su abrazo, reflejando la inquietud de lo que es difícil de verbalizar. Después de unos segundos me miró con intensidad, como buscando mi aprobación. Con voz lejana, agregó:

—A veces en la noche, cuando todos duermen y estoy en mi cama, comienzo a tocarme… mis pechos… allá abajo y te veo a ti llegando a Guayabal.

Liberada por su confesión, se atrevió a sonreír más relajada y soltó:

—Por nada del mundo cambiaría el estar aquí cuando tú vienes. ¡Por nada!

Embrujado, la escuché. Su voz encontraba caminos en la arquitectura de mis prejuicios. Apretándola contra mí, le di la bienvenida. Permanecimos abrazados en silencio sintiendo, cada uno,

la intensidad y la tormenta del otro. Ella, otorgando su confidencia. Yo, tratando de frenar la evidente atracción a lo prohibido. Evoqué la imagen de una mañana, en una finca de Las Mercedes del Llano, cuando subí a un cerro. Desde la cima descubrí al otro lado, unos diez metros más abajo, una explanada cubierta de brillante pasto. Disneico y taquicárdico noté que era observado por cuatro venados, un macho y tres hembras, con sus orejas levantadas y las colas blancas apuntando al cielo. Empezaron a trotar en lenta cadencia, alejándose de mí. Yo ni siquiera intenté levantar la escopeta que llevaba. Me quedé inmóvil, tratando de eternizar esa foto en mi retina.

Y así me sentía con Anita en el momento compartido, que quería fuese eterno.

Un susurro a mi oído me sacó del letargo:

—Padrino, sóbame como cuando estaba chiquita y tú me cargabas.

—Pero no me mees —le solté, tratando de evadir el momento con humor.

Me miró con tal intensidad, que murió mi sonrisa. Sentí que ella había descubierto toda mi inquietud. "Ya es una mujer, ya sabe mirar", pensé, algo avergonzado. Inspiré profundamente, acaricié su espalda con delicadeza hasta la cintura. Cuando iba a retirar mi mano, ella se movió en la hamaca poniéndome el pecho frente a la cara. Su mano guió mi palma abierta, en un lento recorrido, sobre sus nalgas, redonditas y duras. Para este momento, ya era muy evidente mi erección y yo no quería atraer su atención al respecto. Sin remilgos, con un movimiento rápido, ella agarró el pene a través de la tela del pantalón corto, lo colocó apuntando hacia mi ombligo y se acostó sobre mí cuan larga era. Su pecho sobre mi pecho y su vientre sobre el mío, haciendo una intencionada y deliciosa presión en la turbulencia de mi pubis.

—¡Ay!, quédate así —dijo mansamente, para agregar con los ojos cerrados y balanceando levemente su cuerpo—. Hace tanto tiempo que quería tenerte así.

Mis pensamientos viajaban por muchos caminos y no puedo, ni quiero, negar el infinito agrado que me envolvía. Me solazaba en el magnífico hechizo que provocaba la seducción, simple y directa, que Anita estaba tejiendo para mí.

Me ubiqué en la sabana del Cinaruco durante un atardecer. Ya el sol no castigaba y era un adorno más. Sabana, mar de pasto corto y soledad. Mundo de apariencia inhóspita que, sorpresivamente, siempre deja en la memoria un irresistible llamado de regresar a él. Sabana, leche tibia de madre, siempre alimentando a mi herencia india que se ha resistido a desaparecer.

—Vaya, mijita, y me trae un cafecito —le pedí sin mucha convicción, intentando alejarla y romper el embrujo que me aletargaba.

—¡No!, más tarde. Ahorita quiero quedarme aquí.

Otra vez me alejé, estábamos en un caluroso mediodía, seis meses atrás, bañándonos en el río. Ella se había puesto, esa mañana, una franela blanca y ancha para ir a pescar. Cuando emergió del agua y se tendió en la orilla, la franela mojada adherida a su piel, destacó sus tetas con más precisión y erotismo que si hubiera tenido el torso descubierto. "¡Dios mío, Dios mío!", me grité incómodo para mis adentros, y fue una labor titánica despegar mis ojos de esas magníficas prominencias. Por su parte ella, recostada en la arena sobre sus codos, sacudía su cabeza intentando secar el cabello. Sus ojos cerrados, me permitían contemplar a mis anchas esos relieves que, por la posición adoptada, eran aún más evidentes. ¿Cuánta "inocente" intención hubo en ese momento? De vuelta a la casa borré el recuerdo y no había aparecido hasta este ahora, cuando tenía el permiso para fantasear a mis anchas.

De nuevo en la hamaca, yo inmóvil, dejaba que ella fundiera su cuerpo en el mío. Me sentía como en una telaraña.

Siempre me ha fascinado la imagen de la telaraña, la araña y la víctima. Esta última, viva y sin poder moverse, es testigo del trabajo preciso y concienzudo de que es objeto; patas eficientes envolviendo, en fantasías de hilo y desesperanza, la posibilidad de respirar en libertad.

Y así, atrapado en un sin tiempo interminable, noté la herida paulatina del horizonte en mi ventana.

Más tarde, como una sombra más, Anita besó dulcemente mi boca, sonrió y fue a prepararme la cena.

V

La cena transcurrió con la cordialidad habitual entre nosotros. Se habló sin hacer referencia a lo sucedido. No hubo coqueteo ni actitudes a interpretar; era la Anita de siempre: inocente, sencilla y directa, sin temor alguno a mirarme. "¿Habré imaginado todo?", llegué a preguntarme, en mi estado achispado provocado por el ron.

Al despedirnos, mirándome directamente a los ojos y muy resuelta, me hizo saber:

—Más tarde voy a tu hamaca —y colocando en mi antebrazo su mano, apretó suavemente mientras decía—. Esta noche voy a dormir contigo.

En silencio me dirigí a mi "madriguera"; me sentía como un animal buscando protección en su guarida.

La lluvia había comenzado y arreciaba con rapidez.

Ya en mi habitación, aseguré la puerta por dentro como última defensa de mi atavismo familiar; aunque de antemano, sabía que era inútil. Me tomé un buen vaso de ron mientras admiraba, desde mi ventana, el discordante balbuceo de las voces animales buscando su sitio entre las sombras. Luego, arrullado por el resonante toque de la lluvia sobre el techo de zinc, me sumí en un sueño ligero e intranquilo.

Algo más tarde, filtrado entre las notas de percusión metálica, se coló en mi sopor, un toque de madera; carne y madera. Seguro estaba que, de no abrir la puerta, ella la echaría abajo. Me levanté nadando en los vapores de ron y café, lluvia y zinc, pecado y deseo. Abrí la puerta. Su silueta, respirando entrecortada y a la expectativa, destacó en el fondo de oscuridad del patio anegado. Un relámpago la convirtió en un ángel azul. Un ángel con las alas empapadas y plegadas en su cuerpo. Durante algunos segundos admiré su figura de mujer. Por mi parte, abandonando mi batalla interior entre reproches y alientos, abrí mis brazos para recibirla. Respiró aliviada y se lanzó al sitio ofrecido escondiendo su cara en mi cuello y cruzando, como siempre lo había hecho, las piernas sobre mis nalgas. Su cuerpo de mujer, erizado y tembloroso, se adueñó de mis sentidos; colocó un freno a nuestra historia obligada y convirtió la noche en un momento.

Y un momento es la suma de los productos elementales de las masas de cada cuerpo por el cuadrado de la distancia al eje… fálico.

Y el momento de una fuerza, con relación a un punto, es el producto de la intensidad de esa fuerza por la distancia perpendicular desde la línea de acción de la fuerza al eje de movimiento.

Recordé, como último eslabón de mi nexo con la ahijada, una tarde cuando llegué a Guayabal y ella, de ocho o nueve años, se acomodó en mi cuerpo exactamente como estaba ahora para, luego de abrazarme muy fuerte, susurrar a mi oído:

—Padrino, cuando yo sea grande, me voy a casar contigo.

Bajé el telón, y punto. Enfrentaba a una mujer que había buscado un camino, y punto. Estaba con una hembra anhelante a quien quería encontrar, y punto.

Nos rodeaba una completa oscuridad; la brisa había apagado la rudimentaria lámpara que alumbró las primeras horas nocturnas. A tientas le quité el vestido mojado y comprobé, bajo la luz de un repentino relámpago, que estaba completamente desnuda, una dádiva de las circunstancias. De nuevo los dioses me privilegiaban. Intuí, con inmensa satisfacción, que Anita me estaba otorgando algo más que su piel desnuda; me ofrecía la plenitud de su condición de mujer recientemente descubierta. No hablo de virginidad, por supuesto; hablo del tesoro que guardaba detrás de todas las cosas simples y hermosas que compartimos. Hablo de una historia que ella, como mujer, se había atrevido a enfrentar.

Busqué una toalla en mi maletín y la envolví con mucha ternura y emoción.

—Muchachita, muchachita, estás temblando y erizadita —le susurraba al frotar su cuerpo tembloroso, temblor, más probablemente proveniente del hechizo de la noche, que del frío.

No hubo palabras; por lo demás, el ambiente musical impedía comunicar sonidos. Y de pronto, estábamos acostados en la hamaca. Ella, aferrada a mi cuello, derramando su calor en todos mis resquicios. Yo, disfrutando el nuevo tipo de contacto, inundado de placer. Ambos dejamos que la corriente llevara nuestro bote río abajo.

Con lentitud, deslizándome sobre su mejilla, inicié el camino hacia su boca. Allí encontré sus intenciones despiertas, exasperadas y al acecho. Su beso sabía a sombra de árbol y agua de jagüey; a sorbo de café al amanecer mientras vacío mi vejiga en la tierra; a vuelo de guacamayo en el atardecer del Llano. Descubrí su aliento calando en mis entrañas, invadiéndome como el aroma de la espiga

de mastranto, triturada entre los dedos, que huelo repetidamente cuando regreso ensimismado desde la cañada, en una mañana fresca de viaje a la montaña. Sus sentidos creaban un ritmo propio de tempestad; conversamos en suspiros y jadeos. Éramos aves que, trinando entre las palmas, hablan de sus cosas. Éramos los seres primigenios del Edén compartiendo la responsabilidad de la manzana.

El juego de caricias en el cuerpo de Ana me llevó a la orilla del río. Sentí el pez grande que agarra la carnada y comienza a llevársela. Placer de halar una vez, para engancharlo, luego soltar sedal, para que no lo reviente. "Coño, picó uno, picó uno grande", que me digo cada vez que me dan un halón fuerte. Conflicto de querer verlo en la orilla, ya pescado; pero que siga peleando para disfrutarlo. Plenitud de estar en el mejor lugar del mundo: la orilla del río. Solo, emocionado y respetuoso de las reglas del juego.

Le bebí la primera colada de su ternura, saboreé la miel de su panal oculto y apagué una sed antigua, que abrazaba mi garganta, desde la voz de alguno de mis demonios internos. Anidando en mi excitación, atrapé algunas imágenes recientes de Anita, enterradas en algún sitio, porque me daba miedo verlas.

Siempre sucedían cuando no había testigos. Anita, abrazándome por la espalda, besando mi cuello y oreja. Anita, abrazándome y presionando sus tetas en mi pecho. Anita, despertándome al amanecer con una caricia lenta y suave de cuello, pecho y abdomen. Anita, al lado de la hamaca, extasiada con mi erección matutina.

Abruptamente, invadió todo su cuerpo la inminencia del orgasmo. Sus uñas dibujaron en mi espalda el mapa del sendero que estaba recorriendo, mientras yo me arrastraba entre los chamizales, mortificado por los rasguños de las ramas, siguiendo el rastro de un venado que herí varios kilómetros atrás; descubriendo las gotas de sangre brillante, delatoras de un miedo salvaje y no vencido. Su cuerpo se revolvía, como queriendo sacar de sí esa brasa que bullía dentro de ella y tocaba cada una de sus células.

En ese momento me dividí. Una parte de mí, se convirtió en un charco fresco y sombreado en el verano del Llano. Un oasis donde llegan los báquiros a revolcar sus inquietudes de sequía. La otra, observaba y disfrutaba las convulsiones de Anita con la misma curiosa picardía que, de niño, me llevaba a espiar al caballo, al burro, al perro y a los gatos, montando a la hembra en celo.

A medida que se calmaba su cuerpo enfebrecido, potranca domada, iba creciendo la sensación de cariño que, más allá de unas pieles calentadas, ella derramaba sobre mí. Murmuraba frases cortas, como hablándose a sí misma:

—Siempre quise. Pienso mucho en ti. Tenía miedo de no encontrarte… Siempre me has gustado… Te quiero mucho.

En su balbuceo de sonidos nocturnos, hilando la oscuridad, yo contemplé aquel araguaney a la vera del camino, regando flores amarillas con la ayuda de la brisa y fabricando una alfombra asombrosa a sus pies. Y me llené de araguaney en febrero, con las flores de la pasión y la entrega de Anita. También con el sudor compartido de presa y cazador o más bien, de cazador cazado por la presa.

Me levanté de la hamaca para asomarme a la ventana. Contemplando la noche, impregnada de aromas y de imágenes recientes, encendí la tenue luz del mechero. Me fasciné con la visión irreal de Ana.

Asomaba su cara al borde de la hamaca, el cabello derramándose hasta casi tocar el piso. La danza de la llama parpadeante sobre su espalda desnuda y su mirada profunda, como sólo puede mirar una mujer que ha domado su pasión. Ante su calma, evoqué una tarde en la sabana cuando, a finales de verano, el cielo comenzó a encapotarse. Una brisa fría nos envolvió y asistí a su transformación en un verdadero huracán. Un viento tan fuerte que casi arrancaba las láminas de zinc del techo del rancho. Inmediatamente, se desató un torrencial aguacero con ráfagas de viento ululante que de verdad me asustó. En minutos, viví una eternidad, y así como vino, se retiró. Fue un chubasco llanero; a veces "mi" Llano juega en serio.

Ante la calma de Ana, imaginé que ella tenía su propio chubasco. La lluvia había amainado al igual que la tormenta de Ana; sólo un leve tamborileo se mantenía "conversando" en el techo. Me coloqué a sus pies y acaricié sus muslos debajo de la cobija. La piel tibia de una mujer somnolienta, posee una electricidad especial que se transmite muy fácilmente; es similar a la caricia del primer sol después de un amanecer frío, envuelve y llega al alma. Me arrodillé al lado de la hamaca y volteé su cuerpo, de manera que mi cabeza quedó entre sus muslos. Ella flexionó las rodillas sobre mis hombros. Emprendí un camino perfumado, de hierba y tierra mojada,

hasta un conuco de maíz. Escogí una mazorca tierna, jojoto turgente, sus barbas cosquilleándome el mentón. Entre sus hojas verde manzana descubrí el grano más delicado, un grano blando y vivo que vertió sus jugos en mi boca y en mi lengua inquieta, embriagándolas de cosecha y ron.

En ese huerto cultivé jadeos y palabras sueltas. Unos dedos arando en mi cabello, un cuerpo nuevamente asaltado de temblores, unos ojos enfebrecidos, persiguiendo algún delirio preñado de oscuridad, un lenguaje incoherente lanzado a la noche despiadada, luciérnagas brotando de su cuerpo y un grito milenario de Eva redimida.

Me vi de nuevo en aquella avenida de Catia, extasiado con el tren eléctrico, pero ahora, Anita me saludaba desde un vagón cada vez que pasaba frente a mí en su recorrido. Había cruzado el río para llegar a alguna orilla, echándome a descansar en la ribera. Escondí mi emoción de cazador viejo entre los muslos relajados. Entoné una canción de regocijo, mezclaba una ternura de manos enlazadas con el aroma de una espiga de mastranto triturada entre mis dedos durante algún retorno.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta el momento en que Anita me rescató del ensueño, invitándome a salir para adueñarnos de su noche. Agua encharcada, ramas mojadas, oscuridad asaltada de truenos distantes y barro blando perfumado, presenciaron la danza armoniosa de macho y hembra exultantes. Danza loca con el agua picoteando la piel saturada de melodías sensoriales recién inventadas. En algún momento, me encontré acostado en el barro, la mirada perdida entre nubes apretadas y abrumado de negrura. Angustia reprimida ante el techo inmenso que me cubría, deseando alguna estrella que pudiera orientarme.

Sentí y visualicé la silueta de Ana sentada sobre mí con sus muslos apretando mis mejillas. Su cuerpo fue bañado de luz por un relámpago lejano y yo, con las manos apretando barro, permanecí dominado y subyugado en el juego lujurioso de un súcubo azul de la montaña. En mi cuello comenzó a nacer un riachuelo de agua caliente, olor a corral de ordeño, desbordado sobre mi pecho, abdomen y pubis por unas nalgas ambiciosas; deseosas de marcar todo el territorio conquistado, ofrenda al recuerdo de sus bienvenidas infantiles. Baño dorado de pantera en celo, acompañado de rugidos transformados en palabras:

—Siempre quise mearte todo, ¡Siempre! Yo quería mearte así, ¡ASÍ!... ¡ASÍ!...

Agregó dos puñados de lodo en mi pecho y revolcó su cuerpo sobre el mío. Serpiente sinuosa delirando lascivia y capturando con su boca, mi aliento que pretendía escapar hacia las nubes. De nuevo se posesionó de mi vientre asombrado y furioso. Sentada sobre mí, apresó mi bandera de macho hundiéndola en su ira genital. Y yo, orgulloso, saqué del agua un pavón que se debatía, trémulo y convulso, en el extremo aguzado de mi arpón. Y yo, excitado, recogí el paují ensartado plenamente en la punta de mi lanza, espasmo de alas y plumas heridas, regalando su sangre como medalla al vencedor. Fui cabalgado a pelo en las tinieblas, con una brisa salvaje anegando mis respiros. Acompañé al miedo infantil que me asalta cuando camino en la sabana a oscuras. Y la soledad, convertida en lejano horizonte de negrura, fabricaba asombrada fantasmas en mi paso, reflejando los demonios de mi mundo. Corazón desbocado, resuello acelerado, grito libertario y una urgencia púbica que me obligó a tragar las estrellas que se iban asomando y también un pedazo de la luna de menguante fugitiva; para devolverlas, en erupción desmedida, al infinito calor del mero centro del vientre de Anita.

Allí quedamos, domados en el lecho de barro, enredados y mezclados en el asomar paulatino de los ruidos nocturnos. Sonidos que iban despertando a medida que la lluvia terminaba de alejarse. Sinfonía de sapos y de aves de la noche, personajes de relatos campesinos de fantasmas: "el Silbón", "la Sayona", "la Bola de Fuego", convertidos en compañeros de viaje.

VI

A la mañana siguiente, soñando con un mar de café anaranjado, al abrir los ojos me topé con la mirada clara de Anita y su mano, ofreciéndome un pocillo humeante.

—Padrino, mi papá llegó hace poco y quiere saludarlo.

Salí al patio y Pedro se acercaba. Alguien dentro de mí se escondió profundamente. Ya sin él, pude mirar a mi compadre.

—Compadre —y procedió a abrazarme, para continuar al separarse—, de saber que estabas aquí, no me hubiera apurado en llegar para echarle un ojo a la casa y a la muchacha.

Le aseguré que todo estaba bien, que marcharía al día siguiente y de paso, dejaría a Anita en el pueblo.

—Bueno, si te quedas hasta mañana, yo me voy de inmediato y busco a los viejos, a ver si regresamos todos juntos mañana en la tarde.

Mientras conversábamos, Anita se acercó.

Tomó del brazo a Pedro, apoyó la cabeza en su hombro y mirándome intensamente, dijo con inocencia:

—Sí padrino, sal a cazar tranquilo en la tarde que yo en la noche, como ayer, te vuelvo a traer tu cena.

Lidia

La primera vez que la vi, fue a un lado de la carretera pidiendo cola. Vestía un pantalón jean, recortado a medio muslo, una blusa ancha y portaba un bolso tipo koala. Al pasar a su lado, la expresión de rostro y manos desde su cuerpo de niña, estableció una primera divergencia. Avancé unos metros y un instante después, tuve conciencia que ella no pedía, ella ofrecía. Esto me produjo un sobresalto. "Una putica, una niña puta", me dije emocionado. Digo emocionado porque, más allá de lo moral y el decoro, siempre he sentido una gran curiosidad por este fenómeno. Desde que me paseé por la Alejandría de Durrell (acompañando a Daryl o a Nesim en sus visitas a los prostíbulos infantiles, en la búsqueda de la hija de Justine), anidó en mí una conflictiva fascinación por el tema. De allí, el choque que me produjo el encuentro. Por un lado, comprendo que su existencia traduce una gran falla social; por el otro, reconozco en mí una atracción morbosa, relacionada con algunos oscuros anhelos no bien enfrentados, que me han llevado a desear un encuentro con una de ellas. Pero nunca me atreví a buscarlo abiertamente.

Envuelto en estas razones, tomé la situación como un regalo de la casualidad y giré en U. Al notar que pasaba nuevamente frente

a ella, me ofreció una sonrisa de mujer, adornada con una mirada cómplice y sugestiva.

—Señor, ¿pasa por La Yaguara? —pero ya estaba sentada, recostada contra la puerta y con su muslo sobre el asiento. Estaba instalada.

Sin esperar respuesta, habló atropelladamente:

—Estaba esperando una señora que tenía que entregarme un dinero que necesitamos en la casa y no vino —con su mirada al frente, parecía recitar una letanía—. Ese dinero lo necesitamos con urgencia.

En ese momento giró hacia mí, colocó su mano en mi muslo y haciendo un poco de presión, soltó:

—Tengo que conseguir ese dinero —enfrentándome—. ¿Tú me puedes ayudar?

No muy sutilmente había establecido la razón fundamental del encuentro. Eludí el tema con la curiosidad de conocer cómo lo retomaría.

—Lidia y tengo trece años —respondió a mi pregunta, mientras retiraba la mano y apoyaba su espalda en el asiento.

Me enteré además que estudiaba quinto grado, tenía varios hermanos y su madre, trabajadora de la noche, les recalcaba continuamente que debían colaborar con los gastos de la casa. Mientras hablaba, sus ojos vivaces medían todo lo que la rodeaba, incluso, abrió la guantera y revisó. De pronto colocó de nuevo su mano en mi muslo, pero más cerca de la ingle y soltó:

—¿Tú puedes ayudarme con algo? ¡Tienes que ayudarme!

—Depende —dije mirándola fugazmente—. Y tú, ¿qué me darías?

Cierta relajación en su actitud me demostró que pisaba terreno conocido. Con un gesto resignado, aseguró que podía hacer lo que yo quisiera con ella. Para tranquilizarla y continuar oyéndola en su rol laboral, le di varios billetes.

—¿No me puedes dar más? —indagó con un guiño y una sonrisa coqueta, pero ya había usado el koala para asegurar su botín.

Ante mi negativa, hablando con las manos en la cintura y haciendo resaltar los bultos de su pecho como objeto de mediación, me soltó:

—¿Tú no quieres que yo estudie?, mira que tengo que comprar los útiles y el uniforme.

—Bueno… —contesté—, depende cómo te portes, te doy algo más.

Se acomodó en el asiento acercando su rodilla y muslo al mío, hasta rozarlo. Tomé una vía alterna menos transitada. Unos minutos después dirigí mi mano hacia su muslo, deslizándola suavemente y con lentitud por el abdomen, hasta llegar a su pecho, allí me detuve para decirle:

—Coño, tienes las teticas bien formadas, ¿cuándo te desarrollaste?

—Hace año y medio —contestó, mientras movía el pecho haciendo presión con su teta izquierda sobre mi mano.

Metí la mano bajo su franela y le ordené:

—¡Quítate el sostén!

No hubo remilgos o indecisión, sus manos se movieron con presteza y la prenda desapareció. En el segundo intento, tuve la sensación de tocar duraznos maduros, pero del tamaño de manzanas. Ese tacto asombroso de vaso de vidrio recién lavado. Los acaricié con suavidad, sin embargo, a pesar de rozar sus pezones con toda intención, no sentí erección en ellos. Mientras tanto, Lidia miraba al frente con los brazos caídos, ausente. Llevé mi mano a su ombligo y la conminé a bajarse el pantaloncito. De nuevo fue segura en el manejo de la situación y llevó la prenda hasta las rodillas. Me invadió un discreto olor ureico y al dirigir la mirada hacia su pubis quedé prácticamente hipnotizado, ya que su pantaleta era absolutamente infantil: una pieza de algodón adornada con un estampado de ositos panda, boca arriba, jugando con una pelota multicolor. Muchos ositos y muchas pelotas, testigos paradójicos de este peligroso juego. En realidad casi me atraganto, desatándose una lucha de conciencia que, cuando Lidia comenzó a bajarse la pantaleta hasta sus muslos, ganó mi yo perverso y morboso. El otro yo, resignado, escuchaba las "razones" de su homólogo: "yo no la hice puta, yo la estoy ayudando con dinero. Yo sólo quiero satisfacer mi curiosidad, sin hacerle daño".

Llevé la mano hasta sus genitales y jugueteé en el tacto sedoso de su vello púbico.

—Échate hacia delante —y obedeció sin chistar. Igual respuesta obtuve cuando le dije tajante—: ¡Abre las piernas!

Olí mi dedo, no sentí olores extraños. "Parece que no está contaminada", pensé, mientras lo humedecía con saliva antes de llevarlo nuevamente a su entrepierna. Lidia mantenía una actitud ausente e impertérrita. No obstante estar acariciando suave y repetidamente su clítoris, no hubo cambios en su expresión. Bajé un poco la mano y fui introduciendo mi índice en su vagina. Paredes apretadas, pero ningún obstáculo para meter todo el dedo.

—Estás bien equipada —le solté; sin embargo, no reaccionó.

Cuando separé mi mano, fue como hacer un contacto eléctrico; ella adquirió vida. Mientras arreglaba su ropa, reinició su fluida conversación.

—¿Tú tienes VH?

Confieso que me desubicó. Pensé en VIH, VPH, SIDA y otras siglas que designan ETS (Enfermedades de Transmisión Sexual), sin embargo, su comentario aludía a un aparato de video. Soñaba con un VHS para ella sola.

—¿Me porté bien? —dijo de pronto.

Tuve que sacar la cartera para completar la tarifa, pudiendo observar en su koala varios billetes, además de los que había obtenido conmigo. Traté de indagar en su vida, su primera experiencia sexual, los problemas en su casa y, sobre todo, desde cuándo era putica. Sólo me contestó, molesta, que ella no era una de "esas".

Llegando ya al destino acordado, le manifesté que me gustaría llevarla a un hotel.

—Si mañana estás en el mismo sitio y a la misma hora donde te recogí, te voy a dar el doble de lo que recibiste hoy.

Se bajó del carro sin contestar ni despedirse.

II

Por supuesto que a la mañana siguiente, acudí puntualmente a la cita. Al girar una curva, la divisé sentada en una de las defensas de la carretera. Me esperaba, ya que, al identificar el carro, se levantó con presteza y echó andar hacia mí. Vestía más formalmente, pero seguía pareciendo una niña.

—Pensé que no ibas a venir —le solté cuando se sentó a mi lado— porque te fuiste medio arrecha ¿no?

Sonrió y colocó su mano en mi muslo.

—Es que no me gusta que me digan puta. Pero ya está —agregando con su pícara mirada—: ¿Cuánto me vas a dar hoy?

Yo había tomada algunas previsiones para entrar al motel con ella. Llevaba un cojín, para hacerla parecer más alta; también una gorra, lentes oscuros y una chaqueta. El resultado fue que, de no haber tenido esa morbosa y patológica curiosidad por ella, ni de vaina la llevo a un hotel. Parecía más bien que íbamos a una fiesta y yo llevaba al payasito.

Ya en la habitación, ella encendió la TV y jugó con el control remoto durante un minuto, pero al llegar al canal porno quedó hipnotizada. Sólo sus ojos demostraban vida, siguiendo la secuencia de las porno-stars en sus ejecuciones. Mientras la desvestía, no apartaba su mirada de la pantalla ni compartía comentarios. Fuimos al baño y la aseé concienzudamente bajo el agua tibia, la trasladé cargada a la cama y al intentar apagar la TV, sí habló:

—Déjala prendida, por fa.

Recorrí muy delicadamente su cuerpo. No obstante usar todo mi arte acariciador con manos y lengua, no obtuve respuesta alguna, seguía prendada a la TV. Al acostarme sobre ella, separó los muslos y pude penetrarla con facilidad. El único gesto que recibí fue un apretar de labios y un ladear de su cabeza cuando intenté besarla. Después de unos minutos de "masturbarme" encima de ella, giré mi cuerpo y quedé tendido a su lado. De inmediato adquirió vida y se sentó sobre mi pubis, penetrándose inmediatamente. Con la conocida mirada y actitud picaresca, comenzó a mover sus caderas en varios sentidos. Mientras tanto decía:

—Te gustan las carajitas, ¿no? ¿Te gustan mucho? —pausa sin dejar de mover las caderas— ¿Cuánto es lo que me vas a dar hoy?

De pronto quise no estar allí. Me sentí asqueado de mí, de la sociedad que permitía que ella estuviera desnuda encima de mí, de la muerte de su sexo que jamás se recuperaría porque, quizás, nunca había nacido; de su vida truncada, de su futuro mucho más que incierto. Y eyaculé, vomité toda mi rabia por vía uretral, sobre todo, por formar parte de ese "paquete social" que aparentemente

rechazaba, haciéndome actor y cómplice del odiado doble discurso, haciéndome un vocero más de la doble moral.

III

Unos meses después me pareció ver su figura en una calle, una niña con una barriga de unos ocho meses. Quise detenerme pero "algo" dentro de mí, me obligó a mirar hacia otro lado y a seguir mi camino.

La palabra peligrosa

La situación con Lidia no puedo olvidarla, pues marcó un verdadero hito en mi relación con Antonio. Previamente nuestras discusiones, sobre todo frente al espejo, terminaban en acuerdos satisfactorios que podían enfocar la perspectiva de vida hacia metas comunes. Soy capaz de entender y aceptar el vivir momentos cuando se atrapa y aprovecha una situación casual, sin embargo, el encuentro del segundo día con Lidia estaba determinado por una premeditación sin perspectiva. Era evidente el resultado y bien pudo obviarse.

A propósito, ese "algo" que lo obligó a seguir de largo, no fui yo. Yo estaba profundamente encerrado en los laberintos internos. En ese momento me negué a participar, porque el análisis de los vectores de la situación, carecían de la orientación adecuada, era una muerte anunciada. De tal manera que, más allá de modelos perfectos o posibles soluciones únicas, considero que la dialéctica de las circunstancias y las casualidades pueden mostrar una vía; pero ese camino debe ser coherente con las inquietudes y búsquedas existenciales. No planteo reglas o pautas rígidas, ni todas las explicaciones son necesariamente comprobables. Pienso, reflexiono, creo atrapar una verdad y la comparto. Me siento satisfecho, por ejemplo, porque muy joven aprendí a dudar de toda la red de publicidad y

propaganda desplegada en los diversos medios de comunicación. Es más, elaboré una pantalla de protección al plantearme como principio: "Cuando me ofrecen algo, leo en lo que no dice la oferta", y a menudo acertaba. Esa oferta incluía noticias, opiniones políticas o culturales y el mercadeo; especialmente el mercadeo. Así, al pensar exactamente lo contrario de lo que me planteaban con frecuencia yo tenía la razón.

En la medida que mi actitud crítica se hacía más exigente, mayor era el asombro que me producía el bajo nivel intelectual de los mensajes presentados. Ver una mentira tan burdamente disfrazada, es un verdadero insulto a la inteligencia del consumidor, pero lo realmente triste era que lograban su cometido.

Cada persona es un micromundo y su puente hacía los demás es la palabra. La verdad se convierte así en un acto de fe y cuando creemos comprender los planteamientos ajenos, estamos haciendo un juicio de valor. Sin embargo, la verdad puede ser manejada intencionalmente cuando una apariencia se convierte en realidad y lo percibido se transforma en hecho, y los hechos pueden llegar a ser cualquier cosa que uno quiera que sean.

La comunicación de una información puede ser manipulada con dos objetivos. Se puede intentar influir en el pensamiento, individual o colectivo, con un propósito paralelo no expresado o, como segunda opción, se pretende vendernos algo que no necesitamos. Ambas intenciones pueden interrelacionarse, ya que a un ciudadano "ablandado" e idiotizado por un manejo publicitario de su modo de pensar y conducta, es mucho más fácil venderle cualquier porquería. Toda información (incluso, el reporte de un suceso puede ser portador de una dosis de veneno mediático), debe ser tamizada en un filtro personal de crítica y duda analítica antes de aceptarla como válida. Así, cuando los motivos aducidos no tranquilizan la conciencia, ni resisten el análisis lógico, es obligatorio buscar razones más profundas.

Este punto de vista ha sido útil en mi lucha personal contra la alienación. Aunque reconozco que no siempre he ganado en esa batalla, pero se aprende del error, aumentando el conocimiento y la experiencia. En muchas oportunidades me pregunté, cómo era posible que un diseño publicitario alcanzara tal magnitud de población. ¿Por qué respondemos tan uniformemente? Además de la

reiteración del mensaje, "ellos" cuentan con una condición (integrada a la psique humana actual) que fue sistematizada como patrón universal de pensamiento. Se trata de la aplastante influencia de la filosofía griega sobre la cultura occidental. Hablo de la lógica aristotélica.

Nuestro pensamiento lógico, herencia cultural obligada, se basa en la dinámica formal de los opuestos. Nuestra manera de pensar ha sido moldeada para estructurarse entre dos alternativas que se excluyen mutuamente: si no es blanco, es negro; si no es bueno, tiene que ser malo; si no es un ángel, es un demonio. Y pare de contar. Es la lógica plana del si y el no, la cual se ha entronizado en el pensamiento humano "civilizado", haciéndonos previsibles y fácilmente manejables desde cualquier laboratorio socio-antropológico.

Una consecuencia de la dinámica del pensamiento lógico occidental, el si o el no, es la cultura del inmediato. Cuando la alternativa de la vida es su opuesto, la muerte, la persona focaliza el individualismo como la mejor manera de enfrentar las circunstancias vitales. Atrapar y asegurar el presente es lo fundamental. La idea de futuro (sobre todo, el futuro colectivo) se diluye en la satisfacción de las apetencias del hoy. Esto es la inmediatez, el querer resultados rápidos para todo lo que se emprende.

Siempre me ha llamado la atención, la actitud existencial de alguien que sea capaz de trascender su tiempo para proyectarse al futuro a través de su obra y sus enseñanzas. Esta sana actitud es más probable encontrarla en las sociedades que viven bajo el tutelaje de un pensamiento que se ha dado en llamar filosofía oriental. Un artesano chino comienza una obra sabiendo que va a ser finalizada cuatro o cinco generaciones después. Y él, estará siempre allí: su mirada, sus enseñanzas, sus manos. Él trascenderá el tiempo vital establecido por la biología. Por lo demás, esta es una poderosa expresión del sentido de familia. Un nexo generacional proyectado como historia.

La cultura de lo inmediato se alimenta de la mezquindad, pues cuando "yo" soy el centro del universo, me convierto en intolerante, prepotente y confundo el límite de mi libertad, la cual siempre estará un poco más allá que la libertad de los demás.

II

La vida me ha enseñado que hay una fuerza colosal en las cosas más sencillas. Sin embargo, estoy de acuerdo con el planteamiento de B. Herbert cuando dice: "La sencillez es el más difícil de todos los conceptos". Precisamente, el esquema de lo que se nos comunica va dirigido a esconder y sepultar el principio mismo de algunas palabras y su significado. En el diccionario Larousse, una de las acepciones de la palabra "simple" es: "Fig. Falto de listeza, tonto, simple de entendederas". Así mismo, en el lenguaje coloquial, "simple" se aplica a un bocado sin sal, algo sin sabor.

Este mecanismo también ha funcionado exitosamente con dos palabras especiales, las cuales han sido manipuladas, tergiversadas, abusadas y desprestigiadas en razón de alejar al ser humano de la acepción real de los vocablos y su consiguiente incorporación, al arsenal anímico propio de cada uno, como herramientas de vida. Las palabras en cuestión son: amor y libertad.

Desde hace mucho tiempo ambos términos nos fueron arrebatados y secuestrados, pues son conceptos demasiado inflamables. La razón de este ensañamiento es simple, ya que la existencia y aceptación de ellos en su plenitud conceptual, por parte del colectivo, es incompatible con la estructura de sociedad en la cual nos hemos movido hasta el límite final del siglo XX. De la palabra libertad, se puede decir que fue usada como la pantalla justificadora del uso de la bomba atómica contra una población civil. En "defensa" de la libertad, se cometió genocidio. Tradicionalmente, se nos ha enseñado que la libertad es un derecho individual, otorgándole, de paso, una clara connotación de consumo. Por el contrario, opino que la verdadera libertad es la libertad del pensamiento.

En cuanto al amor, tejido madre del ente social, hace más de dos milenios (¡dos mil años!) un alguien atrapó una certeza y vislumbró un camino posible: "Amaos los unos a los otros", logró decir, con una gigantesca visión del futuro. El imperio romano se encargó convenientemente del profeta y a posteriori, la propia congregación del Mesías interpretó cómodamente sus planteamientos, de manera que cuando la Iglesia cristiana tuvo opción de poder, ofreció como solución vital para los pueblos el Oscurantismo, las Cruzadas y la Inquisición.

En nuestro país, las voces de Bolívar, Miranda, Sucre, Simón Rodríguez y Manuelita, entre otros, fueron acalladas debido a sus luchas a favor del concepto del amor. En otro lugar de Suramérica, hubo una voz caminante que se atrevió a causar problemas. Ahora estoy seguro que el Che Guevara fue eliminado, más por su inflamada palabra y su amor, que por su fusil.

En el otro polo de la historia cristiana, para hacer corto el cuento, apareció un nuevo movimiento con la "infeliz" idea de usar la palabra proscrita. Por supuesto que fue rápidamente aplastado. El movimiento *hippie* (ética basada en el rechazo a la sociedad de consumo, en la aspiración a la libertad integral y en la no violencia), con su emblema de "paz y amor", demostró un enfoque con planteamientos objetivos de gran impacto en la población joven a nivel mundial. ¿Qué sucedió? Así como en su momento el Imperio Romano manejó las "locuras" de Cristo, ahora le correspondía al imperio más poderoso enfrentar el problema. La solución no se hizo esperar. Impregnaron, o más bien inundaron, de drogas psicotrópicas a los astrosos peludos. Fomentaron una irreverencia indiscriminada y además, perversa inteligencia, agregaron una coletilla a la palabra peligrosa. "Amor libre", fue la nueva consigna, convirtiendo un verdadero proyecto filosófico en una vulgar tiradera. Una vez manejada la situación en la "patria grande", fue fácil exportarla a las colonias. Claro, aliñándola con el doble discurso de la prohibición para aumentar el interés.

Con este enfoque, los "diseñadores gringos" mataron tres pájaros con un tiro: primero, acabaron con las frecuentes protestas estudiantiles en los Estados Unidos. ¿Desde hace cuánto tiempo no sabemos de una protesta universitaria gringa? Segundo, embrutecieron a los negros y latinos con las drogas (estadísticamente, los mayores consumidores). De paso, éstos descuidaron su fuerza político-social en ascenso. Y, tercero, descubrieron una importante fuente de ingreso, un nuevo mercado que sustentaría con creces los manejos "fuera de programa" de su política exterior intervencionista. De no ser una gran locura, diría que es el mismo grupo quien "controló" ambas situaciones en los polos de nuestra era cristiana.

No deja de asombrar cómo, en la historia del hombre, siempre ha existido un grupo "diseñador" que maneja la estrategia de la comunicación. La comunicación entre un ser humano y otro, parece

ser un "asunto de Estado". El compartir los pensamientos, es de "importancia estratégica". De manera que se ha hecho imposible desarrollar el concepto filosófico del amor. Así mismo, llama poderosamente la atención la actitud paradójica de los grupos de poder respecto a la opinión pública. El interés público no tiene ningún significado práctico en el comportamiento del grupo con poder a la hora de tomar decisiones, sin embargo, cínicamente se esfuerzan en aparentar ser los voceros del bien común. Para ellos, la posible organización y sistematización de una opinión pública pensante y crítica, como fenómeno de masa, es una visión sencillamente aterradora.

III

¿Qué es el amor? Acepto que no tengo una definición concreta y suficiente para conceptuar al amor; no obstante, desde la madrugada, he intentado analizar algunas características.

La evolución dotó al hombre de una condición que, si bien se nutre y asienta en una base irracional, le dio la posibilidad de comunicarse efectivamente y transformar con intención el entorno. Esta condición es la inteligencia. La evolución, de alguna forma, promovió la aparición de un ente con capacidad de canalizar y dominar el equipo instintivo, además de abrirle un camino hacia el propio mundo interno. Hablo de la conciencia del ser. Reuniendo instinto, inteligencia y conciencia, el resultado es un sentido especial adjudicado únicamente al hombre, un sentido revelador de la expresión colectiva más refinada dentro de la esencia humana. Se trata del sentido del amor.

"Soy humano porque puedo amar".

El sentido del amor está motorizado por el instinto sexual. Ello me explica por qué han trabajado tanto para disfrazar la dimensión amorosa, individual y colectiva, dentro de una visión de sexo físico y mercadeo, y lo han logrado. El amor ha sido convertido en sinónimo de sexo y así se vende. Este es el verdadero meollo del asunto. De manera que nuestro núcleo humano existencial, queda encerrado tras capas y barreras artificiales creadas por la publicidad y la religión, sobre todo la judeo-cristiana (aceptando con mi planteamiento que le estoy otorgando, a esta última, un rango inmerecido de método filosófico).

Es perentorio aclarar además que, en referencia al amor sexual, las reflexiones y experiencias vividas me han permitido descubrir y aceptar la abismal diferencia existente entre dos planteamientos. En un punto, el amor pasional y la intención de confundirnos al unirlo a una sexualidad pornográfica publicitada como producto de consumo. En el otro, la pasión amorosa que guía al genuino erotismo, siendo éste, la expresión racional, comunicable y placentera del instinto sexual humano.

IV

Durante mucho tiempo se nos ha "vendido" la idea del amor bajo la forma de un sentimiento, adquiriendo, como tal, un carácter estático y definitivo. Por mi parte, al estimar que el amor es un sentido, él asume una connotación dinámica y definitoria. Más que una meta, es una herramienta. Cuando se conceptualiza el amor como un sentimiento, se le "cortan las alas" a la idea, ya que se focaliza su contenido y expresión hacia puntos preestablecidos: amor de madre, amor filial, amor sexual, etc. Esta acepción le conferiría un carácter eminentemente individualista.

Cuando asumimos el amor como un sentido, él se convierte en un prisma (herramienta) para percibir e interrelacionarnos con el mundo. Llega a ser casi una necesidad instintiva que trasciende al individuo para ubicarlo, equilibradamente, en su ambiente real: de allí su carácter social o colectivo. Al individuo no le queda otra opción, para desarrollarse, que ser solidario, fraterno y adquirir conciencia de su interdependencia. Por eso, el hombre, es una entidad viva social.

En estas condiciones, el ser humano aprende que su libertad individual sólo puede ser útil y proyectarse a través de la creatividad. Quizás, así nació el arte en nuestras sociedades más primitivas.

Los sentidos son instrumentos que nos permiten la evaluación crítica del entorno y la interrelación con el mismo. Los cinco sentidos, tradicionalmente aceptados, en el fondo no establecen un verdadero puente para llegar a la espiritualidad de nuestros semejantes. Podemos ver, escuchar y hasta tocar a otro ser humano, y es posible que siga siendo un extraño para nosotros. Aún más, cuando una persona es capaz de "adivinar" el pensamiento no expresado de otro

ser humano, se habla de intuición, la cual ha sido asimilada como el sexto sentido.

El sexto sentido es, en realidad, el sentido del amor, una función, con posible sustrato anatómico en la región subcortical cerebral, que a partir de la conciencia del individuo mismo (mundo interior), proyecta sentimientos de respeto, solidaridad, fraternidad y búsqueda de la armonía en el desarrollo compartido de la creatividad. Por lo demás, estos puntos definen la sociabilidad, y ella es una de las adquisiciones especializadas de la evolución "reciente" del humano.

Un ser con estas características, sí puede portar con propiedad el apelativo de *Homo sapiens sapiens.*

Resumiendo la idea, si el amor interviniera en una operación aritmética, nunca sería el producto o resultado, más bien aparecería como uno de los factores.

V

Continúo en mi madrugada, explorando algunos puntos de nuestra historia reciente, reveladora por demás de la clara intención de confundir el significado y alcance de nuestra querida palabra.

Hubo, a mediados de los setenta, dos hechos cercanos y en apariencia, desvinculados. El primero correspondió al intento, muy exitoso, de acuñar la expresión "hacer el amor" como sinónimo de encuentro sexual íntimo. Todos los canales de información y propaganda, incluyendo la música importada de moda, fueron usados para imponer la sinonimia y masificar la idea de que cualquier manifestación de intimidad sexual copulativa correspondía a "hacer el amor". Un encuentro donde el único puente de unión y comunicación consistía en un pene dentro de una vagina, era "hacer el amor".

El otro hecho consistió en la macrodifusión (exitosamente comercializada, por supuesto) de unas tarjetas impresas con una figura caricaturizada, masculina o femenina, acompañada de una leyenda que rezaba: "Amor es…". Aparecieron docenas y docenas de frases bajo el encabezado principal y en cada una, se apreciaba la encarnizada batalla entre cursilería, ridiculez y puerilidad. El impacto, sobre todo en la población juvenil, fue asombroso y comenzaron a ser coleccionadas, pues "son muy tiernas y llegan al corazón", decían los consumidores. ¡Definitivamente sorprendente!

En aquella oportunidad, muchas personas opinamos en contra de ambas demostraciones. Pretendimos darle un lugar más elevado a la idea del amor. Disertaciones intelectuales, bien fundadas, para defender nuestro argumento. ¡Y caímos en la trampa! Sencillamente, caímos en una trampa, porque al criticar y polemizar sobre los dos hechos, estábamos aceptando implícitamente la posibilidad racional del argumento.

¡Qué perversa inteligencia! Es perentorio reconocerlo. Para solucionar de raíz el planteamiento se pudo haber recurrido, desde el comienzo, a la profunda sutileza de nuestro lenguaje respecto al verbo ser. El amor nunca "es", porque el amor "está". El amor, como sentido, forma parte de nuestro equipo racional-emocional. Él está dentro de nosotros. Viene incluido al nacer, para desarrollarse posteriormente como herramienta vital. El amor no puede "hacerse", porque ya está hecho. ¡Es necesario recuperar la palabra secuestrada!

¿Por qué tendrán tanto miedo a que asumamos la verdadera dimensión de nuestro amor individual y colectivo?

Paula

"¡Coño! Está acabando", pensé. Inmediatamente miré hacia la cama de al lado. No sé si la gorda estaba dormida o nos espiaba, lo que agregó un poco más de adrenalina a la situación, pero comenzó a invadirme un cosquilleo en los muslos, latidos en el pubis y una ola que me revolvía el vientre, anunciando alguna llegada. "¡Qué carajo!", me dije. Cerré los ojos, la apreté contra mí y me dejé llevar.

II

Conocí a Paula una mañana de sábado. Paula era una flaca, con buenas caderas, morena clara y de cabello corto. Se acercó mientras yo desayunaba en el cafetín del hospital.

—Me dijeron que tú eras el jefe de guardia hoy. Yo soy la doctora Paula —se presentó. Tras un fuerte apretón de manos, agregó—: Soy la suplente del cirujano —sentándose a hablar con mucha tranquilidad y desenvoltura.

Con su actitud, la mujer me desconcertó un poco. Primero, su mirada directa, luego ese apretón de manos que es inusual en las mujeres y por último, su tranquilidad. Era evidente que tenía cancha. Posteriormente, demostraría también su calidad profesional: tenía buen nivel.

Ese primer día, fue fácil establecer comunicación acerca de varios temas, incluso más allá de lo médico. La guardia se hizo liviana.

A la mañana siguiente, la despedida dejó un agradable sabor que me haría desear una nueva jornada a su lado. Durante el segundo encuentro, desde temprano, comencé a montar mis trampas seductoras. En el quirófano, con el mono quirúrgico holgado que usaba y sin sostén, yo no perdía oportunidad de mirarle las tetas cuando se inclinaba o levantaba los brazos. Tenía las tetas chiquitas pero suficientes. Era agradable imaginarme tratando de meterlas, una a una, completas dentro de mi boca. Así mismo, de la forma más disimulada posible, trataba de rozar sus piernas con las mías cuando compartíamos la mesa, o las nalgas, con el dorso de la mano, cuando caminaba junto a ella.

Fue en una de esas miradas libidinosas a su pecho cuando me sorprendió. Se plantó frente a mí, me taladró con sus ojos (era costumbre en ella mirar de frente mientras hablaba) y soltó con cierta dureza:

—¡Quiero hablar contigo!

Cuando estuvimos solos, agarrándome ambos brazos, me dijo con estudiada serenidad:

—Mira, no creas que me vas a poner nerviosa viéndome con hambre las tetas o rozándome al descuido las nalgas.

Me protegí con una sonrisa, culpable y resignada, mientras ella continuaba:

—Tú pareces un carajo inteligente y me ha gustado lo poco que hemos compartido, pero quiero dejar claro que no necesito, ni estoy buscando un macho, porque ya lo tengo —hizo una incómoda pausa que logró sacudir mis defensas y continuó—: No quiero estar cuidándome de ti a cada momento, ni elaborando lo que te voy a decir, ni evitando tocarte o abrazarte para que no vayas a confundirte —y para terminar, altivamente—: así que tú decides.

"Coño pana, te cortaron el vuelo", pensé.

—Tú tienes toda la razón, pero esa es una parte de mí que es difícil controlar y a veces se me escapa —mirándola con respeto y admiración, concluí—: no te ladillo más.

Se sonrió, me abrazó y tomándome de la mano, me invitó a tomar café.

Después de este incidente, hubo un mayor acercamiento amistoso en esa y las otras dos guardias siguientes, ya que, deslastrado de la máscara de la conquista fácil y dominando los demonios del resentimiento, pudieron aflorar las características humanas agradables que nos habitaban. Así, las horas de ocio durante el trabajo las usábamos para conversar acerca de las inquietudes cotidianas de cada uno, logrando construir una relación más personal, entre nosotros, que con los otros médicos especialistas del equipo. En uno de esos diálogos, en el cafetín, traté de aclarar mi posición.

—Asumo que tienes razón en lo que me planteaste aquella tarde, y lo acepto —hablaba con seguridad y mirándola directamente a sus ojos—. Quiero dejar bien en claro que no puedo dejar de verte las nalgas y las tetas, porque me gustan y esa es mi naturaleza —pausa para tomar un sorbo de café, sin dejar de mirarla fijamente—. No te voy a rozar, pero ni siquiera yo gobierno mis ojos ni mis fantasías —dije y sonreí, abriendo los brazos con gesto resignado.

Lanzó una carcajada antes de decir:

—Eso me gusta —y apretando con fuerza una de mis manos, agregó—: nunca te dejes apabullar por una mujer, ¡nunca!

III

La tarde de la cuarta guardia conversábamos en la habitación que Paula compartía con la obstetra. Una habitación con dos camas individuales, cada una ocupando una de las esquinas opuestas a la puerta y separadas por una mesa-escritorio. También tenía un baño pequeño. El ruido del aparato de aire acondicionado era el ambiente musical. La obstetra, con quien compartíamos, era una gorda inmensa y simpática que conocía las tres cuartas partes de los chismes del hospital. Sin embargo, podía hablar de cualquier cosa, virtud inapreciable. También sabía escuchar. Mientras hablábamos, yo sentado en la cama al lado de la gorda, sorprendí una mirada de Paula que me desconcertó. Me pareció que evaluaba o medía algo. ¿Qué tramaba? Por su parte, ella respondió con una sonrisa, fingidamente dulce, cuando traté de enfrentar los pensamientos que anidaban en el sitio más oscuro de sus ojos.

En la conjunción de los azares que van a conformar las situaciones, se van sumando hechos que, aparentemente aislados y sin relación, van tomando una dirección determinada. Ese día, en mi

habitación, se dañó el aparato de aire acondicionado. Entre los zancudos y el calor, era prácticamente imposible permanecer por más de media hora en el sitio. No tenía el lugar adecuado para reposar con las comodidades mínimas y por esta razón, mis amigas se ofrecieron a compartir su habitación conmigo (en la siguiente guardia, de boca de la gorda, llegué a saber que la idea había nacido de Paula). Ya en la noche, después de mi obligada ronda por la sala de Emergencia, me presenté con almohada y cobija ante mis colegas femeninas.

—Ah, eres tú —dijo Paula cuando abrió la puerta y dirigiéndose a la compañera le soltó—: no te preocupes que tú vas a dormir sola en tu cama. Nosotros somos flacos y podemos arreglamos. Aquí no hay peo, somos adultos y no hay malentendidos —volteó hacia mí y continuó—: Déjame el lado de la pared y te acuestas hacia allá —señalando la cabecera.

Inmediatamente pasó a hablar de un caso difícil que, habiendo llegado durante la tarde, se encontraba en la sala de observación:

—A lo mejor duermes solo, quizás yo tenga que operar ese caso. Puede ser que pase toda la noche en quirófano —concluyó y bajó a la Emergencia.

Permanecí acostado un rato hablando con la gorda. Me sentía cómodo con el pantalón ancho del mono quirúrgico. Poco a poco, me fui amodorrando. "Ojalá no ronque mucho, ni me tire peos", estuve a punto de decirle a la gorda, pero parecía haberse dormido.

Estaba en los umbrales del sueño cuando me despabilé con los ruidos que hacía Paula en la habitación. Entró al baño y salió con una bata corta, de esas que se cruzan por delante y se anudan en la espalda, pero ella, no se la anudó. Me pareció que se aplicaba crema en las manos, apagó la luz del baño y pasando por encima de mí, susurró:

—Buenas noches, que sueñes bonito —acostándose con la cabeza hacia el pie de la cama.

IV

Acunado por el ruido del aire acondicionado, la respiración pesada de la gorda y el reflejo del calor producido por el cuerpo cercano de Paula, no atino a precisar cuánto tiempo dormí. De improviso abrí los ojos, algo sobresaltado, estimulado por una mano delicadamente posada en mi boca y la cabeza de Paula pegada a la mía.

—Me desperté con unas ganas increíbles de cogerte. ¿Tú quieres que yo te coja? —traduje desde mi sopor en el susurro apenas audible de su voz.

"¡Dios mío!, ¿qué vaina es esta?", me dije sólo atinando a mover lenta y afirmativamente la cabeza. Me besó en la oreja izquierda y mordisqueó el lóbulo, chupándolo dulcemente durante unos segundos, antes de introducirme la lengua en el oído. Sentí un escalofrío denso desde la nuca hasta las nalgas. Me invadió un fino temblor, amigo consuetudinario de mis momentos de emoción, iniciándose la conocida secuencia instintiva de las especies.

Metiéndose debajo de la cobija, se pegó a mi cuerpo (tenía la bata abierta) y la tibieza de su piel me inundó como un amanecer. Primero con su mano y luego con el pie izquierdo, me fue quitando el pantalón. Automáticamente levanté las caderas para ayudarla. Agradecí la idea de haberme colocado ese pantalón complaciente para dormir. "Prepárate güevón, te van a coger", me anuncié.

Si me hubiera puesto a pensar en la mujer fría y dura de quien aprendí a distanciarme en las guardias anteriores, quizás no habría tenido erección, pero de alguna manera acepté la llegada de una hembra que subía el telón al intento de conquista detenido por ella misma con anterioridad. Desaparecía la mujer intelectual y "dura".

Pegada a mí, con movimientos lentos que casi no movían la cobija que nos cubría, comenzó a frotar su pezón izquierdo contra mi tetilla. "Coño, la gorda", me sobresalté, ubicándome en el espacio real que compartía con Paula. Volteé a mirarla. En la oscuridad del cuarto, me pareció que nos estaba dando la espalda; respiraba pesadamente. Quizás Paula había esperado justamente este momento para acercarse a mí. Se aproximaba con una aparente menor probabilidad de ser descubierta por nuestra amiga dormida, aunque también, ahora estoy convencido, me estaba cogiendo precisamente por hacerlo frente a otra persona, jugándole al azar de ser sorprendida y excitándose más por esta circunstancia.

Comenzó una danza de lenguaje sensual. Su boca se movía entre mejilla, oreja y cuello. Recordé a una leona recién parida, lamiendo a su cachorro. Suspiró largamente. Dirigiendo sus manos hacia mis nalgas, me obligó a flexionar las caderas y separar mis piernas para, con la uña de su dedo meñique, acariciar levemente mi ano y deslizar su dedo por el rafe del escroto y la cara inferior del pene. Luego,

repitió la maniobra a la inversa. La cintura respondió con un suave vaivén, armónicamente adaptado al recorrido de su dedo. De nuevo llevó la mano izquierda a su boca y dejando una cuota en el pezón, añadió más saliva a la caricia de mi pubis. Si es posible decirlo, aumentó el placer.

El aire acondicionado no lograba competir con la generación de calor que provocábamos. Además, la necesidad de estar arropados aumentaba ostensiblemente la temperatura de nuestro microambiente. La presencia de la gorda controlaba la respiración, los movimientos, los suspiros y los gemidos. Era un catalizador de termo aceleración.

En determinado momento, Paula se deslizó sobre mi cuerpo para colocarme una teta entre los labios. "Lo sabía, lo sabía", me dije alegremente, pues faltaba poco para que ocupara por completo mi boca. Respondí con la boca abierta al máximo, casi ahogándome, succionando suavemente y dejando que la lengua entablara una florida conversación con el pezón. Para este momento, controlando las erupciones que estallaban en mí, trataba de moverme lo indispensable. Ella mordía la almohada balanceando su cabeza; yo, con el antebrazo, rozaba hacia arriba y hacia abajo la humedad de sus genitales. Mi mano hacía garra sobre la terca y redonda dureza de su nalga derecha.

Perdidos en ese paraíso, nos sacudió violentamente un ronquido de la gorda y un movimiento en su cama.

¡Alarma!, inmovilidad total.

La gorda se había colocado boca arriba, ladeando ligeramente su cabeza hacia nosotros. Esperamos, en cómplice y tácita atención, la vuelta a la regularidad del ritmo respiratorio cercano. En esa medida despertaron, con sincronizada lentitud, los movimientos asustados. Estos segundos, son uno de los recuerdos más tangibles y agradables que tengo acerca de la complicidad total. No faltó ni siquiera la sonrisa compartida, pero yo sonreía con su teta en mi boca.

Después de este receso, ella jugueteó con sus dedos en mi cabello a manera de señal, para que liberara su pecho. A continuación activó sus besos y lamidos, enfrentando su pubis a mi pubis. Era una serpiente, una serpiente que al deslizarse, marcaba el territorio con sus atributos humedecidos. Agarró su almohada y la fue colocando debajo de mi nalga derecha para ladearme el vientre. A

continuación, flexionó su cadera hasta descansar su rodilla izquierda sobre mi flanco elevado. Sus dedos me pidieron saliva, agregó un poco de la suya y untó la cabeza del pene, procediendo a acariciarse vulva y clítoris con él.

Desde hacía un rato, yo tenía que pensar en otras cosas para distraer mi atención y que no me hiciera eyacular. Me aguantaba lo mejor que podía. Revisé someramente algunas técnicas quirúrgicas, pensaba en la mirada escrutadora y dominante de Paula, cuando me decía que no le interesaban las aventuras sexuales. Era difícil controlarme. Ella continuaba la tarea de manipulación genital. Acercando su avidez perineal, se fue tragando el orgullo de mi guerrero, haciéndolo desaparecer en el interior de su templo.

—Aaaaaaaaah —murmuró largamente.

Sentí que lo había gritado. Allí Paula cambió su estrategia: languideció su tronco, sus brazos descansaron en algún lugar de la cama y volcó toda su energía hacia la pelvis. Sus caderas lanzaron una carcajada demoníaca y sigilosa, enloquecieron en una danza de meneos y temblores intrapélvicos multidireccionales, musicales y espectaculares. Esas caderas bullían con una alta tecnología, silenciosa pero muy efectiva. Más que movimientos eran contracciones o espasmos. En especial, una sacudida que parecía comenzar en la raíz de sus muslos, se transmitía a los labios vulvares y pasando por las paredes de la vagina, parecía rematar con una explosión en el interior de sus genitales. Y todo esto con mi pobre pene como testigo y víctima.

"Coño, qué zorra tan buena esta doctora", quería gritar para que no me "matara" la confabulación. Una conspiración fraguada entre su cadera desbordada y la furia de su vientre. Recordé las convulsiones epilépticas que había presenciado en algunos pacientes. "Esta doctora tiene epilepsia entre las piernas", me dije.

Repentinamente, hubo a nuestro lado un nuevo ronquido y movimiento, la gorda se había colocado de frente a nosotros. Por supuesto, Paula ni se enteró y prosiguió invariable su ritual sobre mi tótem. En ese momento, algo sacudió todo su cuerpo. Un ligero temblor se fue adueñando de ella, arqueándole lentamente la espalda y aflorando entre sus labios.

—¡Mmmmm! —escuché asustado su lamento susurrado de ventrílocuo.

"¡Coño! Está acabando", pensé. Inmediatamente miré hacia la cama de al lado. No sé si la gorda estaba dormida o nos espiaba, lo que agregó un poco más de adrenalina a la situación, pero comenzó a invadirme un cosquilleo en los muslos, latidos en el pubis y una ola que me revolvía el vientre, anunciando alguna llegada. "¡Qué carajo!", me dije. Cerré los ojos, la apreté contra mí y me dejé llevar.

Gina

Al ir conociendo a la mujer, deslastrado de machismo, prejuicios e inseguridad, he podido descubrir la envidiable capacidad que tiene el sexo femenino para encauzar o canalizar una avalancha instantánea de sensualidad y pasión. La mujer es una selva recorrida por varias corrientes que van a terminar en un lago. Pueden llegar algunos ríos y no hay desbordamiento. Llegan todos y los domina. Incluso, aparece la lluvia aumentando los cauces y también puede manejarlos.

Por mi parte, jamás he sido capaz de producir la suficiente lluvia como para desbordar las lagunas. Es más, necesito unos treinta minutos o más, después del frenesí acuático, para que mis nubes comiencen a ser estimuladas y pueda volver a llover. De más está decir que un verdadero lago, me deja sin nubes.

La idea de la mujer-lago nació una noche cuando, compartiendo la cama con una amiga, fui confrontado "sin piedad" ante la condición sensual femenina. Teníamos un buen rato en la cama y ella, después de varios orgasmos, lucía una plácida y atractiva lasitud. Excitado por el lenguaje de su languidez, fui envolviéndola en caricias leves, sutiles mordiscos y roces apenas realizados. Prácticamente, aleteaba a su alrededor. Una hermosa sonrisa comenzó

a dibujarse en sus labios y con los ojos cerrados, en cámara lenta, se colocó boca arriba, procediendo a abrir las piernas. ¿Cómo negarme a semejante invitación? Procedí con lentitud a penetrarla, marcando en su registro una cadencia de ritmo demorado, pero pulsando varias cuerdas de su anatomía musical. Algunos segundos después su cuerpo se unió a la danza y de pronto, llevando la mano hasta sus genitales, comenzó a masturbarse. Sorprendido, me inmovilicé y pensé: "Coño, ¿no estaba 'muerta' esta mujer?" Ante el cese de mis movimientos, ella abrió los ojos y con mirada vidriosa me rogó:

—Sigue, sigue… yo después te explico pero sigue… ¡coño sigue!

Y ella también siguió. Tuvo un explosivo orgasmo que prácticamente me dejó atónito. La explicación posterior me llevó al convencimiento de la riqueza de caminos sensoriales que se integran en la arquitectura cerebral femenina. Una envidiable diferencia de género.

II

El símil del lago me condujo a un enfoque de carácter dinámico y creación progresiva del encuentro íntimo. Ante todo progresivo, ya que, la intensidad de la situación, se alimenta de lo recibido y lo descubierto en cada uno de las incursiones al mundo de la cama. Así, con la compañía adecuada, es agradable jugar al multiestímulo simultáneo de los sentidos corporales. El momento del cunnilingus es ideal para realizar esta práctica. En su ejecución, después de llegar a los labios vulvares y centrarme en el clítoris, lubrico uno de mis dedos para rozar suavemente el contorno del ano. De acuerdo a la aceptación, puedo penetrarlo lentamente con un movimiento oscilante del dedo. En ese instante, ya puedo estar con mi lengua en el introito, dejándole a la nariz el contacto clitoriano intermitente (advierto: hay que aprender a respirar en esta situación, pues se corre el riesgo de sofocación). También la otra mano ha estado trabajando, manoseando las tetas, se alternan roces leves y apretones controlados. A veces, hasta puedo tocar la cara postero-interna de los muslos con el hombro. Además, dependiendo de la posición, trato de acariciar las piernas y pies con mis rodillas.

Debo decir que una almohada, estratégicamente colocada, mejora sustancialmente el abordaje. Es en este preciso momento cuando, en

varias oportunidades, he echado de menos la posibilidad del uso de la voz. Sería ideal aderezar el escenario con frases insinuantes, inclusive procaces, al oído de esa hembra que viaja por sus mundos particulares. Quizás un ventrílocuo podría llegar a ser un excelente amante.

Me viene a la memoria una evocación que llegó a mí durante un encuentro donde, por primera vez, compartía el enfoque "multi" en versión completa. De improviso, me quedé enganchado en una imagen grabada en el archivo de mi niñez…

…Un niño de siete años caminando, al lado de su madre, por las calles del centro de Caracas a mediados de los años cincuenta. Se escuchaba una música producida por varios instrumentos, pero el foco de la melodía estaba obstruido por una pared humana. Aferrado a la mano de mi madre, atravesé la masa de personas para contemplar, absolutamente fascinado, a un hombre sentado en un taburete rasgueando una guitarra. Llevaba una gorra roja con campanitas de metal que él hacía sonar balanceando su cabeza. Una estructura metálica apoyada en su hombro, mantenía una armónica delante de su boca y era usada intermitentemente. Un bombo, adosado a su espalda, era percutido por una baqueta atada al codo derecho. Así llevaba el ritmo. Aunque parezca increíble, había más. En la cara interna de cada rodilla tenía un platillo dorado que hacía sonar abriendo y cerrando sus muslos, terminando la colección con un par de maracas atadas cada una, al respectivo pie.

Un susurro de mi madre me hizo saber que, ese señor, era "el hombre orquesta". Antes de irnos, ella lanzó una moneda de un real a la copa de un sombrero invertido, colocado al lado del músico. Tintineó el sonido de la plata y mientras seguíamos camino, alguien comentó algo acerca de una escoba en su trasero.

¿Cuántos segundos estuve absorto e inmóvil entre esos muslos? No sé. Unas manos en mi cabello y una exclamación perentoria, me sacaron de mi ensueño:

—Sigue… sigue, maluco. ¡SIGUE COÑO!

III

La capacidad femenina de canalizar y manejar la sensualidad, junto a mi infaltable curiosidad, me llevó a plantearle a una buena amiga la posibilidad de aceptar un encuentro de tres. Para mi sorpresa, saber quién era la otra persona y si era un tipo fiable, fue su

única condición. Es más, me confesó que la cuestión conformaba una de sus fantasías recurrentes, sólo que no se sentía segura compartiéndola, "pero si tú consigues a alguien", dijo, dejando en mis manos la decisión. La confianza es un requisito fundamental en este juego.

Una noche Gina y yo llegamos al apartamento de Luis. Desde el primer momento hubo cordialidad y actitudes tranquilas, todos sabíamos lo que iba a suceder. En el apartamento, creamos un espacio dedicado a la conversación y al acercamiento. Dispusimos alfombras, cojines y taburetes, rodeando un pequeño bar circular. Terminaba el toque íntimo, una suave música envolvente. En el ambiente de penumbra, Gina se sentó en un taburete alto y al otro lado del bar, Luis se dispuso a preparar los tragos. Dejé que el acercamiento aflorara entre ellos. Manos, susurros y besos hicieron su aparición. Lentamente me fui acercando hasta ubicarme a los pies de Gina. La descalcé con mucha parsimonia e inicié un recorrido ascendente, besando y lamiendo sus tobillos y piernas. Al llegar a las rodillas, ella separó los muslos, permitiéndome acceder fácilmente a su pubis. Mi amigo ya se había adueñado de boca, cuello y espalda, acuciado por la excitación creciente de la "niña". Entre las dos bocas masculinas, un cuerpo de mujer reptaba en la penumbra y ofrecía sus parcelas, deseosas de ser labradas.

Todo el conjunto aumentó varios grados de intensidad cuando, separando con un dedo su pantaleta mínima, aterricé mi boca en sus genitales. Labios gordezuelos, rasurados y aromatizados, invitándome a llegar al clítoris. Varios segundos después, recrudeció su cadencia de movimientos y gemidos, anunciando un orgasmo.

Luis me manifestaría más tarde que, al besarla y notar su creciente excitación y posterior clímax, había pensado ¡Coño!, estoy besando arrechísimo. Coño, la hice acabá". Ya que él, por la penumbra, no había notado la actividad que yo desarrollaba entre los muslos de Gina.

Ocurrían cosas, es difícil determinar una secuencia precisa de situación. En la misma medida que disfrutamos y vivimos un momento, la atención se centra en buscar, crear y divertirse.

Ya con el tercer trago, yacíamos desnudos en la alfombra e inundábamos con múltiples caricias a Gina. Si él ocupaba sus genitales con la boca, yo me entretenía en su pecho, cuello y cara o la ponía a

conversar con mi erección. Cuando él, de lado, penetraba su vagina, yo jugaba entre sus nalgas, espalda y muslos.

Habían pasado una o dos horas y mientras nosotros nos alternábamos, preparando una bebida o fumando, ella se mantuvo en una continua excitación, con cada uno o ambos, destilando orgasmo tras orgasmo.

Otro punto muy gratificante para mí, fue la posibilidad de ejercer plenamente mi rol de observador de orgasmos.

Escudriñé una a una sus reacciones con cada clímax, la respuesta de todo su cuerpo. Gestos y muecas, temblores y contracciones, gemidos y aleteos. Comprobé además que podían presentarse varios tipos de respuesta orgásmica, tanto en la secuencia como en los elementos anatómicos que, al ser estimulados, participaban en sus acabadas. En lo que a mí respecta, el premio mayor de este encuentro lo obtuve al momento de observar su orgasmo durante una penetración anal. Ella estaba de rodillas y su torso descansaba sobre dos cojines, uno encima del otro. Asistí a los preparativos de Luis, quien con histriónica parsimonia, colocó aceite entre las nalgas de Gina y comenzó a acariciarle el clítoris con una mano. Con la otra, repartía "promesas" en las nalgas femeninas. La expresión en el rostro de Gina comenzó a distenderse. Al inicio de la penetración, abrió su boca y tomó una bocanada de aire, al tiempo que disponía sus glúteos, aceptando la lenta y decidida acometida. Me ubiqué muy cercano a su cara mientras era penetrada. Con los ojos cerrados, su boca gesticulaba como manteniendo alguna conversación sin fonemas. Arqueaba las cejas, extendía el cuello y movía la cabeza respirando repetidamente, cual si buscara un aroma perdido en la penumbra de la habitación. Ya completamente penetrada, sus pies tamborileaban sobre la alfombra, sus muslos y nalgas pedían explicaciones al cuerpo que la embestía. Movía sus hombros; sus brazos extendidos querían llevar, más y más allá, las manos que arañaban todo lo que tenía cerca. Su ano no podía decir nada, "es mala educación hablar con la boca llena".

—Gina, ¡Gina! —y abrió los ojos. Una mirada vidriosa y perdida—. Gina, ¿dónde estás? —y ella se pasaba la lengua por los labios repetidamente e intentó agarrarme con su mano derecha. Al lograrlo, expresó—: ¡Coño!, me está matando, ¡Te quiero!, dile que siga… ¡Que no pare!

Me acerqué a su oído para susurrarle:

—¡Qué puta eres!, siempre queriendo tirarte a dos tipos y ahora te están dando por el culo ¡Sinvergüenza!

Y allí comenzó un temblor en todo su cuerpo que, haciendo competencia con sus sacudidas voluntarias, fue espectacular.

—Ahí viene, coño, ahí viene —a lo que siguió un gemido ronco y prolongado que parecía provenir de alguna profunda caverna, escondida en los laberintos que había visitado.

—Mmmmmmmm, mmmmmmmmm —apagándose lentamente.

Se incorporó repentinamente.

—¡Ya!, por favor, ya —como huyendo de algún lugar amenazante.

Nos miró a ambos, para luego recostarse en los cojines a recuperar su respiración tranquila. No había terminado de fumarme un cigarrillo y Luis de lavarse, cuando sentimos una inspiración profunda y Gina, con su mejor sonrisa, se dirigió al baño. Al regreso, unos minutos después, nos llamó a su lado para llenarnos de besos. Asistimos al resurgimiento de su pasión y comenzamos de nuevo.

—¿No y que estabas "muerta"?

—Nunca, nunca —y continuó atendiendo a uno y a otro.

Al fin pude comprobar, "de primera mano", aquello que me han dicho varias amigas acerca de lo intensamente diferente que la mujer disfruta su orgasmo anal.

Recuerdo también en particular, un momento muy jocoso: Gina encima de mí, completamente penetrada y moviendo sus caderas. Luis se acerca y reparte mordiscos, caricias y besos en sus nalgas. Creo que, en algún momento, cambió el color de su beso, ya que ella repentinamente, fue aún más frenética. En ese instante, saqué mi pene de la vagina y lo insinué lentamente hacia sus nalgas. Sentí algún contacto y abruptamente Luis se incorporó, dejando oír con claridad:

—¡El coño de tu madre!

Solté una carcajada de la cual, unos segundos después, se hizo eco mi amigo. Las risas aumentaron y de pronto, Gina se arrodilló. Con las manos en la cintura, nos increpó:

—¡AH NO! Ustedes la están cogiendo a una y están con esa reidera —para agregar molesta—: A mí me cogen en serio o si no… —sin embargo, terminó riendo también.

Poco a poco se aplacó la hilaridad y pudimos reiniciar la sesión. Serían las tres o cuatro de la madrugada cuando Gina, algo cansada, concientizó y manifestó el hecho de que nosotros no habíamos eyaculado. De manera que nos paró uno al lado del otro, se arrodilló al frente y tomando un pene con cada mano, conversó con ambos en voz baja:

—Más que cogerme dos hombres a la vez, mi verdadera fantasía es, teniéndolos así, que los dos me acaben en la boca, en la cara, en las tetas —y comenzando a manipularlos, repartiendo besos y chupadas a ambos penes, mientras agregaba, como suplicando—: Yo quiero, yo quiero, por fa.

Mi amigo y yo nos miramos, sonreímos y le escuché decir:

—Vamos a echarle "leche" en la cara a esta mujer. ¿Cómo negarnos? —y cerramos los ojos al tiempo.

A mí me sacó de la ensoñación orgásmica el escuchar las exclamaciones y gemidos de Gina, quien, muy activa, lamía sus labios, frotaba los penes en sus tetas, restregaba su cara en uno y otro pubis. La contemplaba fascinado, mientras escuchaba su risa acompañada de palabras sueltas. Gina fue calmándose lentamente para terminar recostada en un cojín. Con sus manos en el abdomen, se quedó dormida. Una beatífica sonrisa adornaba su cara. Sin lugar a dudas, era un ángel.

Le dije a mi amigo:

—Coño, primera vez, en toda la noche, que la veo tranquilizada de verdad.

IV

A media mañana, al levantarnos, una gran cordialidad nos acercaba y luego del baño, durante el desayuno, ella habló con sinceridad y confianza hacia ambos. En algún momento, se recostó de la silla y nos pidió atención:

—En mi vida —dijo—, en mi vida me había imaginado que yo podía acabar tantas y tantas veces —tomando una mano a cada uno y mirándonos alternativamente, expresó—: Gracias, gracias a los dos.

Actualmente, cuando la casualidad y la fortuna me acercan a una mujer segura y apasionada, en algún momento trato de ofrecerle la realización de un trío. Lo considero como una ofrenda a su feminidad y una excelente experiencia para una mujer libre, al menos, eso creo.

Madre África... Amerindia

Era una tarde de finales de junio cuando, con un amigo, arribamos a un pequeño poblado cercano a Higuerote y Curiepe, allá en las costas caribeñas de Miranda. Birongo, nombre parido desde el continente negro, oscuro bautizo para un caserío afortunadamente olvidado de las consumistas pretensiones "civilizadoras".

Mi amigo había sido médico rural de la zona y tenía muchas puertas abiertas, por lo que yo, aun siendo un recién llegado, fui bien recibido.

—Deja todo en el carro. Lleva sólo la cédula y algo de dinero, por si acaso —me dijo.

Hice lo indicado y aprovechando la vespertina claridad, nos dirigimos a un rancho conocido por él.

II

Junto a la oscuridad, fue llegando en ráfagas el sonido de tambores y voces: bostezos del despertar paulatino de un gigante colectivo con sus rugidos primigenios.

Mi primera reacción fue de inquietud, pues se insinuaba un cierto toque sobrenatural en el sonido. Además, cuando llegué al rancho había observado unas poncheras con agua, donde sobrenadaban

figuras caprichosas de cera de vela, rodeadas por cirios encendidos y algunos íconos. "¿Brujería?", pensé, algo preocupado.

El tam, tam y el coro se iban haciendo más continuos, marcando una cadencia que dominó nuestro paso entre saludos, ranchos, abrazos, pasadizos, besos y patios. Alguien me brindó un trago de caña clara y minutos después, entre aguardiente y sones, se diluiría imperceptiblemente mi inquietud de caraqueño, y blanco. Seguidamente nos lanzamos a la noche para, luego del segundo trago, caminar entre los vecinos conversando abiertamente. Les comuniqué con cierto embarazo, mi ignorancia acerca de la danza del tambor, lo que yo creía un "simple" espectáculo.

—No tiene que hacé na', deje que'l tambor lo lleve —acotó un negro viejo con una sonrisa de travesura que, pasados algunos años, aún recordaría.

Los tambores dominaban la escena adueñándose de mi ritmo corporal. Caminaba al son del tambor, me movía al mismo compás, pensaba a ritmo de tambor. Las voces, evocación de coro africano, bordeaban y sacudían la secuencia de ideas, impedían la entrada de pensamientos de cualquier otra latitud.

Con el tercer trago, el mundo se hizo Birongo. En un punto del espacio: música, risas y cuerpos moviéndose; en el otro, yo. Adquiría conciencia de mi ser y de la interioridad. Fui invadido por una enorme necesidad de sentir la tierra bajo mis pies y me descalcé. Llevé los zapatos en las manos por un rato y al final no sé dónde mierda los dejé. Igual sucedió con la camisa. Me la quité y la olvidé.

Una rueda humana se había formado. Aplaudían y coreaban, circundando algunos cuerpos en movimiento, hermanados en tambor, danza y canción. Me acerqué al grupo defendido por mi timidez, últimos resabios de la herencia europea que se niega a comprender que somos tierra, aire, agua y fuego. Al final dominó el grito de mi sangre mestiza.

Ya entre hermanos, traduje en mis células el llamado de los elementos y su inquietante designio, aunque para ese momento, mi cerebro todavía no entendía lo que estaba sucediendo. Imposible mirar desde afuera. Imposible ser espectador, era imperioso involucrarse.

Respiraba y mis vísceras eran impregnadas de acordes disonantes y risas. Me movía y debía hacerlo con el ritmo preciso para no

alterar la secuencia musical. Mi piel se convirtió en el cuero que golpeaban, mis huesos en madera resonante. La alegría se alimentaba de la risa colectiva y el trepidar de los cuerpos danzantes. "No tiene que hacé na'...", recordé con agrado. Él sabía lo que iba a ocurrir.

Una vez integrado en la ola grupal, asomó la chispa individual. Capté, sin que nadie me lo dijera, el estar envuelto en un ritual donde se despertaba la memoria colectiva de la mujer, ancestral y milenaria, como ente guía de la comunidad. Es a través del vibrante y sudoroso cuerpo femenino, y sólo a través de él, que un guerrero tiene la posibilidad de transitar y conocer el mundo paralelo de la energía. El mágico lugar donde se mueven los dioses.

Para llegar a ese punto, el primer requisito era revisar nuestro propio equipaje. Se requería mostrar el alma y dejar abierta la ventana de los ojos. De allí, la importancia de la mirada.

Sonaron truenos lejanos y estallaron algunos relámpagos. Asumí con naturalidad que los dioses bendecían la celebración. La brisa jugueteaba en los follajes. Para mi asombro, se incubó en mí la necesidad de entender ese lenguaje.

Mientras tanto, una negra madura y de anchas caderas me miraba fijamente. Luego supe que me estaba "marcando". Su mirada hurgaba en mi interior a la vez que comunicaba alguna promesa. Construía un puente e invitaba, como si tuviera una mano abierta y tendida. Una cuota de silencio en el bullicio enervante del festín.

Durante algunos minutos pude contemplar los cuerpos oscuros desde mi silencio. Evocación de un espectáculo de sombras chinescas que me había impactado cuando niño. Parecían seres sobrenaturales portando la dicha de una buena noticia. Seres mágicos, pero no ángeles. Los ángeles ni siquiera tienen sexo y un ser asexuado no puede bailar de esa manera. ¡Eran demonios! Sólo un diablo puede hacer que un cuerpo acompañe con movimientos al tambor. Sólo un demonio puede sembrar esa risa en las caras, bañando de hermosura a todas las mujeres. Diablos buenos derribando la lógica europea del bien y el mal que se excluyen mutuamente. La visión invasora en blanco y negro. Lógica impuesta a nuestra gente para limitar el desarrollo del pensamiento hacia la diversidad del universo.

III

Medianoche de finales de junio.

El falso pudor y el miedo escénico de mi herencia blanca ya estaban durmiendo, pero el grito mestizo había despertado. Integrado en el coro, aplaudía con todo mi cuerpo. Balanceo saltarín de hombros y torso con los pies que no podían, no sabían, quedarse tranquilos. En mi ser fue anidando el conocimiento y la información tribal. Oferta sensual, alumbrada por la luna, que condicionó el aflorar de lo más elevado de mi instinto sexual y sin remordimientos ni culpas, me solacé en él. Invitación sazonada con sudor, miradas, sonrisas, sacudidas y meneos enloquecedores a enfrentar el encuentro primigenio entre hombre macho y mujer hembra.

Comunicar y compartir, desde la naturaleza y el instinto, la trocha antigua transitada y conocida sólo por ellas. Viaje, turbulencia de contactos, hacia sitios fascinantes. Mano amiga, mujer madre y amante. Ritual tribal, memoria colectiva. Erotismo sin tabú, lujuria sagrada. Estaba allí y estaba en todas partes. Rozaba una negra y en ella, las acariciaba a todas.

De pronto fui empujado al centro de la rueda. "Mi" negra danzaba frente a un cuerpo masculino sudoroso que requería su atención. Él, en lenguaje corporal, proponía con su piel como pregón. Ella, al mirarme me llamó. Mi pie izquierdo se afianzó en la tierra, el derecho inició el desplazamiento acompasado hacia el sitio donde bullía la energía. Respondieron mis brazos, torso y caderas para acercarme a la pareja. Eran un torrente de quebrada crecida, de viento ululante y tierra sacudida. Me moví a su alrededor, buscando la entrada del pequeño infierno que avivaba la negra frente a ella. Al encontrarlo, fui deslizando mi mano, brazo, hombro y cuerpo entre el guerrero que se resistía y los ojos que me habían convocado.

Al fin desplacé al contrincante. Era un negro con quien había estado conversando horas antes y me cedió el lugar con una sonrisa, sazonada con gestos de asentimiento. Dancé frente a ella con mis ojos clavados en sus ojos. En su cercanía, me sentí cobijado por la fuerza protectora del bosque que nos envolvía, por el aroma de corteza de árbol emanado desde su piel húmeda. Piel negra con memoria templada en las distancias y surcada por jóvenes sudores. Almizcle de un celo ritual incomprendido y oculto en el sótano de nuestra cultura. En su danza se derramaba la sensualidad que

alimentaba la tierra. Los brazos y hombros, milagro de sinuosidades que sin tocarme, lograban dirigir mi cabeza hacia el centro de su pecho, donde recreé mis sentidos con sus tetas bamboleantes, apenas contenidas por una blusa multicolor amarrada debajo de ellas. Paradoja entre el recuerdo de la madre y el solaz del amante.

Imanado en los senderos de una piel caliente, me hizo recorrer su abdomen, vientre y muslos, como ofreciendo paisajes aliñados de relámpagos, tambor y viento melodía que resume los elementos y la esencia de la naturaleza. Era una vela encendida, iluminaba y chorreaba una cera amasada de hormonas, hermandad y saberes.

¡Negra hermosa! Mujer madura de cuerpo rollizo y tetas caídas a quien yo veía, yo sentía, como la hembra más hermosa del mundo y en cuyos relieves anhelaba navegar mis naves. Se había apoderado de mi voluntad con su risa franca y sus despliegues, creaba para mí una visión en la que me ubicaba, caminando alborozado, en algún lugar desconocido. Enigma de la pasión, que siempre nos hace descubrir algo nuevo en un viaje tantas veces realizado.

Al fin pude ser uno y a la vez, totalidad.

Ella fue desplazada por otra bailadora y yo, poco tiempo después, "invitado" a salir de escena por otro guerrero. Siempre danzando, volví a la rueda con mis hermanos y un trago de aguardiente aplacó mi hirviente euforia.

¿Estuve en el infierno? ¡Díganmelo ya! Prefiero el infierno, lugar que desde niño me han enseñado a rechazar, a la oferta angelical de una vida eterna, pacífica y asexuada. "¡Déjenme buscar mis infiernos!", les gritaría a los voceros de esa promesa pueril.

IV

La mañana sorprendió mi despertar en una cama extraña. Paredes desconocidas que no lograba precisar y un embotamiento difícil de sacudir. Recordé el "lejano" día de ayer y quiso aparecer un miedo conocido, herencia europea. Sin embargo, deduje que estaba en la casa de algún vecino amigo y me tranquilicé. Persistía en mi interior el sonido de tambores y estribillo, compartido con dolores musculares en todo el organismo. A mi lado, descubrí un figura morena ovillada entre las sábanas blancas; parcelas del cuerpo desnudo de la mujer que me había marcado durante el festejo y que luego, se convertiría en mi guía. Una suerte de hieródula, asentada

en un olvidado caserío mirandino. Me levanté sorprendido con mi desnudez y encontré el pantalón tirado al lado de la cama. Descalzo y sin camisa abandoné la casa; tratando de orientarme para llegar al sitio donde había dejado mi carro... ¿la tarde anterior? Dudaba, parecía haber transcurrido mucho más tiempo.

Mi amigo ya se había marchado. Agradecido, entendí la sugerencia que me hizo al llegar al poblado. Camino al automóvil, la tierra bajo mis pies desnudos, la cadencia mañanera de los árboles con su juego oscilante de hojas y brisa, la luz tibia que me envolvía, el diálogo mudo de las nubes, la explosión infinita de verdes en el paisaje del lugar, en fin ¡todo! Todo adquirió un sentido de maravilla y asombro prácticamente desconocidos para mí.

Compré una franela y unas alpargatas en un pueblo cercano, antes de enrumbarme a Caracas. Me complació la expectativa de un viaje sin compañía, ya que necesitaba conversar conmigo mismo. Conduje automáticamente, enredado en recuerdos recientes que comenzaron a mostrarse como pedazos de sueños, como escenas de película. Escenas donde me veía danzando, bebiendo aguardiente, riendo, contemplando la luna y hasta tragando delirios en la cama, al lado de mi compañera de viaje, y de la mano con el "tam, tam" inolvidable, me bañó de improviso la suprema conciencia de pertenencia e identidad. Supe que mi raíz estaba en África y sentí con claridad la cuota indígena en el encuentro con la tierra, los árboles y los elementos, la savia amerindia recorriéndome.

Este país, ¡es mi lugar!

Asentado en mi razón mestiza, comprendí el encuentro con la más pura y genuina expresión del erotismo como camino hacia la escondida esencia del ser. El erotismo, traducción humana del vigoroso instinto sexual animal, bajo cuyo manto pude conocer la totalidad. Me invadió el orgullo y una sensación de poder asomaba la cuota europea de mi sangre.

V

Quizás hoy yo no sea la misma persona que inocentemente visitó Birongo. Por esto, agradezco a los hermanos que ayudaron a despertar esa información dormida dentro de mí. Además, contraje una deuda porque ellos cambiaron la imagen de junio en mi

pensamiento, transformándola en la época del reencuentro con las voces del pasado, actualizadoras de mi raíz africana y de mi identidad latinoamericana.

Memoria amenazada

Varios días después de mi regreso a la cotidianidad, aún permanecía maravillado con Birongo y me costaba reintegrarme al metabolismo ciudadano. Reflexioné acerca de las características de la celebración y entendí la fuerza que la mantenía como expresión folclórica. Me enteré que el día previo a la danza, es considerado por los pobladores como un día mágico, efectuándose una serie de ritos paganos relacionados con augurios y adivinación. Eso explicaba la ponchera y las velas en el rancho.

En el caso de los Tambores de San Juan es obvio que la cuota europea, como expresión de sincretismo, es mínima. Se me ocurre decir que es un verdadero sincretismo positivo o "a favor". Recuerdo el comentario de un "estudioso" del folclore a quien le escuché opinar acerca de la influencia "negroide" de la manifestación. Por mi parte, después de haber vivido la experiencia, sostengo que se trata de un evento cultural de la negritud con una leve influencia "blancoide".

Por otro lado, indagando en algunas otras expresiones folclóricas de la zona de Miranda encontré un festejo, muy celebrado por la población, donde la influencia del criterio religioso europeo ha mantenido una tradición de dominio y exclusión, exhibiendo un

carácter típicamente opresor y colonialista. Es el caso de los Diablos Danzantes de Yare, celebrado en el día de *Corpus Christi*, donde existe una tácita aceptación de vasallaje por parte del componente mestizo que participa.

A pesar de que el tambor de los diablos es considerado un símbolo de protesta o rebelión de los negros y que las maracas traducen el grito del indígena sometido y atropellado, hay un sentido general de sumisión y humillación aceptadas. A los diablos no se les permite la entrada a la iglesia y necesitan la autorización del cura párroco (en la figura de la bendición y el agua bendita) para comenzar la celebración. Se trata de un evidente sincretismo negativo o "en contra". Se instala para perpetuar una supuesta superioridad del elemento cultural invasor. (En este momento, me siento en la obligación de aclarar que no pretendo criticar la forma de la expresión cultural, sólo deseo que el fondo sea bien entendido. Año tras año, los diablos seguirán danzando y yo seguiré disfrutándolos, maravillándome de su entrada en escena y del sentir místico que comunican).

Es un hecho similar a la pretendida conmemoración del día 12 de octubre como el "Día de la Raza", cuando en realidad, debería ser designado como un día desgraciado. El comienzo del exterminio y la muerte de una cultura que, de haberse desarrollado sin interferencias, habría cambiado sustancialmente nuestra historia a través de los siglos.

II

Uno de los problemas básicos del venezolano actual, es la situación de desarraigo a la cual ha querido ser trasladado, tratando de ubicarlo en un punto, donde pierda el contacto objetivo con su verdadera presencia y su posibilidad efectiva de vida. Ante nosotros se plantea una realidad virtual, bordada de falsas apetencias y necesidades superfluas. Allí, por repetición o redundancia, edificamos objetivos y metas transculturizadas y ajenas. Ajenas no sólo en cuanto a su divorcio con la esencia humana, sino en relación a las características culturales propias de nuestro medio. Cultura a la cual se empeñan en manipular para frenar su desarrollo. Y así nos encontramos, cercanos al siglo XXI, enfrascados en una competencia de estatus comparativo que ha venido dejando rezagados a los verdaderos compañeros del alma humana y la condición del ser: la

honestidad, la dignidad, la humildad, la solidaridad y la fraternidad. Es más, con frecuencia se envuelve a la palabra libertad en esta connotación consumista y adquisitiva, aumentando la confusión.

"En mi ciudad nunca sucede nada importante, Caracas es el culo del mundo", he oído decir, durante décadas, a quienes reniegan la mala suerte de haber sido objeto de la conspiración de alguna cigüeña tercermundista. Culpable de haberlos dejado en este rincón del mundo, olvidado de progreso y modernidad.

Me vienen a la memoria algunos episodios ocurridos en la década de los setenta y ochenta. En esa oportunidad, la propaganda manipuló sin misericordia a nuestros niños haciéndoles creer que si no visitaban Disney World, prácticamente perdían su condición infantil.

En esa misma época, un adulto mayor que no pudiera hacerse un chequeo médico en Houston, estaba negándose la posibilidad de comprar una patente de larga vida.

¿Será casual que en esos años hubo un repunte sustancial de la corrupción administrativa en nuestras instituciones? Corrupción que llegó a justificarse ante las evidentes necesidades "existenciales y vitales" de aquella actualidad.

—Por mis hijos y mi familia soy capaz de cualquier cosa —oí exclamar, a menudo, a más de uno.

III

Incrustar en el pensamiento ciudadano la idea del desarraigo, la no pertenencia a un lugar, va condicionando la merma de las defensas espirituales que nos protegen de la puerilidad urbana. Y un ciudadano pueril es aquel que camina las calles, encandilado por anuncios, vidrieras y ofertas, sin sentir el verdadero metabolismo de su ciudad. Un ciudadano pueril es capaz, a los treinta y cinco o cuarenta años de edad, de comenzar a celebrar cada octubre un Halloween que no siente ni entiende, pero que es moda y es "*in*". Un ciudadano pueril necesita mucho ruido a su alrededor, para "matar" el silencio reflexivo de su mundo interno. Por supuesto que me gustaría conocer París, Nueva York, Londres y Roma, pero no quiere decir que para realizar mi ciclo humano, amerite vivir allá.

El primer paso para justificar el aire que respiramos, es el equilibrio personal con el entorno. Para ello, se debe partir de un

conocimiento mínimo de la interioridad de cada quien. A partir de ese equilibrio, nos ubicamos en una posición de intercambio crítico con lo que realmente se quiere hacer o dejar de hacer. De alguna forma, así es posible sentir que se maneja la propia vida. Reconozco que hablo desde un sitial más o menos privilegiado. Un lugar donde no voy a pasar hambre. Durante las noches no seré despertado por el frío y tampoco me voy a empapar, ni mi casa se desmoronará, si llueve torrencialmente. Hablo desde un lugar que me permite respirar el color de las montañas y escuchar su silencio, asombrado ante sus infinitos tonos de verde. Hablo desde mis mañanas, cuando puedo ofrecer mi sonrisa a los demás, sin miedo a parecer débil. La debilidad la arrastran quienes necesitan construir falsas pantallas de rudeza y violencia. Hablo desde mis días en la ciudad, donde no pierdo la oportunidad de ser amable con los desconocidos con quienes tropiezo. Esto renueva constantemente mi energía. Hablo con la convicción de que la publicidad y la propaganda desean sepultar los elementos cotidianos hermosos existentes en nuestro entorno. Cuando aprendemos a disfrutar la costumbre de su obligada y rutinaria presencia, ya no atendemos el pregón constante del *marketing*. Sencillamente, no pueden ponerle precio a dichos elementos.

Uno de los elementos asequibles al que me refiero, es la madrugada.

La madrugada, tiempo vivo, colmado de energía y contemplación, erigido en nuestra rutina como el mejor camino hacia la autoreflexión. Es tan real su consistencia, como recurso de vida, que nos han impregnado con la idea de que el mejor uso de ella es el dormir. Si por casualidad aparece el fantasma del insomnio, ya están diseñadas las alternativas para combatirlo: cuenta ovejas, ingiere pastillas hipnóticas o, "mira la exclusiva y atractiva programación que tenemos, para ti, hasta el amanecer".

Simplemente le digo a quien quiera escuchar, que se atreva a usar su madrugada, solo, tranquilo y sin miedo a encontrarse. Más tarde, aprenderá a compartir la magia de los tesoros encontrados.

IV

"Madruguear" es un neologismo. Intenta definir la actividad creativa que es posible desarrollar durante las horas de este segmento

de nuestro día. "Madruguear" es hacer uso real del derecho a la madrugada.

Descubrí el madrugueo durante mi primera juventud, cuando cursaba el último año de secundaria y los primeros de universidad. En esa época, durante los exámenes finales, varios amigos nos instalábamos en alguna plaza bien iluminada (íbamos con frecuencia a Los Próceres) a las diez u once de la noche. Allá, luego de repasar o discutir algunos temas y aliñados con varias tazas de café negro, nos retirábamos al amanecer, bien hacia la casa o directamente a la universidad. En la tranquila estadía, acompañados de las infaltables sillas plegables, la ciudad me fue mostrando una nueva cercanía. Paralelamente, fui aprendiendo a amar su piel teñida de sombra, su sonrisa franca y el relativo silencio.

En realidad no todo era paz. Ocasionalmente éramos visitados por putas con poca demanda o por borrachos que, al borde del llanto, contaban sus peripecias. La mala suerte los había obligado a abandonar los estudios. Poco a poco, fui aceptándolos como adornos de la noche citadina.

Cierto tiempo después, al abandonar la costumbre, comprendí que no me había enamorado de la ciudad nocturna, me había enamorado de la madrugada. Y ella es el mejor puente hacia el mundo interno.

V

Recuerdo una madrugada que me estremeció particularmente, colocándome al filo de la vida. Y de no ser porque al tratar de suicidarme podía morir en el intento, habría probado. En aquel momento me invadieron las clásicas preguntas existenciales. El ¿qué soy?, ¿dónde voy?, ¿por y para qué estoy viviendo? Fui consciente que hace casi tres milenios (¡tres mil años!) alguien se hacía las mismas preguntas en un remoto lugar del mundo. Pero ese "alguien" tenía el atenuante de desconocer algunos datos que lo hubieran sacudido. No sabía que un átomo, en su estructura, es un espejo del sistema solar. Misteriosa homogeneidad del micro y macrocosmos. Ignoraba que cada criatura es una maravilla de ingeniería biológica, donde millones de células individuales trabajan hacia un fin común. Desconocía que ya no hay duda de que la conciencia es mortal y depende de la existencia de un cerebro viviente y que el "soplo vital", el alma

(idea que en su época fue raíz de muchos conflictos) reside en células especializadas, dinámicas y reguladoras, madres de la libertad del pensamiento, por cierto, el verdadero concepto de libertad. Concepto imposible de ser sojuzgado, sobornado, apresado, bajo ninguna circunstancia. De manera que una vez alcanzado un pensamiento libre, la condición humana lleva a comprender la libertad individual y a saber qué y cómo buscar.

Esa memorable noche, llegué a la conclusión que mi estar en el espacio tiempo como ser humano, no podía tener como finalidad la simple satisfacción de algunas necesidades ficticias, por muy "adornadas" que estuvieran.

La naturaleza nos otorga múltiples ejemplos de convivencia y colaboración mutua en todos los espacios y elementos. ¿Dónde nació la patente de corzo del humano para dictar decisiones perjudicialmente arbitrarias sobre las demás criaturas y, lo que es peor, sobre sus congéneres?

Rodeado de silencio, frío y sombras, comprendí, hasta en los huesos, que el problema básico del humano actual es de tipo ético, pues, cuando la moral (a través de publicidad y propaganda) es barrida del pensamiento, nos aislamos y construimos murallas de apariencia forradas de dinero, para hacer creer que somos seres exitosos.

Pero hay alguien difícil de engañar, cuesta engañarse a uno mismo, entonces quedamos convertidos en seres muy infelices, nos desaparece la sonrisa y la almohada se llena de espinas. Aunque, ¡no se preocupe, amigo(a)! Ya han sido diseñadas toneladas de pastillas, en diversas formas y colores, para que usted pueda dormir.

Hoy puedo decir que yo soy un individuo, que tengo un pensamiento individual y quizás libre, pero no tengo ningún derecho a ser individualista.

VI

Hay tanto espacio para recorrer de madrugada, solo o acompañado. En esas horas hay una actividad poco realizada y un lugar poco visitado. Ese espacio se encuentra en la conversación con una mujer, una verdadera mujer, después de haberse amado con intensidad. Pareciera que los caminos quedan lubricados y es más fácil adentrarse en la desnudez del alma de cada uno. Las máscaras se deshacen, quedando pocos argumentos y razones para negar a

mostrarse. Hasta los demonios sonríen y dan la cara. La mujer es particularmente hábil para descubrir y recorrer los laberintos del alma. La única condición es estar convencido de que lo hablado, lo mostrado, no va a utilizarse posteriormente como arma de persuasión o chantaje. Es fundamental la confianza.

Kamil

La vida es una caja de casualidades donde las situaciones pueden o no concretarse. Debemos estar atentos y tratar de hacer coincidir los vectores participantes hacia el punto adecuado. Aquí intervienen el conocimiento y la experiencia. En el juego pasional existe una condición de oportunidad bien delimitada, la cual es difícil generar o crear, pero, cuando está presente, es un verdadero pecado no reconocerla y aprovecharla.

Otro elemento de peso, ya a nivel individual, es la baza que ha jugado la publicidad para "sembrar" y hacer atractivo, en el colectivo femenino, un tipo masculino con determinadas características físicas. Partiendo de esa realidad, yo no puedo contar con una primera impresión de impacto para acercarme, con puntos a favor, a alguna mujer que despierte mi libido. Siempre he necesitado que suceda alguna circunstancia favorable para, sobre esa base, elaborar el acercamiento progresivo. Y eso sí lo sé: si me dejan hablar, tengo oportunidad de conquistar.

II

Una mañana, en un pasillo de mi sitio de trabajo, vi a una mujer morena coronada con una hermosísima cabellera. De inmediato, me recordó a Sonia Braga (aquella actriz brasileña de *Gabriela, clavo y canela*). Vestía una falda ajustada y corta que resaltaba sus nalgas despiertas y piernas torneadas. Mientras me acercaba, revisé mi repertorio de casualidades y no encontré algún resquicio en la pantalla de protección de la "niña". Ni siquiera su mirada era accesible, debido a unos anteojos oscuros. Pasé a su lado y lógicamente, "ni bola me paró". "Bueno, no es la primera, ni será la última", pensé y deseché la idea. Simplemente la olvidé.

Unas dos semanas después, un compañero de labores me pidió que cubriera su turno de Consulta Externa, y así lo hice. Esa mañana, entre otras, atendí a una paciente anciana acompañada por su hija. Ésta vestía un traje amplio, llamándome mucho la atención su cabello: abundante y rizado, aunque sujeto por un lazo.

Al terminar la consulta, luego de indagar su nombre, le comenté:

—Ese cabello al dejarlo libre, debe ser una maravilla para contemplarlo —y obtuve una sonrisa esquiva.

Se llamaba Kamil y terminada mi actividad, ya dirigiéndome en mi automóvil a otro sitio, vi su figura caminando en la calle. Por suerte ya sabía su nombre. Al llamarla, me recordó y aceptó sentarse a mi lado.

¿Cuántas coincidencias se necesitan para conformar una realidad? Por lo menos yo no soy capaz de dejar pasar esta suma y tratar de tener un resultado.

La conversación, desde el primer momento, fue directa y fácil, no precisaba protecciones ante quien la estaba ayudando. Es más, ella se permitió compartir algunas inquietudes personales y opiniones acerca de su condición cotidiana. Esa rutina que desdibuja el día a día de gran cantidad de personas, la sumerge en una suerte de anonimato progresivo y va apagando la íntima energía. Al continuar explorando algunas entradas que dejaba, sin hacer ninguna alusión erótica, pude hacerla reír en varias oportunidades. Y eso también lo he aprendido; cuando hago reír a una mujer, puedo seducirla. Al despedirnos tenía su número telefónico y la seguridad de poder llamarla, cualquier mañana, sin alterar su entorno hogareño.

III

Cuando se logra un punto de contacto seguro, no es conveniente usarlo de inmediato. Es mejor que sedimente el momento y sea idealizado, convirtiéndose en algo agradable para retomar. Baja así la muralla de defensa y quizás, ella llegue a desear la llamada y el encuentro. Dejé pasar unos cinco días y pude contactar a Kamil, concertando una cita para el día siguiente.

Un poco antes de la hora prevista llegué y me senté en un café de Chacaíto, leyendo sin leer y jugando con mi yo (el "hombrecito" escondido que resalta mis errores y caídas) a "viene o no viene" y preparándome ante el posible desplante. De pronto entró al café una morena de melena esplendorosa, usando un traje ajustado que mostraba buena parte de sus muslos y en su cara, la cara de Kamil, con una bella sonrisa de reconocimiento.

—Yo sabía que ese cabello era todo un espectáculo —le dije cuando se sentaba frente a mí, pero pensando: "¡Coño!, la mujer del hospital. Aquella negra tan buena y tan sabrosa. ¡Qué increíble!". Fue necesario controlar mi emoción y traté de retomar algunos temas ya conversados, sobre todo quería hacerla reír un poco para completar la nota tranquila y relajada del encuentro. No quise entrar en el detalle de su evidente atractivo, pero no pude dejar de decirle, aunque de la forma más inocente posible, que era y estaba realmente hermosa, toda ella. "¿Cuántas veces le habrán dicho lo buena que está?", me recordaba. Y ese es el punto preciso que puede convertir una actitud abierta en un erizo de defensas.

En diálogos posteriores me confesaría que mi actitud sosegada, aunque evidentemente interesada, poco conquistadora, estimuló su iniciativa para tratar de enredarme en sus fantasías.

—Hacía tanto tiempo que no me daban la oportunidad de "levantarme" a un hombre —llegó a expresarme.

Continuó la conversación. Mientras buscaba al mesonero con la mirada para hacer un pedido, noté que había en el café cinco o seis hombres, algunos con pareja, muy pendientes de Kamil, prácticamente, embobados con la negra. Esta es otra característica de muchos hombres. Se buscan una mujer publicitariamente atractiva para mostrarla a los demás. No importa que sea una tonta o plástica, el asunto es reforzar su inseguridad escudándose en un objeto, aparentemente deseado por los otros, que él presume poseer. Estos

machos, ni siquiera pueden imaginar el tesoro escondido en los posibles encuentros con mujeres feas, gordas o maduras, hembras que no entran en la escala de la propaganda y la publicidad. Sostengo que la sexualidad no es un argumento de príncipes y princesas. Es un choque de circunstancias que enfrenta a un hombre que desea y una mujer que quiere, o mejor, una mujer que desea a un hombre que quiere.

Volviendo a Kamil, mi idea con ella era llevarla a la cama, especialmente al verla ese día. No obstante, en aras de tener un buen juego, pretendí conocer un poco mejor su mundo interior, lugar donde podía buscar asideros para recorrer sus laberintos con mejores posibilidades. De allí que la invité a almorzar.

—En realidad no me apetece comer —expresó e inmediatamente, escrutando mi mirada, se inclinó hacia mí, apretándome con suavidad la mano al decir—, aunque es poco lo que nos hemos conocido, sé que no me has mentido y me agrada tu forma de ser —hizo una pausa y sonriendo ante mi aparente expectación, agregó—: Siento que te gusto y quiero estar en un lugar más intimo contigo.

Confieso que me desubicó lo directo de su frase, pero me inundó de alegría su propuesta indecorosa. Situación que, cuando es planteada por la mujer, casi siempre lleva a buen puerto, después de un mejor viaje.

IV

Paseamos por la ciudad. Ese mediodía no existía tráfico ni calor. El pequeño mundo rodante llevaba su carga de intención y complicidad, matizada con divertidos comentarios picarescos sutiles que hacían llevadera la tensión lógica de la novedad. Compré unas cervezas y nos fuimos a un motel de El Junquito. Ya en la habitación, noté un cierto apresuramiento en los movimientos de Kamil. En la penumbra, se desvistió de inmediato, tomó una lata de cerveza y se metió debajo de la sábana. Su voz tendió un nuevo puente. Mientras yo me iba quitando la ropa con lentitud, le escuché decir:

—Tú llegaste en el momento más oportuno —inspiró profundamente—. He estado tan tensa, que me faltó poco para neurotizarme y esconder la verdadera raíz de mi situación.

Ya desnudo, entré a la cama. Acariciando su cabello la recosté sobre mi pecho, estimulando su monólogo adornado de pausas.

—Mi marido es muy celoso, con sus cosas me humilla y me aleja cada vez más de él, hasta me molesta acostarme a su lado. Me insulta, me desprecia, y luego se me monta encima y acaba en diez segundos.

Por mi parte la dejaba hablar. No tenía nada que decirle al respecto, sólo era un oidor, esperando que ella marcara la pauta sensual. Mi mano acariciaba lenta y repetidamente su cabello.

—Yo no le doy motivos —dijo, después de algunos sorbos de cerveza—. ¿Qué culpa tengo yo de estar buena y de que me miren en la calle? ¡Y no tengo otro hombre!

Se incorporó para mirarme y soltó:

—Por eso me dije hace poco: el primer hombre que aparezca y me guste, me lo cojo.

Sonrió y me besó ligeramente antes de agregar:

—Y apareciste tú.

Allí marcó la pauta. Su boca se adueñó de la mía para investigar, no sé cuántos misterios con su lengua. Y en la piel, cada vez más cálida, también se le agolpaban las preguntas. No fue difícil amoldarme a su intento de diálogo sensual, fabricando la armonía de dos cuerpos exasperados que transforman, en caricias agradables, el caos de energía que producen las hormonas. Es natural que al compartir la desnudez con una persona desconocida, haya un cierto grado de reserva. Reserva que se va fundiendo lentamente para ser suplantada por la confianza.

Expectantes, los niveles de sensación de cada uno son inconscientemente balanceados por un ser, instintivo y excitado, que emerge en ese preciso momento, cuando decidimos dejar en libertad nuestra libido, deslastrada de temores y de culpas.

Comencé a delinear mi mapa particular de sus zonas secretas. Cada mujer tiene una ubicación especial de las zonas erógenas. Es muy gratificante descubrirlas, como un músico explorando su instrumento, a través de las reacciones provocadas cuando se estimulan. Kamil tenía una especial sensibilidad en un área ubicada entre sus omoplatos. Descubrí también que, aunque le gustaba que mamara sus tetas, cuando estaba cercana al orgasmo prefería que se las manoseara. Y, como era de esperar en una mujer libre y dispuesta a compartir, era multiorgásmica.

Por mi parte, sorprendí a Kamil esa tarde al no tener orgasmo eyaculatorio. Aunque ameritó que le explicara mi posición al respecto, la cual no tenía nada que ver con insatisfacción. Este punto es bastante interesante, pues estimula a la mujer a ser más creativa y abierta, asegurando una efusividad creciente en los futuros encuentros.

V

Durante la semana previa a la cita siguiente, no la llamé ni ella me buscó. Al parecer compartíamos la idea, no planteada, de dejar que cada quien se "cocinara en su propia salsa". Y al fin, nos encontramos por segunda vez. Fue otro tipo de momento. Hubo muchas caricias previas, lento desvestir y proseguimos abriendo nuestros arsenales eróticos. Ella demostraba ser fiel seguidora del lema "en la cama se vale todo".

A propósito, en esta oportunidad no hizo ningún comentario acerca de su vida familiar y sus angustias. Era suficiente su mundo propio y sus sensaciones para colmar la tarde. Había atrapado la esencia del compartir.

En este segundo encuentro pude comprobar una apreciación acerca de Kamil. Me pareció que ella se sentía incómoda al mostrar sus tetas algo flácidas. A pesar de ser una mujer segura, había sucumbido al pregón del mercado sexual que tiene como patrón de comparación, las tetas de la mujer que no ha parido. Al menos para mí, sólo la mujer que ha amamantado puede tasar la dimensión del placer en sus pezones ante la boca de un amante. Admiro unas tetas de carajita, pero disfruto muchísimo, el compartir sensaciones en unas tetas con experiencia de madre.

Reinicié la búsqueda de tesoros y encontré que, si bien le molestaban los piropos que le decían en la calle, en el umbral de sus orgasmos comenzó a pedir que le dijera "cosas". De más está decir que estas "cosas", no eran simples piropos. Eran barbaridades picarescas de tono lascivo, pudiendo llegar a alcanzar lo soez. En sus oídos vertí la amplia sinonimia de la palabra puta, pero nunca le dije prostituta.

—Háblame, háblame —pedía.

—¡Puta del coño! —le decía—, cuando te vea en el Metro voy a bucearte y ofrecerte billete pa' que me dejes agarrarte las tetas y sobarte el culo.

Contorsionándose, preguntaba qué más le iba a hacer.

—Cuando estemos en un restaurán, te voy a quitar la pantaleta para hacerte la paja —aumentando la intensidad de la caricia—, y la gente se dará cuenta cuando estés acabando.

Y allí la invadía su orgasmo real. Sus acabadas, con bufidos y palabras sueltas, eran prolongadas. En ocasiones, respondía desde la situación a donde la había llevado:

—¡No! No me hagas eso... que me da mucha... vergüenza... con la gente —balbuceaba, casi disneica y temblando, desde su clímax.

Otra tarde, luego de haber jugado durante un largo rato reinventando posiciones, Kamil se levantó de la cama y buscó algo en su cartera. Al regresar a mi lado, comenzó a untarme el pene con aceite. Me miró con los ojos entrecerrados y mientras se aplicaba aceite entre las nalgas, susurró con los dientes apretados:

—Te voy a dar culo.

¡Y vaya si me dio! Colocada de espalda a mí y abrazando la almohada susurró:

—Caliéntame un poquito.

Invadí con mi lengua su espalda y su nuca, mientras le manoseaba el pecho. Sus caderas fueron adquiriendo vida propia y fui penetrándola con lentitud, sintiendo que era ella quien manejaba el momento.

—¡Muérdeme! Muérdeme la espalda —le oí pedir.

Obedecí al instante, buscando la zona conocida. Visualicé a unos felinos copulando, el macho, con sus dientes clavados en la nuca de la hembra y ésta, apartando la cola, levantando las caderas para facilitar la tarea. Invadir la retaguardia durante una batalla, requiere suavidad y sutileza. Cada milímetro ganado, en el recorrido inicial, hace disminuir el grado de dolor e incomodidad y va cubriendo de deseo arrollador cualquier protesta de la zona en conflicto.

Un cuarto de minuto después, si has tenido paciencia, las puertas del castillo se abren completamente para ti, ganándote el permiso para entrar y salir como te plazca. El dolor se olvidó y da paso a

un asfixiante placer (así me lo describió Kamil cuando quise oír su opinión, como mujer, respecto al tema).

Por mi parte, sentir la redondez de unas nalgas en mi ingle, la cara posterior de muslos y piernas pegados a los míos, nuca, oreja y cabello, revolviéndose en mi cara, es ascender a una montaña donde el aire es más pesado. Si a esta maravilla de momento podemos agregarle el permiso para morder, como en el caso de Kamil, se multiplica el éxtasis. Es un caminar en algún jardín del infierno. Es un plato exquisito para un afortunado sibarita.

En la vorágine de sudores, gemidos y secreciones, su orgasmo hizo aparición, tocó con sus tentáculos mi pubis, rompiendo las defensas elaboradas. El temblor de los muslos y la fuerza aumentada de mi abrazo, le imprimió más resolución a sus caderas. Cuando estaba eyaculando me pareció escuchar:

—Yo sabía que me ibas a acabar en el culo —seguido de una carcajada, temblores y contorsiones.

Lentamente nos fuimos reencontrando, desde los caminos y laberintos recorridos, para atrapar una sensación de complicidad satisfecha y pasión domada en el espacio de un mediodía inventado.

VI

Nueva salida: otra maravilla. Kamil portaba un rasgo masoquista moderado. Además de su gusto por el mordisco, noté que ella en ocasiones, se apretaba la garganta con la mano empuñada o halaba su cabello cuando estaba acabando.

Hay una imagen que mantengo, muy nítida, de uno de los encuentros. La veo cogiéndome con su culo y mientras le mordía la espalda, ella pedía más intensidad. Apliqué más fuerza en el mordisco.

—¡Así coño! ¡Así! Muérdeme donde tú sabes.

Noté que perdía la mesura y quedarían marcas.

—¡NO IMPORTA! —gritó— El cabello tapa todo eso. ¡Sigue! ¡SIGUE!

Al continuar, disfrutando yo también de la violencia controlada, comencé a halar su cabello hasta arquearle completamente la nuca, con la otra mano, apreté su garganta cortándole parcialmente la respiración. Allí tuvo el orgasmo más espectacular de los que me había entregado. "La próxima vez tengo que observar bien estas

acabadas, además debo llevarla a un hotel con cabañas separadas", me dije con convicción.

Más tarde, durante el baño, estudié su espalda. Parecía un dorso después de una sesión de torturas. Sonrió ante mis palabras y tocándose, agregó:

—Estando en la casa, cuando me toque y me duela, me acordaré de ti durante varios días.

VII

En mi relación con Kamil, hubo una situación de particular intensidad, ya que tuve oportunidad, por su condición de verdadera mujer, de agasajarla con un encuentro de trío. Por su parte, ella se mostró completamente satisfecha con las experiencias atrapadas, manifestándome que habían sido colmadas sus expectativas al respecto.

La situación con Kamil fue ideal, pues supimos tomar la esencia del encuentro. Ella no me unió a su rutina. Me atrevo a decir, con orgullo, que me usó como pasaporte en sus viajes a los mundos que poseía y no conocía bien.

Por lo demás, muchas personas atraviesan la vida sin conocer su verdadera identidad interior y a los demonios acompañantes. Todo ser humano tiene demonios particulares. La idea no es reprimirlos eternamente; es más útil conocerlos y saber cuándo pueden emerger sin hacer daño. Fundamentalmente, sin dañar a los demás.

Amanda

—¡Antonio! ¿Por qué no me acompañas a La Lagunita esta tarde? —agregando—. Voy a una reunión de negocios y no quiero ir solo.

Era Álvaro quien me invitaba, un buen amigo que incursionaba en la venta de electrodomésticos. Sin conciencia tributaria, buscaba la mejor alternativa para su ganancia monetaria individual. Exactamente lo que todos los venezolanos hemos hecho desde siempre.

¿Cómo era el negocio de Álvaro? Bueno, utilizando el institucionalizado procedimiento de la comisión, nombre dado, en las esferas del gobierno, al delito de soborno.

La reunión se desarrollaría en la casa de un militar, oficial de alto grado, quien dirigía una oficina de aduana. El general negociante era un digno representante del momento político del país. Corrían los años ochenta y en Miraflores, se representaba una rochela de máximo calibre: un presidente anodino, incompetente y alcohólico, acompañado de una secretaria privada, con gigantescas e insaciables agallas, que era quien gobernaba. No es de extrañar entonces que los uniformados hayan sido comprados, otorgándoles la prerrogativa del manejo de algunos despachos gubernamentales

donde lograban obtener pingües beneficios, como pago por su "abnegada" entrega a la patria.

El ejército venezolano, ojalá alguien pudiera recordarles que son, en América del Sur, los únicos militares de genuina extracción popular. De Colombia hacia abajo, para ser milico se necesita un apellido y el tácito apoyo de una clase social con privilegios. El ejército venezolano, cuyos oficiales al llegar a un grado medio o alto en su escalafón, son adecuadamente adoctrinados con cursos en el exterior donde terminan de cercenar su raíz popular. ¿Cuándo comenzó a diluirse la sangre libertaria de Bolívar y sus seguidores? El ejército venezolano, convertido en defensa armada de la actividad fraudulenta de una clase política casi apátrida

II

Llegamos a la casa del General a golpe de cuatro de la tarde. Vivía en una quinta ubicada en La Lagunita "contri clu", el *non plus ultra* de los nuevos ricos de la época. Encontramos una reunión animada y cosa rara, de relativa informalidad. Se apreciaban varios ambientes. Había gente en la sala de juegos, varias personas, sobre todo niños, disfrutaban de la piscina y en la terraza, mesas dispuestas alrededor de un mesón con exquisitos pasapalos. Abundaba el "etiqueta negra". ¿Cerveza? ¿Ron? "Busquen eso en las fiestas de la chusma", me contestó un mesonero moreno, pretendiendo ser gracioso, con una falsa sonrisa.

—Y tú, güevón ¿qué coño eres? —le solté, antes de seguir "caminando" la fiesta.

Álvaro me llevó a la sala de juegos; él, ya conocía la casa. Me explicó que el juego de dominó se desarrollaba en tres o cuatro mesas diferentes.

—De acuerdo al monto del negocio, cada quien se anota en la correspondiente partida.

El General, de cara abotagada y enrojecida por el alcohol, era la cabeza de la mesa "más gorda". De paso, si a alguien se le ocurría ganarle, automáticamente se despedía de su petición.

Observando el movimiento humano durante el juego apreció que, en cierto momento, un jalabola intentó agarrar el vaso vacío del dueño de la casa para renovar su trago.

—¡Deja eso ahí! —ladró el militar—. Yo tengo quien me sirva.

Ladeándose hacia la terraza, gritó:

—¡AMANDA!... ¡AMAAANDAAA!

Una mujer, a unos quince metros, se levantó desde un grupo de damas y se dirigió lentamente hacia nosotros. Traje largo y oscuro de dos piezas, porte elegante, pero demasiado rígida. Parecía una estatua: ausente y fría. "Podría ser atractiva si sonriera", no pude dejar de comentarme.

Al llegar frente al General, éste realizó un brusco ademán hacia su vaso, continuando la atención a su juego. Ni siquiera la miró.

—Tienes que estar pendiente de mi bebida, ¿entendido? —agregando—: ¡Ah!, y quiero un vaso limpio.

La mujer no se inmutó, sin embargo, se llevó el vaso. A su regreso, al dejar la bebida sobre la mesa, esperó medio minuto al lado de su marido. Él la miró y haciendo un gesto con su cabeza, le otorgó el permiso para retirarse. Al ella voltearse, el militar alargó repentinamente su mano para pellizcarle una nalga, acompañando su "cariñosa" atención con una risotada. Amanda respingó, respiró profundamente y se alejó sin dignarse mirarlo.

El reyezuelo nos miró a todos y arqueó las cejas, como diciendo "¡Así hay que tratarlas!". No quise soportar un gesto más en la actuación de este abominable personaje. Mientras Álvaro continuaba con su compromiso lúdico-pecuniario, recorrí el perímetro para familiarizarme con el lugar.

Me había impresionado Amanda, a quien vi conversando con otras mujeres en la terraza. No obstante estar entre mujeres, mantenía su actitud altiva y distanciada. Comprendí que de no suceder o provocar alguna "casualidad", ella no iba a notar nunca mi presencia. Necesitaba un punto de aproximación. Planeando mis estrategias, en determinado momento utilicé el baño de invitados. Amplio, vistoso y con una segunda puerta que daba al interior de alguna parte. "Curioso", me dije.

III

Advertí que Álvaro había terminado una de sus partidas y esperaba. Acercándome a él, le planteé:

—¿Conoces a la mujer del gordo patán este?

—Sí... la última vez que vine me la presentaron y conversé con ella algo acerca de mi familia.

—Es guayanesa, ¿verdad? —acoté.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Preséntamela. Dile que trabajé como médico rural en una selva de Bolívar —le conminé con premura.

—¿Tú trabajaste en Bolívar? Nunca me habías contado nada de eso.

—Mira, güevón —le interrumpí—, si ella tuviera pinta de gocha, habría trabajado en Los Andes —exasperado, continué—: Si pareciera gringa, sería en la frontera de México o Canadá —y con dientes apretados—. ¿Entiendes, güevón?

Algún vapor alcohólico lo enlentecía y su mirada asombrada duró unos cinco segundos.

—Entiendo, ahora entiendo, pero —agregando en voz baja—: ¡ten cuidao!, ten mucho cuidado.

Continuamos caminando en dirección a la terraza.

—Cuando esté sola, me la presentas y te pierdes, ¿okey?

Nos acercamos al sitio donde se encontraba Amanda y esperamos nuestro momento. Un minuto después de introducirme, Álvaro "recordó" algo pendiente en la mesa de juego y allá se dirigió.

—Así que usted trabajó en Bolívar. ¿Dónde?

—Mire señora, yo llegaba a Ciudad Bolívar en avión, de donde salíamos en avioneta hacia otro lugar. Luego íbamos en rústico hasta un río. Allí abordábamos un bongo que viajaba por caños y madreviejas para llegar, un día después, a un poblado donde trabajaba durante un mes con indios y mineros. Pasado ese tiempo, regresaba.

Su expresión facial se ablandó levemente mientras yo hablaba. "Nostalgia de su tierra y su gente, ese es el camino", pensé. Mirándola directamente a los ojos, continué:

—Pasaba un mes allá y en poco tiempo, aprendí a disfrutar de la soledad —pausa evocadora—. Los indígenas me enseñaron a pescar y a conseguir los alimentos de la tierra. Tratando de obtener más información a través de su lenguaje corporal y gestual, agregué soñador:

—En esos viajes, llegué a amar a la selva. Esa vida, tan lejana, tan diferente de la mascarada que nos toca representar en esta ciudad.

Su silencio y la mirada por encima de mi hombro, me advirtieron que estaba en algún lugar muy propio. Quizás, el sitio de donde sacaba la fuerza para soportar su propio infierno cotidiano. Traté de traerla nuevamente a la terraza. Debía impedir que se refugiara en su interioridad.

—Y usted es de allá, ¿verdad? —agregando—: Tiene rasgos y estilo de india.

—¡Sí! —contestó soñadora.

De pronto, cayendo en cuenta de la palabra clave que solté como carnada, se interesó.

—¿Estilo? —algo extrañada.

Tenía poco tiempo y debía lanzarme a fondo, pero tanteando el terreno.

—Sí, y me permito interpretar la posición del indígena a quien se pretende avasallar y dominar hasta quebrarlo —siempre buscando en sus ojos los resquicios del alma—. El estilo y la actitud de no demostrar inquietud, aunque se esté hirviendo por dentro.

Dejando pasar unos segundos completé la idea:

—El estilo de saber esperar el momento adecuado para decir o hacer lo que realmente queremos, con oportunidades de lograrlo.

Solté esa "culebra" dentro de ella, aunque no deseaba que desarrollara defensas ante mis últimas palabras. Cambié el tema, pero siempre tocando el punto álgido que a mí me convenía.

—Seguro que allá fue donde conoció al General.

Respondió con un asentimiento, entrecerrando sus ojos. Lancé una nueva apuesta:

—¿Y su familia? ¿Quedó allá o pudo traérsela?

Antes de que hablara, con opción a defenderse, colocando un muro que luego sería difícil de derribar en el corto tiempo que disponía para seducirla, le espeté, prácticamente afirmando:

—Porque usted es el sostén de su familia, ¿verdad?

No podía permitirle que pensara mucho. Necesitaba hurgar en su emocionalidad y tocar fibras protegidas por su hieratismo. "A este molusco hay que esconderle la concha", me dije, cauteloso. Mi curiosidad tenía que tomar en ella el camino de la solidaridad; no la ruta del chisme.

De pronto me sentí en un gran juego de ajedrez. Enseñaba mi jugada, pero no mi intención. Decidí hacer una movida arriesgada

en esta fase de acercamiento. El tiempo tan corto me obligaba a jugar con osadía.

—Perdone que le diga esto —mirando al suelo, casi mordiendo mi labio inferior para, abruptamente, ir a buscar su mirada—: Tengo atragantada la situación que presencié, allá en las mesas de juegos, hace un rato —froté mis manos repetidamente, como nervioso—... y me siento obligado a decirle, que me ofende cuando una dama es tratada de esa manera.

"Jaque a la dama", me figuré.

Sus ojos me evaluaron por un segundo, al cabo del cual, un esbozo de sonrisa intentó dibujársele en el rostro. Era el permiso que yo requería. Avance un poco más, ofreciéndole un punto positivo en su penosa y cómoda condición de mujer vendida a un patán.

—Yo admiro la dignidad, y su respuesta, allá en el dominó, fue un gesto muy digno.

Lancé una mirada alrededor; comprobé que nuestro encuentro continuaba siendo invisible para los otros.

—Es más —de nuevo buscando su mirada, que parecía querer huir—, para poder mantener un comportamiento como ese, se necesita un mundo interior intenso y equilibrado —y casi susurrando, concluí—: pero muy solitario.

"Nuevo jaque a la dama", me anuncié.

Finalmente, se distendió su expresión facial. Apareció una sonrisa franca antes de decir:

—Nadie aquí se había atrevido a hablarme de esa manera.

Intentaba salirse del cerco con su jugada, una velada amenaza, usando el poder de su marido como mediador.

—Yo no tengo negocios fraudulentos que proteger —acoté tajante—, pero sí tengo, conmigo mismo, el compromiso de decir lo que me molesta —y tratando de comunicarle mi decisión con la mirada—. Sobre todo, busco lo que me gusta y lo que quiero hacer.

"¡Tiempo consumido!, cinco segundos para despedirse", me dijo mi reloj interno. Cambié de posición, tratando de ocultar con mi cuerpo la siguiente jugada. Le ofrecí mi mano en una despedida momentánea y apreté la suya, que no había dudado en extender, un poco más fuerte de lo habitual.

—Muchísimo gusto en haberte conocido —hurgando con mis ojos en los pliegues de su actitud.

Al tutearla repentinamente, intentaba crear un espacio de intimidad y un acercamiento a su condición de mujer, le daba a entender que "su" General, me importaba un carajo. Su mano respondió a mi apretón, por lo que agregué, en tono cómplice, un señalamiento ambiguo.

—Gracias por permitirme estar, aunque fuera tan fugazmente, dentro de ti y tu verdadero mundo.

"Jaque al rey, peligro para la dama", dijo mi árbitro.

IV

Álvaro seguía enfrascado en su juego. Estaba en la mesa más importante. Tratando de perder, planteaba las bondades y características de su negocio.

Había transcurrido una media hora desde mi conversación preparatoria. Quizás, ya había sido "comida y digerida" la carnada lanzada al "pozo guayanés". De pronto, apareció Amanda en la zona de juego, comprobó la bebida de su marido, alguna otra necesidad y se retiró. No me obsequió ni una mirada. "Buen síntoma, muy buen síntoma", me dije complacido.

En ese momento le di la espalda. Me dediqué a contemplar el Ávila, abstrayéndome de la presencia femenina y su retirada.

Un cuarto de hora más tarde, me acerqué de nuevo a la amplia terraza. Amanda conversaba, recuperada su máscara altiva, con un grupo de señoras. Evalué el campo y opté por sentarme en un sitio, ubicado frente a ella, al lado de alguien a quien había conocido durante mi llegada a la quinta. Quedé a unos siete metros del lugar donde permanecía Amanda.

En mi primera mirada al grupo de señoras, fui premiado por los ojos de la guayanesa y su sonrisa leve, pero prometedora. Dispuse de nuevo mis piezas; era otra partida. Entablé conversación con mi "encubridor". Necesario era echar mano al archivo de pendejadas y superficialidades, pero no fue difícil encontrar un tema. Noté que Amanda estaba pendiente e inicié un juego de lenguaje gestual. Hablando con mi vecino, la señalaba con mi dedo índice y luego apuntaba a mi pecho. Posteriormente conformaba un forcejeo, derecha e izquierda, que terminaba uniendo ambas manos.

Giraba la cabeza, aparentando pasear la mirada por la terraza y al encontrar sus ojos, veía hacia sus piernas y rodillas cubiertas por

su falda larga. Yo estaba consciente de que era un juego agresivo. La tercera vez que repetí este gesto, ella cruzó sus piernas. Dejaba al descubierto una rodilla y parte del muslo. Aplaudí y asentí, siempre conversando con mi interlocutor. "Ahora sí hay posibilidades efectivas", me regocijé.

Indudablemente que algo sucedía dentro de ella; incluso, dialogando con su vecina, su mano se posó sobre el brazo de la otra dama. Se dibujaba, en su dinámica de pensamiento, una cierta necesidad de contacto físico.

"Sigue metabolizando la información, niña", pensé, expectante.

—¡AMANDA! ¡AMAAANDAAA! —se oyó el grito del General.

Ella no se movió, protestaba a su manera y un germen de rebeldía comenzaba a roerla. Las amigas, al unísono, la conminaron a acudir al llamado y Amanda, con un gesto de exasperación, dirigió sus ojos hacia mí.

—Espérame, ya regreso —pareció decirme con esa mirada.

En su ausencia, evalué la situación hasta ese momento. Era innegable el cambio en su modo de actuar. Su férrea muralla se resquebrajaba. ¿Por qué?, porque se le mostraba un modo posible de protestar. De nuevo, la confluencia de circunstancias me favorecían, ya que en ese lugar, yo era el único ser que acompañaba su rebelión. Una cuña de emocionalidad se había colado en su manera de enfrentar la situación que estaba viviendo.

Hasta ahora, ella manejaba un equilibrio soportable; sin embargo hoy, enfrentada a otras posibilidades, algo protestó en la vorágine de sus inquietudes y me daba acceso a un acercamiento total. Esto, sin sumar la enorme ayuda que me proporcionó la intemperancia del General y su llamado en el momento menos oportuno... para él.

Decidí lanzarme a fondo. Era todo o nada.

En el juego de ajedrez, la maniobra del sacrificio de una pieza es enormemente gratificante. Das una cosa y obtienes algo mejor. Sacrifiqué el momento de su llegada y el "romántico" reencuentro de miradas, con la intención de sacudir su cordura y hacerla cometer locuras. Reapareció unos minutos después. La noche ya nos cubría y pude comprobar, desde mi sitio de observación, su decepción al

no encontrarme a su regreso a la terraza. Un punto menos para el General, él tenía la culpa.

Prosiguió conversando, pero me buscaba. Me mantuve en la decisión de jugar fuerte. Necesitaba una serie de jaques repetidos. Volví a mi lugar en la terraza y "demostré" mi alegría por su presencia. Pregunté a mi vecino, ya cercano a la inconsciencia, por el baño. Era el sitio lógico para un encuentro y escudado en mi interlocutor durante su explicación, le propuse a Amanda gestualmente el vernos en ese lugar. Por su parte, ella inspiró profundamente, cerró los ojos y asintió. Me levanté, la miré, sonreí e inicié el camino hacia nuestro "nido". Ya en la puerta del baño, volteé. Ella me había seguido y deteniéndose en la esquina de la construcción a donde nos dirigíamos, con un gesto me invitó a entrar. Ya encerrado me dispuse a esperar, pero casi inmediatamente, sonó la cerradura de la segunda puerta.

Amanda apareció y lucía tranquila. La decisión estaba tomada. Su gesto, párpados entrecerrados y labios algo separados, me pareció muy sensual. Llegó a mi abrazo y sentí su calor como una ola de brisa apoderándose febrilmente de mi boca y lengua.

—Olvídate de todo y deja salir a esa india arrecha que has tenido encerrada durante tanto tiempo —le susurré, antes de introducir mi lengua en su oído.

Un escalofrío la recorrió y dejé resbalar mi beso por su piel, mientras mis manos ya recogían la falda y se adueñaban de sus nalgas. El lenguaje del desespero tiene su momento, y este era el momento.

Velozmente le saqué la parte superior del vestido y refregué mi cara entre sus tetas; pezones oscuros y muy erectos.

Los pezones oscuros siempre me han fascinado. Según un viejo azteca del tiempo de la colonia, ellos definen a la mujer ardiente. Por esta razón, él recomendaba a los obispos de aquel tiempo, revisar las tetas de las candidatas a monja. Si tenían el pezón rodeado de noche, el infierno habitaba entre sus muslos. Eran mujeres "calientes" que se entregarían al Señor y a unos cuantos más.

Llegué a sus rodillas y besándolas, atrapé su pantaleta. Logré quitársela rápidamente. "Jaque… jaque… jaque", pensé, recordando aquel lejano episodio del ascensor. Ya sabía el camino y el punto de llegada. Varios segundos después me incorporé. Con las manos

clavadas en sus nalgas, la senté en el lavamanos con los muslos abiertos. Su mirada, su sonrisa, su lengua escribían un hermoso poema erótico. Coloqué mi "torre" en la puerta del húmedo y vibrante "castillo", para introducirme con estudiada lentitud hasta la cúpula de su caja de tesoros. Me solazaba, repitiendo en mi pensamiento un eco de batalla: "Jaque mate... jaque mate...jaque mate".

Amanda me abrazaba con fiereza y movía su cabeza de un lado a otro con los labios apretados. Al mismo tiempo, me rodeaba la cintura con sus muslos. Un quejido suavecito se quedó adherido a mis oídos, al tiempo que aumentaba bruscamente el movimiento de sus caderas y el temblor en todo su cuerpo. "Coño, v'acabar", pensé.

Se afirmó con ambas manos a la pared, arqueó su espalda y "Crashhhhhhhhhhh. Sssssssssssssss". Ambas miradas se encontraron enredadas en la misma interrogante ¿coño, qué pasó? El "pobre" lavamanos no resistió el decidido empuje de las caderas de Amanda. Caderas que habían recobrado y recordado toda la plenitud de sus capacidades. Mientras tanto, yo apenas pude contener la caída de su cuerpo apoyando una mano en la pared. La manguera de conexión se convirtió en surtidor y nos estaba empapando. No podía creerlo y por la cara de Amanda, adiviné que ella tampoco atinaba a evaluar lo sucedido. La mujer se sobrepuso. Se dirigió hacia la otra puerta donde manipuló una llave de paso, logrando detener la "cascada". Al contener el flujo de agua, se sentó en el suelo y flexionó sus rodillas. En esa posición, mostrando su sexo, se convirtió en una india hermosa, apostada a la orilla de una carretera, esperando los acontecimientos. Esa era la verdadera Amanda, una india hermosa.

Su asombro fue dando paso a un ataque de risa, apenas contenida por las circunstancias.

—¡Vístete!, vístete rápido que tengo que salir —la apremié, en voz baja.

Riéndose, se colocó su ropa. Se acercó para besarme y me hizo salir por la otra puerta, que daba a un salón de depósito y, éste, a la piscina. Antes de separarnos, me solicitó algún número telefónico para concertar un verdadero encuentro.

—Más tranquilo —dijo—. Quiero que nos "veamos" bien.

Quedé en escribirle el número en la baranda de la terraza, frente al sitio donde yo estaba. Ella lo encontraría allí. Salí al corredor;

habían pasado unos siete u ocho minutos y con mis zapatos empapados, fui a dejar el mensaje en la baranda. Luego buscaría a Álvaro. Él ya había finiquitado su negocio. El General, con una enorme pea, discurseaba a los últimos jalabolas que quedaban. Mientras yo, sin acercarme, le "decía" desde mi sonrisa: "Te comí la dama; te mateé y pienso seguir 'comiendo' dama".

Álvaro se despidió y salimos de la casa.

V

Ya en el carro, mi compañero contaba sus peripecias:

—Tuve que pagar un poco más de lo previsto, pero todavía salgo ganando —mirándome fugazmente—. Y a ti, ¿cómo te fue?

Álvaro es un buen amigo y me permito compartir las situaciones sin peligro de chisme o de comentarios que afecten a alguna persona; sin embargo, él conocía a Amanda y continuaría viéndola. No era prudente, pues, que se enterara de los detalles de lo ocurrido.

—Nada. No tuve suerte. Alguien interrumpió y...

—Bueno, otra vez será —me tranquilizó.

Y así, mientras Álvaro continuaba su perorata, yo, mirando las avenidas de mi ciudad, escuchaba el diálogo que mantenía la pantaleta de Amanda, desde el bolsillo, con mi palpitante erección.

Sonia

Sonia era una mujer a quien había conocido unos meses antes. Amiga de unos amigos, sólo compartimos un encuentro en grupo. Mucho me agradaron sus planteamientos femeninos y su posición aparentemente clara y decidida ante la vida. En realidad, hubo una cierta complicidad de miradas y sonrisas, pero las circunstancias no permitieron un encuentro más cercano y particular.

Una tarde me enteré que, unas cuatro semanas atrás, había sufrido un accidente de tránsito. Estuvo hospitalizada durante medio mes y para el momento de hablar con mi amigo, se encontraba de reposo y muy postrada en su casa. Él me pidió que la visitara para dar mi opinión profesional.

Esa noche, la madre de Sonia me recibió con gran cordialidad. Escuché de sus labios informes médicos y detalles del último mes de vida de la lesionada.

—El marido, unos días después del accidente, aceptó un trabajo en Cumaná, pero él está pendiente. Llama tres veces a la semana y puede quedarse con ella una noche cada quince días.

Me dirigí a la habitación, escuchando los últimos comentarios de la doña, para encontrar una mujer fundida con la cama. Un gesto amargo se adueñaba de ella y el ambiente encerrado olía a amoníaco.

Su apariencia, con los dos brazos vendados, semejaba un cristo-mujer crucificada por las circunstancias. Eché de menos la alegría y dinamismo que había demostrado al conocerla, la pasión con la cual defendía sus argumentos. Después de los saludos y alguna que otra formalidad, concluyó atropelladamente y a punto de llorar:

—Me duele todo, me siento inútil, no duermo bien, esto es una muerte fiada. ¿Por qué tanto dolor?

—Estás equivocando el enfoque de tu situación —le contesté, y luego de contemplarla en silencio durante unos segundos—. No te sientas sumergida en una totalidad, más bien, ve tomando los elementos positivos. ¿Cuáles? Estás viva y no estás paralítica, por ejemplo.

Mientras hablábamos, le iba mostrando mi interpretación de las radiografías y tomografías.

—Tan simple como que podrías estar peor y tan sencillo como que ahora tu verdadera tarea es demostrar que tienes un cerebro. Un cerebro con capacidad de enfrentar situaciones difíciles.

Me miraba un poco sorprendida de la perorata, pero con interés.

—El ser humano cuando se lesiona, tiende a refugiarse y entregarse al cuidado de otros. No sé por cuál oscura razón, se revuelve en la lástima y se regodea en inspirarla.

Me coloqué a su lado, expresándole a continuación:

—Dime si hay algún sitio donde despierte dolor al tocarte.

Mi mano apretó, aquí y allá, sin encontrar puntos que demostraran alguna situación especial. Entre tacto y palabras, noté cierta relajación en el tono muscular de su cuerpo. Al palparla con suavidad debajo del ombligo, cercano al pubis, un envaramiento dorsal y un suspiro contenido me hicieron notar que el contacto había tomado otro camino, un camino que aparentemente despertaba su sensualidad. Adicionalmente, movió su brazo derecho vendado y apoyó su mano en mi antebrazo, iniciando una torpe caricia digital. Continué examinándola y palpé sus miembros inferiores sin encontrar anormalidades. Regresé a su cabecera. Inmediatamente su brazo derecho se posó en mi antebrazo.

—No encuentro otro punto de molestia, más allá de los que sabemos —acoté ante su mirada y agregué—: los vendajes de los brazos no son necesarios; vas a ir mejorando, día a día, con el reposo

—y haciendo intencionado énfasis—: Pero necesitas sentir el deseo y la alegría de vivir.

—Yo sé eso, pero —brotaron algunas lágrimas y continuó entre pausas—: yo… una persona activa, trabajando y viviendo mi vida, con una vida sexual agradable y ahora este güevón ni me toca. Viene cada quince días y me mira con lástima.

Hablaba con los ojos cerrados e iba deslizándose de nuevo hacia su refugio depresivo.

—Tú no requieres un médico, Sonia, lo que te hace falta es un amigo —le dije, mientras colocaba mi palma derecha, extendida y tibia, sobre su abdomen.

—Tú eres sinestésica, lo más importante para ti es el contacto —moví mi mano lentamente y enseguida su mano izquierda se posó sobre la mía, iniciando un movimiento del pulgar para rozar el dorso de mi muñeca.

Los ojos cerrados, su cabeza ladeada a la izquierda, su cuerpo relajado en la cama, sólo un dedo con vida y deseo. Intencionalmente inmovilicé mi mano. Unos segundos después sentí la presión de la suya conminándome a seguir. Dirigiendo mi mano, realizó tres círculos lentos sobre su abdomen y de repente la llevó hasta su teta izquierda, haciendo que apretara sobre la franela. Por mi parte, ahuequé la palma para adaptarla al relieve que se me ofrecía, asistiendo al alegre despertar de sus pezones. Me deslicé debajo de la franela. Al rozar sus pezones erectos, inspiró profundamente para entregarse a una onda de relajación que fue anidando en todo su cuerpo. A medida que prodigaba más atención a su pecho, se aceleraba su respiración. Imprimió movimientos laterales, derecha e izquierda, a su cabeza, como siguiendo el ritmo de una música que solamente ella escuchara. Sus hombros tímidos se sumaron a la danza.

Unos segundos después traté de ubicarla en el momento que compartíamos. Hice un comentario peregrino acerca de ambos. Le comenté que, unos dos meses atrás, la había visto caminar por la calle.

—Te buceé y me excité mucho pensando en agarrarte las nalgas y las tetas —le dije, en voz baja.

Me contestó, sin abrir los ojos y con una sonrisa de dulce coquetería:

—Embustero, embustero.

En realidad, esto no había sucedido, pero pensé que a ella le gustaba escucharlo.

Un ruido de ollas en la cocina, me hizo tomar conciencia del tiempo transcurrido en el cuarto de Sonia. Sin dejar de agarrar sus tetas, me incliné hasta su oreja derecha para susurrarle:

—¿Te gustaría acabar? —un esbozo de sonrisa, un apretar de párpados y un movimiento afirmativo de su cabeza.

—Te voy a masturbar, no abras los ojos —y bajando la voz, susurré imperativo a sus oídos la frase mágica—. ¡Abre las piernas!

Mi mano derecha invadió delicadamente su pubis, atrapando con suavidad la vulva. Jugueteé con sus labios, explorando delicadamente en el periné. Fue agradable sentir el envaramiento de su dorso, la inspiración profunda, el apenas audible murmullo en su boca: "¡Ay, qué divino!", antes de mordisquear su labio inferior. Estaba tibia y húmeda. Procedí, con el dedo pulgar y el meñique, a retraer el ángulo superior de sus labios vulvares. Unté la yema del dedo medio con sus propias secreciones, para hacer más sutil el roce. Al llegar a su clítoris expuesto, de alguna manera sentí que había tocado todo su cuerpo.

—Ay, coño, qué divino —susurró antes de abrir la boca, asomar su lengua y comenzar a moverla lentamente de un lado a otro.

Acompasé la caricia de mi dedo con el movimiento de su lengua. Rápidamente descifró el código. Detuvo la lengua, y yo inmovilicé el dedo. La movió a la izquierda y la seguí. La dirigió a la derecha e hice lo mismo. Sonrió y comenzó la dirección de la orquesta de mi dedo con su batuta lingual.

¿Cómo puede describirse la hermosura en la creación de un código muy particular? Y por encima de todo, la comunicación resultante sin que medie la palabra. Rápidamente su lengua se hizo frenética y en segundos, su cuerpo y su vagina la acompañaron estallando en orgasmo. Cuando la lengua desapareció de su boca entreabierta, separé mi dedo del clítoris.

Emergió la lengua y reinicié mi roce. En ese momento cerró su boca, convirtiéndola en una línea al mantener los labios apretados. El mensaje era claro y retiré mi mano completamente de su pubis. Cuando abrió los ojos y encontró mi mirada, una sonrisa tranquila iluminó la habitación.

Para suavizar el momento, intente algún gesto gracioso, por lo que llevé el "dedo trabajador" hasta mi nariz, inspiré y haciendo una mueca admirativa, enarqué las cejas y abrí los ojos.

—Perro, perro, eres un coño de madre —soltando una carcajada que terminó de alejar la oscuridad de la habitación.

—El jueves tengo la mañana libre y puedo pasar unas dos o tres horas contigo. ¿Quieres que venga? —le planteé cuando dejó de reír.

—Me gustaría muchísimo, y voy a estar preparada. Ya verás.

—Relájate y duerme un poco, recupérate —le dije al tiempo que me inclinaba y rozaba sus labios con la ternura de los míos.

Abandone la habitación y encontré a la doña esperando para ofrecerme café.

—Todo va a ir bien, vieja. Necesita reposo. En dos meses más va a estar caminando por las calles.

—Gracias —me dijo y agarrando mi codo izquierdo, agregó—: Por eso quería que la vieras, tus amigos creen mucho en ti.

—Le di unos masajes en las sienes y el cuello. Está más relajada y creo que se quedo dormida.

Al despedirme, acoté:

—Dile que vengo en tres días más.

II

El jueves en la mañana, la madre de Sonia me recibió con una sonrisa y hablando precipitadamente:

—Es otra persona. Se quitó los vendajes, lee y escucha música —bajando la voz y en tono confidencial—. Hasta me hizo bañarla y maquillarla y eso que el marido no viene hasta el domingo.

Abriendo la puerta de la habitación:

—Mira quien está aquí, Sonia.

No esperaba tal cambio. La encontré semisentada, los brazos libres, peinada, ligeramente maquillada y un agradable olor dulzón, perfume femenino, envolviéndola.

—¡Qué bien te ves! —exclamé, acercándome para besar su mejilla, y le susurré—: Te ves divina, carajita.

Brillaron sus ojos. Y mientras la vieja se dirigía a la cocina a buscarme café, soltó con voz lo suficientemente alta para ser escuchada por su madre:

—¿Tienes que irte rápido? Mamá necesita hacer unas diligencias y si tú te puedes quedar —guiñando un ojo.

—Claro, claro —contesté—, no es bueno que estés sola. Yo te acompaño.

Ella mordió su labio inferior al oírme y chupó ligeramente su pulgar.

Llego mi café y pronto escuchamos cerrarse la puerta de la calle, anunciando la salida de la doña.

—Qué puta eres —y acercándome a la cama, agregué—: arreglaste todo para quedarte sola conmigo.

—Si una no busca lo que desea… —mientras ofrecía su abrazo.

Fue fácil llegar a su boca donde me esperaba una lengua sedienta. El tiempo, aliado nuestro, nos permitiría solazarnos en cada caricia. En esta oportunidad sí me fue posible atender plenamente sus tetas, llevando mi saliva y lamidos a todos sus rincones. Su mano jugueteaba libre en mi cabello e indicaba el camino hacia sus apetencias. Levanté la sábana que cubría la parte inferior de su cuerpo, y una fragancia, sutil y dulzona, me obligó a cerrar los ojos e inspirar profundamente, como queriendo atraparla íntegra dentro de mí.

La contemplé lujuriosamente. Usaba una pantaleta mínima, convenientemente sujetada con lazos a sus caderas. Con parsimonia solté los nudos y abatí la alcahueta barrera. Sus nalgas posaban en una almohada, colocando los genitales a una muy conveniente altura. Al contemplar aprobatoriamente la situación, le escuché decir:

—Te dije que me iba a preparar —riendo entusiasmada.

Con la mayor delicadeza posible, me acomodé entre sus muslos separados y rodillas flexionadas. Me aboqué al esperado diálogo "labios a labios" y fui recapturado por un aumento en la intensidad del aroma que ya me había trastornado.

El cunnilingus es una caricia de múltiples proyecciones y en él, se ejercitan todos los sentidos: Tocas con piel, lengua y mucosas. Catas sabores naturales y artificiales, además del sabor de la excitación. Hueles el celo animal y los perfumes añadidos. Miras la piel erizada en un cuerpo enervado y a veces, contemplas a lo lejos dos volcanes como queriendo estallar. Oyes una vulva, casi hablando, junto al retumbar del infierno detrás de unos ojos cerrados. Y el último sentido, el sentido de la cómplice intimidad de volar sobre

un jardín que, en ese instante y sólo en ese instante, está allí para ti. Un conjunto paradisíaco, simple y sencillamente edénico.

Después de no sé cuánto tiempo, emergí enredado en sus exclamaciones.

—Ya, ya, me vas a matar... me vas a matar —y sus manos, colocadas como barrera, lograron separarme del "jardín".

Al recuperar su respiración tranquila, me pidió colocarme al lado de la cabecera de su cama. Quitó un cojín, puso una almohada y al recostar su cara, ésta quedó convenientemente cercana a mi bragueta. Mientras bajaba el cierre, reiteró resueltamente: "Te dije que me iba a preparar", y no le fue difícil encontrar el pene.

—Ven, ven, vamos a jugar un poquito —hablando con él, acercándolo a su boca entreabierta y a su lengua.

Su boca estaba caliente. Cerrando los ojos, llegué al patio de la casa de mis padres donde, en los amaneceres fríos de enero y febrero, recibía en toda mi piel la envolvente caricia del primer sol de la mañana. Traté de jugar un poco con sus fantasías.

—Tienes la boquita tan calientita, mujercita —iniciando un lentísimo balanceo de caderas.

Mi mano izquierda se enredaba en su cabello y, con pequeños toques en su cabeza, introducía más mi pene en su boca.

—Me encanta las mujeres mamadoras, me encantan —le susurraba, como hablando solo.

Agarró el pene por la base y, cual pincel de maquillaje, lo deslizaba por sus ojos, mejillas, mentón, labios y cuello. Al recuperar la posibilidad de la palabra, mientras se "maquillaba", la oí musitar:

—Me gusta tanto mamar, sssshhh... me gusta —reiniciando con más ímpetu, aunque siempre delicada.

De improviso, imprimió a su lengua una secuencia de movimientos laterales de ritmo creciente.

—Noooo, no hagas eso, loquita. ¡Cuidado! —sus lamidos y chupadas se hicieron más intensas—. ¡Cuidado! Te pueden llenar la boca de leche.

—Ujú, ujú —murmuraba, con lentos movimientos afirmativos de su cabeza.

Por supuesto que quería eyacular. Realmente, ambos lo merecíamos. Así que no me opuse al fino temblor en mis rodillas, convertido en cosquilleo ascendente, ni a la ola indetenible que, con epicentro

en el pubis, electrizó todo mi cuerpo. Fui premiado además, al concientizar un ruido líquido en la boca de Sonia y su deglución repetida. Bajé la mirada y observé, con tierna admiración, cómo la lengua lamía sus labios con un movimiento circular, al igual que una leona atrapando hasta el último residuo del animal que había devorado.

Seguidamente, todavía sin mirarme, deslizó la yema de su pulgar por todo el trayecto de la cara inferior del pene hasta la punta, donde esperaba su lengua anhelante. Repitió la maniobra dos veces. Puedo asegurar: me sacó hasta la última gota de semen.

Suspiró profundamente y mientras me sentaba, le escuché decir:

—Me encanta darle placer a un hombre y más aún, si ese hombre me ha dado placer a mí.

Le hice saber que quería escucharla, expresándole:

—No esperes respuesta, permíteme recuperarme.

Rio ante mi lasitud y agregó:

—Muchos hombres son unos pendejos. Fíjate que uno de los mayores insultos, que hasta puede llevar a la violencia física, es tildar a alguien de mama güevo. Incluso, pretenden querer ofender a una mujer endilgándole el epíteto ¿a una mujer? —y sonriendo segura—: Por lo menos a mí, me encantaría ser reconocida como una diestra feladora —y cuadrando la idea—: Definitivamente, los hombres son unos güevones —y mirándome—: mejorando lo presente, claro.

Luego de una pausa soñadora, hilvanó otra idea:

—Me encanta que hayas entendido mi situación y mis necesidades. Es la primera vez que me siento sacudida tan intensamente y en esa condición, no es fácil vislumbrar el camino de salida.

Se acomodó en la cama, entre almohadas y cojines, para continuar:

—En este momento me parece ver todo claro: siento fuerzas para continuar luchando y me parece mentira haber estado tan postrada.

Estiró su mano hacia mí, como un llamado, acotando:

—Si tú no llegas, si no apareces, ¿qué me habría despertado?

—Es posible que al tocar completamente el fondo, tus propios mecanismos te hubieran sacudido —agregué, emergiendo al fin de

mi ensoñación—. No sé, cualquier circunstancia, cualquier azar. Lo importante son los elementos humanos propios de cada quien.

—Creí que tú, como médico, podrías escudarte en prejuicios dudosos y falsos principios —gesticulando para reforzar su planteamiento—. De alguna forma, yo sabía lo que necesitaba. Quería ser convocada desde mis instintos, pero eso no es fácil pedirlo.

—También yo intuía tu situación, pero sin saber o conocer las características de tu emocionalidad, no podía arriesgarme a indicarte ciertos caminos o vías poco tradicionales —luego de una estudiada pausa—. Recuerda que tú dirigiste mi mano hacia tus tetas. Me franqueaste la entrada y sobre todo hoy, urdiste un plan con una meta prevista. ¿Cómo no participar?

Tomé una de sus manos y besándole la palma, agregué:

—Y fue realmente hermoso.

Ella se notaba muy complacida y opté por decirle:

—Mira, Sonia: en la vida cotidiana se han fabricado pautas y normas acerca de las cosas más simples, que no necesariamente son verdades. Por ejemplo, se nos ha vendido la idea de que el sexo es igual a horizontalidad y penetración. ¡Pues no! Sobre todo las mujeres, son capaces de dirigir su emocionalidad amatoria a situaciones muy particulares y no coitales que pueden satisfacerlas y darles felicidad —y continué diciéndole—. Particularmente las mujeres, tienen "debilidades" incomprensibles; a veces por los artistas y hasta por los malandros —para concluir con cierto énfasis—. Tú y yo conocemos situaciones que, racionalmente, son imposibles de entender y suceden.

Sonrió y mostró su acuerdo afirmando con un gesto.

—Pero —agregó—... también tienes que admitir que las mujeres tenemos mayor sensibilidad para captar características especiales de algún hombre, y a veces eso es suficiente para compartir, al menos por algún tiempo.

"Tiene razón... las mujeres siempre me enseñan".

Se escuchó la puerta de la calle y apareció la doña, un poco agitada.

—¿Cómo están? ¿Llegué tarde?

—Vieja —le dije—, esta mujer está demasiado recuperada. Fíjese que hablamos y terminé contándole mis problemas. ¡Me sacó todo! ¡Me exprimió! —y levantándome— Mejor me voy.

Cuando la madre de Sonia salió a buscarme el café de la despedida, ella sonriendo y con un gesto fingidamente desaprobatorio, me soltó:

—Tú sí eres una verdadera rata; una rata coño'e madre —y dejó oír una sonora carcajada.

Abandoné la casa de Sonia compartiendo con el mediodía el sabor del café y del cuerpo de una mujer. Lancé a la calle la alegría de haber practicado y compartido una "terapia de sentido común".

Gente X

Todos y cada uno de los seres humanos guardamos algún secreto, o pecado inconfesable, que acompaña en el camino y hace más o menos difícil nuestra actuación de apariencia ante los demás. Parecemos un iceberg, tratando de mostrar lo que es socialmente más aceptado. Incluso, aprendemos a presumir en público de una tácita posesión de lo que carecemos, sea material o espiritual.

Sin ir a un análisis profundo, aquí se muestra la base de la figura maligna de la doble moral religiosa y del doble discurso. Actitud, ya instituida en la sociedad contemporánea, que ha borrado la esencia de la autocrítica individual y convierte al "yo" interno en un alcahuete, un ente justificador de las acciones mezquinas que se realizan para lograr un beneficio.

Así mismo, resalta el trabajo de la publicidad y la propaganda para, por repetición, sembrar y crear necesidades ficticias (que puedan ser vendidas), o presentar una realidad truncada. De forma que se habla de la conciencia individual, pero la encapsulan entre normas y prejuicios, no acordes con el potencial humano, trasformándola en una conciencia sin autonomía.

Y ante nuestra indefensión, un instinto fundamental ubicado en lo más profundo del ser, va a resultar contaminado y alterado cuando se "envenena" el patrón básico de conducta individual.

II

No todas las situaciones íntimas redundan en placer. Ese placer compartido que ubica a dos seres humanos en un intercambio armónico, comunicativo, divertido y relajante. He vivido momentos, graciosos unos y patéticos otros, cuyo valor redunda en la enseñanza y consiguiente experiencia que determinan. Así se aprende a identificar a la gente X (masculina o femenina), como aquellos portadores de bloqueos emocionales que los incapacitan para comunicarse con claridad, causando una discapacidad para disfrutar del sexo y compartir placer. La cama no es un diván psiquiátrico y cuando se frustra una intención, por omisión de una de las partes, emerge la incomprensión y el rechazo.

Puedo hablar cordialmente de dificultades y obstáculos. Conversar al respecto y opinar, pero no descubrirlo cuando tengo a la "mina" desnudita frente a mí.

III

X, era una atractiva mujer que, luego de varias sesiones de conversación y cerveza, pude llevar a un hotel. Ella mantenía una actitud distante, como de estar haciéndome un favor. Yo, enredado en mi "amor propio", no supe leer el lenguaje del encuentro.

La evoco desnuda en la cama y a mí, muy activo, metiéndole manos y lengua por todas partes, sin obtener mucha respuesta. Luego, me veo acostado sobre ella entre sus muslos abiertos y de pronto, muy animadamente comenzó a cantar a dúo con el divo que hacía su trabajo desde el aparato de fondo musical; incluso, llevaba el ritmo golpeando con las palmas sobre el colchón. Yo no podía creer que "eso" me estaba sucediendo.

La crisis de impotencia me duró más de dos semanas.

Con X-1, el escarceo previo fue rápido y su disposición a compartir la cama provino del haberle planteado, sin tapujos, mi intención talámica. Sin problemas de desnudez ni caricias, la situación siguió su curso hasta unos dos minutos después de la penetración cuando, abruptamente, la mujer se me convierte en una muñeca de

trapo refrigerada. Inmediatamente sentí el cambio y con suavidad, procedí a pedir explicaciones.

Luego de un psiquiátrico forcejeo, pude conocer que la "niña" había sido violada a los quince años (ella tenía 22) y aunque deseaba compartir, no podía continuar. Esto le había ocurrido en varias oportunidades. Para colmo, al seguir conversando me confesó estar aún enamorada de su violador (?). Además, siempre que estaba con alguien, lo recordaba y lo deseaba más.

—Siempre aparece en mi pensamiento cuando estoy en la cama con cualquier hombre. Él no deja que esté con otro —me dijo, resignada.

En cuanto a X-2, fue una variante del síndrome de la muñeca fría. No respondió mucho ante las caricias, pero continué y unos minutos después de penetrarla, en pleno "maraqueo", de improviso sentí el movimiento de su cuerpo. Un movimiento oscilante que la desplazaba hacia la cabecera de la cama. "Coño, ya se está calentando", pensé emocionado. Detuvo la maniobra, alargó su brazo hacia la mesa de noche, tomó su teléfono celular y apretó un botón.

—¿Qué pasa? —increpé.

—Nada, sólo quiero ver si tengo mensajes.

—El coño de tu madre, chica, ¡no joda! ¡Vístete! —saliéndome del alma estas palabras.

Actualmente me río al narrarlo, pero en su momento, me causó una gran arrechera.

El caso de X-3 es conmovedor. Una mujer muy joven, atractiva y bien dispuesta, pero que al estar entre la raíz de sus muslos, no lo pude soportar.

Yo soy un cultor de los olores; a veces hasta disfruto muy sensualmente la comida, oliéndola antes de saborearla. Particularmente, siento que el olor de los genitales femeninos, bien aseados, es parecido al aroma del melón maduro, excepto la mujer negra, hermosas negras, cuyos genitales nos brindan la fragancia de corteza de árbol, un verdadero y seductor almizcle. Hay olores particulares cuya existencia nos sacude y destruye la magia del momento. Un olor a pan viejo y mojado habla a favor de Candidiasis genital (enfermedad micótica caracterizada por picazón, enrojecimiento local y flujo con aspecto de leche cortada). En ocasiones, la Tricomoniasis determina un olor genital similar al atún, pero no descompuesto. El

olor a sardina podrida nos hace pensar en una bacteria llamada Gardenella (flujo de aspecto amarillento, opaco, espumoso y ese olor terrible a pescado en descomposición). ¿La Gonorrea? Puede no oler. La mayoría de las mujeres portadoras son asintomáticas. En caso de tener síntomas, encontramos un flujo genital de aspecto amarillo brillante y fétido.

En fin, X-3 tenía su Gardenella y el íntimo cuarto de hotel se convirtió en consultorio. Bueno, por lo menos no perdió el tiempo, pues salió con consejos higiénicos, una referencia al ginecólogo y una gran vergüenza.

En el caso de X-4, sufrí una amnesia generada por "mala cama". Sé que la padecí porque, en un encuentro con ella, me habló de sitios y situaciones íntimas pasadas que no podía conocer a menos que fuera actuante directa. Su asombro, ante la borra de datos por mi parte, lo explicó por su supuesta inexperiencia durante los encuentros ocurridos unos tres años antes.

Caí de nuevo por inocente. La nueva etapa demostró la razón del olvido: seguía tan "inexperta" como antes. Lo escribo para poder acordarme en tres años más.

El recuerdo de X-5 se une con otras varias X, quienes me demostraron la increíble paradoja de la desnudez.

Hay mujeres que estando vestidas, hablan profusamente, critican los tabúes, proponen y hasta propician acercamientos íntimos. No obstante, al quitarse la ropa se encierran de tal manera que son impermeables a cualquier intento de comunión y/o entrega. Están desnudas, pero no lo están.

Respecto a X-6, hubo un orgasmo digno de película porno, y tan falso como esos. Fingir un orgasmo requiere el conocimiento del conjunto de reacciones físico-emocionales que se presentan en un "paquete" repentino. No es sólo respiración ruidosa y gemidos, debe existir la respuesta neurovegetativa (involuntaria) como la piloerección y la erección extrema de los pezones, las fasciculaciones y el temblor fino del cuerpo. De paso, algunas simuladoras complementan su actuación con ciertos comentarios adulantes: "Tú eres el primero que lo logra", y lo más triste, es que existen güevones que se lo creen.

Otras, se levantan inmediatamente, se lavan (el semen las asquea) y orinan con un potente chorro bien audible. Por lo general, después

de un buen orgasmo la mujer no puede orinar inmediatamente de esa forma, es como si no recordara cómo iniciar la micción.

IV

Hay tanta gente X regada por las calles, que siempre tenemos la posibilidad de toparlas. Sin embargo, sin ánimo de ser peyorativo, son un mal necesario en bien de la experiencia y el entrenamiento. Una vez identificadas las señales, lo mejor es evitar circunstancias traumáticas. La cuestión básica, en el acercamiento sexual, es la actitud segura y la disposición de compartir fuera de ideas preconcebidas.

Quizás el peor rasgo de algunas mujeres sea el conflicto de decir "no" cuando quieren decir "sí", y viceversa. El encuentro pasional amerita una tajante claridad entre lo que se quiere y lo que no se quiere.

Por otra parte, hay una gran cantidad de X masculinos. Los "caza trofeos"; aquellos que van al sexo buscando un simple alivio de tensiones, individuos que tienen como patrón de búsqueda un afiche publicitario y, sobre todo, quienes esconden su inseguridad tras una pantalla de machismo y violencia. Todos estos especímenes, conforman la jungla de los X masculinos.

El sexo es, básicamente, una experiencia mental y espiritual canalizada por la vía genital. Si no hay comunión, la soledad que implica su realización lo convierte en un acto masturbatorio de cada uno de los participantes. Esto cuesta aprenderlo. Todos los hombres X se pierden la posibilidad de conocerse a sí mismos, a través de una mujer, llegando a ese punto interno donde reside la energía.

Este enfoque ya se encuentra en los ritos paganos precristianos, donde existía la figura de la cortesana sagrada (hieródula). Sólo "de su mano", un hombre tenía la posibilidad de conocerse a sí mismo y a los dioses. Incluso, el hombre designado para rey debía cumplir el rito del matrimonio sagrado. Una sacerdotisa era el puente para alcanzar el poder.

Posteriormente la Iglesia (no los preceptos de Cristo), con su planteamiento sospechosamente machista, se encargó de anatematizar a la mujer en general. Recordemos que la Inquisición eliminó físicamente a más de cinco millones de mujeres. Y déjenme decirles además, que la Inquisición no desapareció; simplemente fue modernizada.

Adiós, Alicia

Dedicado a las verdaderas putas,
una especie en peligro de extinción.

El oficio más antiguo es uno de los grandes perdedores, en cuanto a función calificada y prestigio, en la historia de la humanidad. La misma palabra que lo designa y es hipócritamente aceptada, prostitución, encierra una frialdad implícita que la hace excluyente de hecho. Por ventura, el ingenio popular ha creado una amplia sinonimia digna de su importancia real; además de puta, la palabra más musical, tenemos: meretriz, nochera, cortesana, ninfa, guaricha, grela, zorra, hetaira, zorrona, buscona, pelandusca, tusona, gamberra, rodona, rabiza, perra, germana, churriana, cantonera, hetera, tía, calientacamas, mujerzuela, pupila, mozona, horizontal, culminando con hieródula, que designa a una puta sagrada o de templo.

En mi caso particular, debido a ciertas circunstancias de la niñez, siempre he mantenido una posición de respeto y admiración hacia ellas. Luego, el devenir del tiempo reforzó este nexo, ya que me han dicho tantas veces que soy un hijo 'e puta, que he llegado a creerlo y aceptarlo. Entonces, si mi madre era una puta, ¿cómo no quererlas y respetarlas?

II

Los ciudadanos antiguos parece que conocían muy bien la importancia del equilibrio entre sexualidad, conducta humana individual y sociedad. Lo demostraron al darle presencia, oportunidad y responsabilidades a quienes podían enfrentar, manejar y encauzar los inquietos desvaríos de los integrantes masculinos de esas comunidades. Incluso, el oficio podía adquirir un enfoque o matiz místico-religioso, como es el caso de las cortesanas sagradas o hieródulas, seres encargados, a través de la unión carnal ritual, de ofrecer al hombre la posibilidad de "conocerse a sí mismo y a los dioses".

La cultura oriental también ofrece figuras representativas. Así, encontramos a las damas de la casa del té, en la China y a las geishas, en el Japón. Estas últimas, excelsas profesionales con una preparación exigente y rigurosa. Similar a la impartida para cualquier disciplina en las mejores universidades.

Es evidente que un ser humano, cuya dinámica emocional esté en armonía con los instintos y las hormonas, tiene un panorama interno objetivo que lo hace crítico, creativo y celoso de sus responsabilidades vitales hacia sí mismo y hacia lo colectivo. Un ser que reconoce y respeta el misterio de la energía universal y sus leyes naturales, más allá de conceptos manipulados y de interpretación sesgada, como el pecado y el complejo de culpa, estandartes de doctrinas sectarias.

Es obvio que un individuo sin asidero en su mundo interno y divorciado de una visión concreta del universo, puede ser capaz de abrazar con desespero, cual náufrago, ideas forjadas fuera de toda lógica para explicar su existencia. Conceptos que, contrarios a la palabra de sus líderes creadores, se convirtieron en una opción política de dominio y poder, con una visión más mezquina que comunitaria.

En esta situación, se inserta el "pensamiento" judeo-cristiano, el cual construyó un verdadero cerco de espinas en torno a la figura emblemática de Magdalena.

Magdalena, colosal representante histórico del poder femenino, fue convertida en la santa patrona de las putas, con una clara intención peyorativa. Es tan patente la tendencia antifeminista que, a cambio de Magdalena, se ofreció un arquetipo representado por Eva y la "virgen" María. La primera, un sub-ser salido del macho y sin capacidad de razonar. Culpable, por su inclinación demoníaca

hacia lo fálico y el placer, del castigo cristiano contra todas las mujeres: sangrar todos los meses y parir con dolor. Un modelo con el evidente mensaje de ser rechazado hasta por las propias mujeres. En cuanto a María, constituye un paradigma anodino cuyas virtudes son la debilidad, la cobardía y el llanto fácil. Por lo demás, no dejó alguna frase para recordar o repetir. Es más, colmo de los colmos, fue una mujer que ¡ni siquiera! se enteró en qué momento la preñaron, reforzando el planteamiento de que el sexo fue creado solamente para perpetuar la especie.

No es de extrañar que nuestros indígenas precolombinos, sobrevivientes de la invasión europea, jamás pudieron comprender cómo era posible adorar un símbolo, la cruz, representante del dolor, el sufrimiento y la culpa, en lugar de sus espléndidos y hermosos dioses, resumidores de la energía de la Madre Naturaleza.

"La religión es el opio de los pueblos", dijo alguien.

III

Estoy convencido de haber expuesto mis reflexiones, acerca de las putas, con un tono romántico, pero en realidad, las meretrices actuales han sucumbido al peso de las motivaciones y esquemas del fenómeno socioeconómico del mercadeo. Su papel ha sido absolutamente tergiversado por la propaganda, la cual transformó su rol estabilizador del metabolismo de la comunidad en una fría transacción de dinero por eyaculación. Lo más triste es que hay una base falsa en esta premisa, pues la pretendida "eyaculación liberadora", no va a recuperar el desequilibrio emocional provocado por hormonas y estrés. Por el contrario, se agudiza la condición de soledad de un individuo que, más que semen, quiere "vomitar" sus frustraciones. Además de querer sentir que está "manejando" su libertad.

El fenómeno es alarmante. Por lo menos en Venezuela, con honrosas excepciones que sólo confirman la regla, las hetairas se han convertido en meras "saca leche". Podría suponerse que la manifestación es propia del mundo de las "putas baratas", quienes, por su mayor necesidad económica, podrían verse obligadas a "correr" tras el dinero. Pero no; he comprobado que se ha generado una tendencia uniforme en los diversos estratos, donde la única motivación es lo pecuniario. Como muestra, basta usar el servicio de clasificados referente al tema.

Otro punto importante es que alrededor del tema se ha tejido una condición de prohibido y de "actividad a propio riesgo", situación aprovechada por los chulos y los dueños de hoteles "de comida rápida", para abusar del producto y de los usuarios.

Parte del problema proviene de la ausencia total de mecanismos de control laboral. Al respecto, los hombres deberíamos tener la posibilidad de elevar quejas y reclamos ante un SUP (Sindicato Único de Putas); una CERP (Comisión Ética Regional de Putas) o simplemente, una sección del INDECU (Protección al Consumidor) relacionado con putas y afines.

Actualmente, es prácticamente imposible plantear reclamos ante alguna de estas "empresarias" o sus representantes.

Hay tanto para hablar del tema que es difícil esquematizarlo. No obstante, he reflexionado y se me ocurren varias preguntas: ¿por qué algunas putas usan ese ropaje tan exiguo y escandaloso? A veces he tenido la intención de invitar a almorzar a alguna de ellas, pero en realidad, no me siento cómodo llevando del brazo a una dama con ese atuendo.

¿Por qué tantas putas mantienen una actitud de resentimiento hacia los hombres? Ellas deberían aprender a individualizar a quienes vamos a su lado, con respeto y admiración, con el único propósito de "conocer a los dioses".

¿Por qué degeneran en su conducta femenina? Es un hecho comprobado que desarrollar una actividad no completamente grata va a redundar, tarde o temprano, en un rechazo a los elementos de dicha actividad.

En circunstancias diversas, he conocido mujeres que me han confesado su condición de putas activas. En el devenir de esas relaciones ellas me han demostrado, de una forma u otra, que su condición de putas prela sobre su feminidad.

Me viene a la memoria el caso de Jacky, con quien, luego de ayudarla en un percance hospitalario y por iniciativa suya, tuve varios encuentros. Incluso le di dinero, sin intención sexual inmediata, pretendiendo ganar su confianza y conocer detalles de su trabajo. Posteriormente, ella me invitaría al *club* nocturno donde laboraba y me asombró que, si bien normalmente usaba una ropa muy sugestiva, llegó a advertirme que en dicho sitio su indumentaria era "un poco atrevida".

Una noche la llevé a mi apartamento. Mi trato fue muy tierno y amigable. Cociné para ella (cosa que la sorprendió, pues nunca un hombre le había cocinado) e intenté crear un espacio de comunicación sin alusiones sexuales.

Posteriormente, a instancia suya, fuimos a la cama. Cinco minutos después de abrazarnos desnudos, le comenzó un dolor abdominal. Habló algo de ovarios… o de varios, dejando una velada promesa de "ardiente sexo" para un más tarde. Me dormí ligeramente y desperté, una hora después, pidiendo mi "más tarde". Para mi sorpresa, encontré a mi compañera de cama forrada con un "mono" impenetrable.

En la madrugada le espeté:

—Mira niña: una puta que se precie de puta, cuando duerme con un hombre, no se pone ni siquiera pantaleta. ¡Qué bolas! —increpé exasperado, durmiéndome hasta la mañana.

A esto me refiero cuando hablo de degeneración conductual. El enfrentamiento inadecuado con el sexo termina por "secar y matar" el apetito de la libido normal que, dicho sea de paso, no es incompatible con una puta.

En este momento, no puedo dejar de hablar de una actividad emergente, variante afín a la prostitución, que realizan un grupo de niñas (entre catorce y diecisiete años) dedicadas a ofrecer felación a la vera de algunas arterias viales del interior del país. Son inconfundibles, paradas bajo el sol, casi desnudas algunas y en ocasiones, con un alusivo pulgar en la boca, ofreciendo cumplir su servicio en un trayecto de tres a cinco kilómetros. "Chupeteras", "Chupi chupi" y la última designación que escuché: "Limpia bornes".

Mi infaltable curiosidad me llevó un mediodía a detenerme en la zona. De inmediato una negra flaca se acercó y me abordó, apoyándose en la ventana del lado derecho del carro.

—Hola, negra —y agregué—: ¿qué ofreces?

Cerrando los ojos con coquetería, arqueando las cejas y ladeando alternativamente la cabeza de un lado a otro, expresó:

—Yo hago el sexo oral y…

Allí la interrumpí.

—¡No joda, negra!, tú lo que haces es mamá güevo —agregando—: ¿Cuánto me cobras por dame culo?

Abruptamente se separó del carro y ofendida, me gritó:

—¡El coño 'e tu madre! ¿Tú me quieres jodé? —alejándose hacia su lugar de exhibición.

Yo había sabido, a propósito de haber atendido a la madre de una de ellas, que eran niñas drogadictas manejadas por alguna mafia local.

Más allá de cualquier consideración moral, la actividad de este grupo constituye una verdadera amenaza a la salud pública. Quizás en el futuro, aparezca una patología genital masculina propia de camioneros, autobuseros y otros usuarios de la autopista.

En todo el panorama planteado, es obvia la falta de información y preparación, por lo que he llegado a pensar seriamente en solicitar la creación de algún tipo de institución educativa (primero, técnica y luego, en un futuro posible, universitaria) que prepare y forme a las putas que el país necesita.

¿Seré un soñador?

IV

Nadie es profeta en su tierra; quizás por eso puedo decir que conocí a la puta de mis sueños en Argentina. Tuve la oportunidad de ir a Buenos Aires, un lejano septiembre, durante un fin de semana.

Llegando en taxi a la ciudad desde el aeropuerto, quedé deslumbrado con las fachadas del casco central. Un pedazo de París en el Sur. Imaginé la actividad acelerada que requeriría para visitar tantos lugares atractivos. Era un turista y hasta la tarde del domingo, pensaba ejercer mi condición de tal.

Llegué a las cuatro de la tarde, procediendo a contactar telefónicamente al amigo en cuya casa pernoctaría. Mientras lo esperaba en un concurrido café del centro, vi entrar a una dama. Era evidente su elegancia; llevaba un atuendo lo suficientemente explícito como para adivinar sus relieves anatómicos. No eran espectaculares en realidad, más bien, agradables.

Se sentó en una mesa ubicada en un ángulo del salón, de manera que nada podía suceder a sus espaldas. Con serena seriedad, su mirada se movió en abanico evaluando a todos los presentes. Pidió un té y comenzó a leer, aparentando indiferencia ante el entorno. Centré mi interés en el personaje, comentándolo al mesonero, quien, luego de una mirada rápida al rincón, respondió con soltura y cierta picardía:

—Ah, ¿esa mina?, es una grela; ellas laboran así. El interesado las busca y punto.

Unos cinco minutos después de su llegada, lanzó una ojeada al reloj y reanudó la lectura. A la segunda comprobación de su muñeca, supuse que la partida estaba cerca y en vista de que mi amigo no llegaba, decidí acercarme.

—Buenas noches, ¿me puedo sentar?

No hubo expresión exagerada en su rostro, ni fingidos asombros. Me ofreció un esbozo de sonrisa y una inclinación de cabeza al responder:

—Claro, para eso estoy aquí.

Ya al sentarme frente a ella, su mirada limpia me hizo sentir como el centro de todo su interés.

—Aunque no sea tu verdadero nombre, quiero saber cómo llamarte.

—Tamara —respondió con una cálida sonrisa.

—¿Sabes qué? —acoté—, en los mundos paralelos de la magia, los seres reservan su verdadero nombre para los amigos comprobados.

—Sí, he leído sobre eso —agregando—: y me parece muy justo.

Pensó unos segundos para continuar con su suave voz.

—El nombre verdadero revela cómo sos y si cualquiera lo conoce, podés perder la primera defensa ante un ataque sorpresivo.

"Habla de mundos internos", pensé con regocijo.

—Mira —planteé—: acabo de llegar a Buenos Aires y espero a un amigo, quien me va a enseñar la ciudad —inspiré profundo y me acomodé en la silla para continuar—. No pretendo ser brusco, pero me gustaría conocer la tarifa por tu compañía y saber si puedo cubrirla.

Me dijo una cifra en dólares y acotó:

—Menos de eso, nada. Si querés y podés más, lo acepto con gusto.

—Me parece justo —y mirándola fijamente—. Además, por esa frase que dijiste en referencia a los mundos interiores, me parece que tu compañía es muy valiosa.

Se inclinó hacia mí y su mano acarició suavemente mi antebrazo, colocado sobre la mesa. Comprendí la sutileza del gesto; tendía un puente de contacto esbozando el juego y el tejido donde podía

enredarme. Un ligero estremecimiento de mi cuerpo distendió su sonrisa y generó una mueca cómplice, muy femenina.

Le expuse mi situación, ya que el domingo abordaría un avión vespertino hacia Lima y "espero a un amigo chileno, para visitar rápidamente lo mejor de la ciudad".

—Yo puedo enseñarte varios sitios especiales —y haciendo un contacto más intenso con su mano, agregó—: Por lo demás, en dos días vos no vas a hacer mucho.

—¡Antonio! —escuché la voz de mi amigo, quien me había reconocido y se acercaba a la mesa.

Me levanté, nos abrazamos e interrogó:

—¿Tú no venías solo? ¿Quién es ella?

—La conocí aquí, en el café.

—¿Aquí? —y, viéndola por encima de mi hombro, indagó con un susurro— ¿una puta?

—Y creo que me voy con ella —terminé la frase.

Mirándola de nuevo, afirmó:

—Pero si es una puta 'tais loco.

—Aún así me voy con ella —agarrándolo por ambos hombros y en tono conciliador—. Perdona, te llamo cuando me desocupe.

Un apretón de manos y le di la espalda, evitando discutir el asunto. Al llegar a la mesa, tomé ambas manos de Tamara y muy animado le solté:

—Me voy contigo. ¿Cómo negarme a la casualidad que nos ha reunido?

Cerró los ojos, abatió su cabeza hacia atrás y dijo:

—Estaba rogando por que te decidieras por mí. Parecés buen tipo y yo tengo que hacer un buen papel —con gesto aprobatorio— en representación de mi gremio y mi país.

Mientras salíamos del café sorteando las mesas, le escuché decir casi para sí:

—Buen comienzo, muy buen comienzo —y ya en la salida lanzó su risa a la noche que se avecinaba.

V

Caminamos en el crepúsculo de la ciudad y ella no trató de mostrarme lugares, más bien, hurgaba dentro de mí y yo la dejaba hacer. Estábamos en cualquier lugar del planeta. El entorno era un espacio donde volaban y navegaban las palabras, con la única intención de crear un puente. En esa bienvenida a la nocturnidad, sus manos ya conocían mi nuca y espalda. Y ante la pregunta de su teta en mi brazo, respondieron mis dedos en cintura y caderas. En su abrazo, emergía una piel despierta y dispuesta. En su beso no había el amor acostumbrado, pero descubrí en él, a la amiga, a la mujer disfrutando una aventura matizada de casualidad. No pude dejar de pensar, cuando separó sus labios de mi boca después del primer beso, en el cliché de las putas venezolanas al respecto. Y así se lo hice saber.

—Es circunstancial —expresó, con un mohín y encogiéndose de hombros—: Cuando me provoca lo hago.

—Fíjate que es tan ilógica la idea de no besar —no pude dejar de comentarle—, que ellas son capaces de chuparte el pene con un condón colocado y eso sí es realmente asqueroso.

Lanzó una carcajada, deteniéndose en la acera para decir:

—Estoy muy, pero muy de acuerdo contigo —unos segundos después reflexionó—: pero tampoco debés olvidar que muchas de ellas son mujeres maltratadas, inseguras, abrumadas de soledad —pareció ensoñar al continuar su planteamiento—. Quizás esos clichés le dan un sentido de pertenecer a un grupo, a un gremio, algo así como formar parte de algo. Sin ir más lejos —deteniéndose para mirarme—, la religión envuelve a la gente con una idea parecida a esta.

"Sólo una mujer podría atinar con esta evidente verdad", pensé admirado.

Fuimos a cenar.

Me llevó a un pequeño restaurán del centro de Buenos Aires. Allí, el vino cortó mis últimos nexos con la realidad y la pasta tenía un sabor glorioso. Mientras comíamos, ella indagó en los pormenores de mis actividades y de mi vida cotidiana. Su diálogo era alegre y cordial, adornando frecuentemente sus frases con risas y fino humor. Hasta hubo un momento aislado en el cual, mirándome intensamente y muy seria, me dijo:

—Si tenés algún problema en la cama con las mujeres, decilo ahora y podemos conversarlo.

Saliendo un poco de mi ensueño, entendí claramente la intención de Tamara y su deseo de evitar sorpresas, por lo que respondí:

—Creo que no tengo, y contigo, con la forma en que te has metido dentro de mí, mucho menos.

Aparentemente complacida con mi respuesta, tomó un sorbo de vino, se levanto de la mesa y, acercándose, lo vertió lentamente en mi boca a través de un beso.

—El vino es como la sangre; se le da a los amigos —regalándome otro beso, para inundarme de lengua y aviesas intenciones.

Tamara escogió un pequeño hotel en un barrio tranquilo para completar nuestro encuentro. Llamé a mi amigo, quedando en encontrarme con él al día siguiente.

—Putas hay en Venezuela; Buenos Aires es único. Estás perdiendo el tiempo.

—¿Qué puedo hacer?, otro día conoceré tu ciudad —y corté la llamada.

Al llegar a la penumbra de la habitación, Tamara se despojó de su vestido y quedó con una prenda de color morado brillante, grácilmente ajustada a su cuerpo, que le llegaba a la mitad de los muslos. La miré a placer; ella dejó que me recreara visualmente con su figura.

A decir verdad, sus atributos no eran espectaculares. Era una mujer madura, delgada y bien proporcionada, pero el verdadero gancho, para mí, era la mezcla de sonrisas, miradas y el mundo que había desplegado para compartir.

Llegó a mi lado. Mientras me desvestía, mis manos se electrizaban en su piel y en el tacto sedoso de su "segunda" piel. Me emocionó especialmente, descubrir que no llevaba pantaleta. La voz de Tamara flotaba a mi alrededor inventando historias de magia, música y castillos medievales. Continuaba con trozos de la conversación que habíamos tenido durante la cena, pareciendo haber almacenado algunos datos acerca de mis características personales. Me paseó por la habitación, seduciéndome con caricias y relatos. Caricias tan lentas y sutiles, que no puedo precisar si despertaban mi lujuria o más bien, tranquilizaban las angustias de alguna parte de mí. Lo cierto es que estaba cerrando los pasajes y puertas al tiempo real. Adoptó un disfraz de hechicera, abriendo la reja de mis

laberintos, para pasearse y construir una sensación de desamparo y vulnerabilidad.

Por mi parte, no lo impedía. Disfrutaba plenamente de mi entrega a la diosa.

Una vez que me sintió indefenso, apareció la hembra en celo. Quitarle su prenda morada me produjo un nudo en la garganta. Me recreé en su desnudez, con el mismo asombro y excitación de un voyerista. Sentía como si fuera la primera vez que veía a una mujer desnuda. Me enseñó a saborear su piel cálida, a navegar entre sus muslos y a atrapar la cadencia de su cintura crispada. Me uní al ritmo demoníaco del tambor que sonaba en sus caderas cuando intenté traducir el lenguaje primitivo de su pubis misterioso. Cada sitio de su anatomía tenía un doble significado o quizás, un doble nivel de sensación; pues al ir rotándose el dominio del momento, por parte de sus distintos seres internos, todo se multiplicaba y eran varios los personajes que la habitaban.

Por otra parte, cada vez que ella presentía en mis reacciones alguna cercanía del orgasmo, cambiaba la posición, disminuía la intensidad de la caricia y calmaba mi tormenta para reiniciar, casi de inmediato, mi tormento.

Era un verdadero tiempo detenido y en él, no sé cómo encontré o creo haber hallado, algunas respuestas a inquietudes escondidas. Visualicé miedos ocultos detrás de argumentos falsos. Tomó delicadamente de la mano al niño que me habita, mostrándole algunos de sus rencores y frustraciones. Me hizo llorar sobre su ombligo, mientras exorcizaba algunos demonios que siempre me ha costado mantener a raya. Reí entre sus tetas y celebró una bienvenida al fauno de mis historias, domando con gracia y sabiduría sus embestidas. Estaba llena de recursos naturales en su geografía palpitante.

Y el amanecer nos sorprendió bañando de sueño nuestros sueños.

VI

Al despertar, contemplé la figura de Tamara cubierta de sábanas y recordé un momento de la noche cuando, su cara escondida en la oscuridad y desde algún íntimo lugar, comenzó a decir:

—Me gusta mucho estar con alguien que me gusta, porque no siempre es así ¿sabés? Cuando no puedo escoger al acompañante, me desnudo y me acuesto boca arriba en la cama, mirando el techo.

Y allí busco algún punto limpio, pequeñito y limpio y allí me refugio, me escondo hasta que todo termina.

Agregando luego de un denso silencio que, por supuesto, respeté:

—¿Y me podrás creer? No se dan cuenta que yo no estaba en mi cuerpo. ¿Me podrás creer?

Un abrazo de amigo, cobijado en el espacio sin palabras que ella había tendido, le respondió desde mi piel tibia.

A media tarde de ese segundo día, "desayunamos" en un sitio cercano. Llamé a mi amigo para despedirme, compramos vino, pagué un día más de hotel y nos encerramos de nuevo.

Hay tanto que buscar dentro de uno mismo.

Hay tanto que mirar en los laberintos de otros.

Hay tanto para saborear en los mundos de lo humano.

Hay tanta dimensión para explorar en el espacio que separa un abrazo, entre hombre y mujer... verdaderamente desnudos.

La siguiente noche encontré a una nueva Tamara. Se dejó seducir, pero obligándome a emplear lo mejor de mí. Casi sin notarlo, había aprendido aspectos personales de ella que usados correctamente, obtenían resultados en sus reacciones y su entrega. Me había mostrado una llave. Me hizo sentir como señor del universo, manejando "a mi antojo" la opción de poder y ella fue esclava.

Todo yo me sentía erecto. Toda ella, me recibía. Me proyecté a las galaxias y uní mi energía a la Gran Madre. Fui una totalidad.

¿Qué más puedo decir?

Hay niveles internos que determinan o producen sensaciones sencillamente indescriptibles y su traducción, al lenguaje conocido, es la felicidad. Por esa razón, la felicidad es instantánea e inconsciente. No se anota ni se compara, sólo se vive.

Al final, la mayor verdad que sedimentó en mí fue comprobar, hasta en mis células, una frase que leí en un libro del maestro Fernando Rísquez: "El hombre puede llegar a comprender, pero la mujer sabe". Pareciera que la mujer porta molecularmente el don de la memoria colectiva. Además, si bien es innegable que el hombre posee una gran capacidad para matar y destruir (vocación de violencia), también es cierto que la mujer es dueña de una envidiable capacidad de supervivencia.

¿Cuál de estos rasgos será superior para la especie?

VII

Al despertar en el nuevo día, ya estaba cerca mi partida. Busqué en mis pertenencias, sacando todo el dinero que guardaba, quizás el doble de lo estipulado por Tamara.

Ella estaba al lado de la cama vistiéndose, cuando me arrodillé en el desorden de sábanas. Como una ofrenda, coloqué todo mi dinero ante su figura.

—Es todo lo que tengo, junto con la admiración hacia ti, como mujer.

Su sonrisa fue un buen premio, pero el abrazo y su beso fueron mejor. Y salimos a la mañana de la ciudad. No exagero al decir que era otra persona quien iba del brazo de Tamara.

En el taxi, la hice reír con un comentario acerca de nosotros:

—Agradezco tanto, pero tanto, que estés lejos de mi vida cotidiana —tomándole una mano—, pues para mí sería muy fácil hacerme adicto a tu compañía.

Me gané un nuevo beso.

Ya en el aeropuerto, después de un tibio abrazo de despedida y mientras caminaba hacia la entrada, escuché un grito de Tamara.

—¡Antonio! —al mirar de nuevo hacia ella, con una sonrisa universal, gritó—: Alicia, mi nombre es Alicia.

No podía creerlo. El último regalo, la última sorpresa. Varias lágrimas serenas aparecieron para despedir a Alicia.

"¡Adiós, Alicia!", contestaron a coro mis demonios particulares.

Madrugada inmunodeprimida

No es posible hablar de la consecuencia pasional del amor sin comentar acerca del SIDA (Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida). Este "regalo" de fin de siglo, que logró envenenar la flecha de Cupido, ha tenido funestas consecuencias sociales y epidemiológicas a nivel mundial; sin embargo, es en ciertos grupos de población donde el impacto ha sido devastador. Aunque, ¡alegrémonos!, no todo ha sido negativo, pues hemos observado un sostenido desarrollo productivo, con multimillonarias ganancias, en la industria del condón.

Por allá en el 1984, siendo ya médico especialista y encontrándose en una sala de emergencias, Antonio se enfrentó por primera vez a un caso de SIDA. "Coño, el cáncer gay. ¡Cuidado!", fue lo primero que pensó, colocando una barrera, hasta emocional, ante un ser humano que sufría. Es notable, viéndolo en retrospectiva, cómo un posible enfoque científico y humanitario pudo ser dominado por la tendencia sesgada de la información que se hizo correr en aquellos tiempos. Sencillamente, pensó lo que habían planeado que pensara quienes habían "aliñado" la información. Su esquema lógico-científico fue suplantado por una "media verdad" fabricada.

Reaccionó como un ciudadano común bombardeado por una noticia previamente "masticada".

La opinión pública desconoce los contenidos reales y argumentos que no sean los que presentan las versiones oficiales. Ella, sólo recibe la información que avala el terror hacia el VIH (Virus de Inmunodeficiencia Humana).

Pasado el tiempo, siguiendo el principio de "leer lo que no dice la oferta", descubrí varias vertientes interesantemente sospechosas que despertaron mi suspicacia.

El SIDA debutó en grande y sin titubeos. Una enfermedad con características propias para un huésped desprevenido. En aquel momento, se habló de un virus mutante, de un patógeno que había despertado. Una suerte de dinosaurio molecular proveniente, quizás, de la lejana África. Un blablabla no muy convincente de su existencia previa. Los primeros casos reportados se comportaron como huéspedes vírgenes ante un virus nuevo, la historia posterior afianzaría este planteamiento.

Apareció, se estableció y mató al igual que aquellas infecciones, verdaderas epidemias, que diezmaron a los aborígenes americanos durante la invasión europea y la colonización posterior. No estábamos preparados inmunológicamente contra los gérmenes nuevos.

Otro punto notorio es que, no obstante conocerse el agente causal y estar ante una enfermedad de características clínicas definidas, siga denominándose como "síndrome". Un síndrome es un conjunto de signos y síntomas común a varias enfermedades. Una vez identificado el agente causal, deja de ser un síndrome. Por ejemplo, un síndrome febril prolongado puede ser común a: Tuberculosis, Fiebre Tifoidea, Mononucleosis infecciosa, etc., etc. Cuando se aísla el agente causal, se designa el caso clínico con el nombre de la causa etiológica.

Al respecto, siento que hay una negativa a enfrentar la responsabilidad de los hechos. Cualquier médico, clínico o investigador, desde que es estudiante y entra en contacto con la historia de la Medicina, comienza a soñar con ver su nombre asociado a alguna enfermedad en la cual haya destacado su actuación, sea en su descubrimiento o en el tratamiento de la misma. El SIDA, asombrosamente, es una gran huérfana. Nadie quiere adoptarla.

Pido excusas, de antemano, por el símil, pero la situación me hace pensar en una reunión, a puerta cerrada, de varias personas donde de improviso, emana un olor fecaloide y nadie fue.

Es tan competitiva la tendencia a la creación de epónimos que, en la historia médica moderna, no son pocos los casos de investigadores latinoamericanos informando un hecho científico original en alguna revista médica "local". Un año después, el fenómeno es reportado y publicado en una revista "prestigiosa" (por supuesto, de un país desarrollado) y para la posteridad, el fenómeno (sea signo clínico, técnica quirúrgica o método terapéutico) recibe el epónimo del investigador angloparlante.

En eso reside mi extrañeza. ¿Por qué nadie quiere ser el padre del SIDA?

Por otra parte, tanto dinero gastado por la ONU (Organización de las Naciones Unidas) y la morfología molecular del virus reportada ha sido puesta en duda por algunos. En Norteamérica, las pruebas de ADN (Ácido Desoxiribonucleico) se hacen hasta para identificar a un perro perdido. Quizás la combinación molecular del ADN sea antinatural, lo que implicaría seriamente a la ingeniería genética, tan en boga, en su creación.

Otra cosa, el SIDA no aparece reportado como tal en la mayoría de los libros de Medicina anteriores a 1985.

Los datos previos son, si se quiere, producto de una elucubración reflexiva que hasta podría ser catalogada de paranoica. Sin embargo, las acotaciones siguientes provienen de la aplastante realidad de dos décadas de historia del SIDA, son autoconfirmantes.

La población más afectada y golpeada: África, donde la enfermedad ha reducido, en forma alarmante, los índices de expectativa de vida de algunas naciones de ese continente.

Leerlo no revela la magnitud de este hecho. Estamos hablando de "índice de expectativa de vida". Se calcula que en Botswana (sur de África) para el 2010, este índice bajará de 66 a 33 años (!). La pobreza y el VIH pueden crear un círculo vicioso. El 95% del total de los casos de SIDA, se encuentran en el Hemisferio Sur. La enfermedad está contribuyendo a la emergencia de cambios rápidos en los valores culturales y en los vínculos sociales de la población afectada. Una consecuencia lógica.

Sería muy interesante estudiar la historia político-social reciente de esos países y conocer la trayectoria de sus luchas políticas y sus logros. África no tiene permiso para desarrollarse como región autónoma e independiente. Hay otros planes para ella. Me parece escuchar los "argumentos" de los cónclaves del poder: "¿Cómo es posible que Dios haya creado un lugar tan rico para poblarlo con gente tan pobre e inculta? Y para colmo, negros; si esa población crece, va a malgastar todos los recursos. ¡Hay que hacer algo!".

Y lo hicieron, estoy convencido de que lo hicieron.

Según la ONU, las mujeres son biológica, social y económicamente más vulnerables al virus. En los últimos años, el número de casos de mujeres infectadas ha crecido. En África, más de las tres cuartas partes de los jóvenes con SIDA son mujeres.

¿Por qué la propaganda de los países desarrollados muestra a los homosexuales blancos como los más afectados? Recuerdo la versión hollywoodense del problema, exhibiendo a un blanco de clase media alta y homosexual, un "pobre blanquito", enfrentado a su desgraciado destino. Un negro, sano, lo acompaña; se hace solidario con el "mariquito enfermo" y lo defiende en el logro de sus derechos. Lo defiende porque, aunque negro, es abogado y en ese país todos tienen "iguales" oportunidades para destacarse. Además de insinuar la presencia de un negro sano, no muestran ninguna mujer enferma. ¿Cuál intención llevó al cine gringo (importante vector como modificador de conductas colectivas) para resaltar el SIDA en el grupo menos afectado y de paso, reforzar la tesis inicial?

Otros datos: a medida que la epidemia del SIDA se consolida con mayor firmeza, el número de mujeres infectadas es más y más grande (lo dice la ONU). Las mujeres hispanas y afroamericanas, que representan menos de la cuarta parte de las mujeres de Norteamérica, acaparan el 80% de los casos reportados en esa nación para fin de siglo (lo dice la ONU). En tan solo veinte años, el SIDA se ha constituido en la cuarta causa de muerte a nivel mundial, pero, en algunos países africanos, es la primera causa de muerte en la actualidad (lo dice la ONU).

Si bien los primeros casos, aunque no completamente documentados, parecen haber aparecido en África a mediados de los setenta, la historia del SIDA se inicia en Norteamérica con la detección, entre octubre de 1980 y mayo de 1981, de un "cáncer raro"

en cinco homosexuales de Los Ángeles. La publicación de junio del 81, fue seguida, un mes más tarde, por el reporte de cuarenta y un casos en Nueva York, todos homosexuales. De esta manera el gobierno gringo, en su "desmedida" libertad de prensa y expresión, dejó que la noticia recorriera el mundo creando una sólida matriz de que ellos eran las víctimas y primeros afectados de esta "rara" enfermedad gay. ¿Por qué este globo de distracción y dispersión?

II

La avalancha de datos hace que mi "paranoia latinoamericana subdesarrollada" me traiga a la memoria la tristemente recordada inquisición de la Iglesia Católica, allá en al siglo XII. Movimiento religioso que se transformó en un genocidio con marcada alevosía antifeminista y anticultural (recordemos que la Inquisición continuó el plan político de las Cruzadas del siglo XI).

La mayor perdedora en este "ajedrez" político fue la mujer como género: cinco millones de mujeres asesinadas.

¿La conclusión? Deduzco que el SIDA es producido por un virus creado por la ingeniería genética en ciertos modernos, desconocidos y bien pagados laboratorios. ¿Se "escapó" desde algún experimento? ¿Un error? ¡No lo creo! Me inclino más a pensar, ante todo el despliegue publicitario y el manejo tendencioso de la información, que el virus fue lanzado al mundo con retorcidas y precisas intenciones. Intenciones económicas y/o políticas de un imperio manejado por locos fascistas. Es una bomba atómica genética, de daños colaterales imprecisos, con menos responsabilidad ante la opinión pública mundial que el caso Hiroshima.

Por último, el manejo mediático tan tendencioso que se le ha dado al problema me induce a creer en la intencionalidad de algún cónclave fascista-religioso de mucho poder (Thomas Malthus se hubiera sentido orgullosísimo de ellos).

El SIDA es la Inquisición del siglo XX. Y es muy posible que en el futuro, aparezcan nuevas pandemias por virus "resucitados".

Bertha

El juego sexual no es una pauta obligada con horario; es una condición meramente situacional y circunstancial, donde construcción y límites son improvisados por los participantes. Este enfoque permite aceptar las infinitas posibilidades de interacción, otorgando un rol fundamental al elemento creativo.

Es gratificante cuando se logra, por ejemplo, inventar y compartir un código, una forma de comunicación particular que alimenta una situación específica y que probablemente, sólo es aplicable a ella.

Disfrutando una noche de la soledad y el silencio a través de mi ventana, noté que había luz en una habitación de la casa más cercana a la mía. El lugar iluminado se ubicaba un poco por debajo de mi punto de observación. Después de unos meses desocupada, alguien se había mudado a la casa contigua. De nuevo existía luz suficiente para precisar los muebles propios de un dormitorio, aunque la cama no era visible.

Una figura femenina se desplazaba, de un lado a otro, sin permitirme definir los rasgos físicos, sin embargo, me trajo algunos recuerdos voyeristas y los dejé desfilar por mi imaginación.

Ver a una mujer desvistiéndose sin que ella lo sepa, siempre ha sido fascinante para mí. Sobre todo si la dama, mientras se desnuda,

demuestra su sensualidad jugando un poco con sus relieves anatómicos, agregando erotismo a su privacidad. He visto, por ejemplo, a una mujer acariciar sus tetas o deslizar la mano lentamente por su cintura, caderas y muslos al tiempo que contempla su imagen en un espejo. Si hay mucha suerte, podemos observarla introduciendo un dedo en su vulva para luego acercarlo a la nariz. Si arruga toda la cara, sabremos que la jornada fue calurosa y no se ha bañado en todo el día, pero si se sonríe e inspira profundamente, es posible que un olor a semen la cubre de buen humor.

II

—Buenos días, vecina —dije y recibí un saludo similar.

Nos encontramos una primera vez, al salir cada uno de su casa, en el momento de dirigirnos al trabajo.

Era una mujer más bien rolliza, de piel clara y cabello rojizo. Bien ataviada con un conjunto oscuro, parecía tener buenas piernas. A su lado se subió una niña de edad escolar. "Casi todas las gordas, con quienes he compartido la cama, son 'calientes'. Lástima que viva tan cerca", pensé.

En los días siguientes se produjeron nuevos encuentros mañaneros. Más allá del convencional saludo, ambos demostramos desinterés en entablar alguna conversación.

Pasaron algunas semanas en el transcurso de las cuales, yo mantenía mi costumbre de dialogar con la noche. Ejercía el privilegio de vivir solo, en un lugar apartado, que me permitía disfrutar de momentos nocturnos acompañado de mí mismo. En una de esas noches se encendió la luz de la habitación de mi vecina y su figura, trajinando de aquí para allá, fue aligerándose de ropas hasta quedar en pantaleta y sostén. Aparentemente se veía en un espejo, pues tomó diferentes poses; parecía evaluar sus ángulos. En ese momento quise hacer notar mi presencia. Procedí a encender y apagar la luz de mi estudio en tres oportunidades, para quedar de nuevo a oscuras. Inmediatamente su ventana se oscureció, pero yo sabía que ella estaba observando. Por esta razón, encendí un cigarrillo y lo mantuve a la altura de mi boca. Hacía notoria y destacaba mi presencia. Quise decirle que yo estaba allí, que era un voyerista con ética. Su persiana bajó velozmente, pero aproveché para enviar mi código:

encender y apagar la luz, tres veces, en rápida secuencia. Lancé mi carnada y estaría pendiente de cualquier haloncito en el sedal.

De nuevo la paciencia, esperar a que la otra persona metabolice la información.

Tres días después ocurrió el primer encuentro posterior a la "presentación" de mi credencial voyerista. Por supuesto que mantuve mi posición de cortesía obligada, por lo que esa noche, ni me acerqué a mi estudio.

En algún siguiente amanecer, al notarla más relajada en su saludo, no pude evitar dejar caer una pista. Al pasar a su lado le dije:

—Hay que estar pendiente de las luces —y arranqué.

Esa noche estaba particularmente atento a su llegada y unos minutos después de encenderse la luz en su habitación, lancé mi código. Noté que algunas celosías de la persiana se separaban, para cerrarse de inmediato cuando encendí mi cigarrillo. La comunicación había funcionado. Ya estaba enganchada, coqueteaba con mi carnada.

La seducción es un juego definitivamente apasionante, pero al no necesitar ningún aditamento externo para funcionar, no entra en la categoría de bien de consumo. De manera que el mercadeo trabajó, con todo éxito, la idea de la conquista inmediata. Se crearon estereotipos caros y clasistas acerca del encuentro amoroso, masificando la idea de una feminidad débil y receptora, obligada a crear una ilusión visual para atrapar al macho. No importa cuánto engaño haya de por medio. Esta situación es tan real que la gran mayoría de las "niñas" publicitariamente atractivas son bastante tontas y no asumen la necesidad de ejercitar sus neuronas. Muchas de ellas, ni siquiera cuando envejecen, atrapan el verdadero sentido vital de la condición humana. A temprana edad quedaron embriagadas con el elíxir de la juventud y la conquista virtual.

III

La mañana de un buen día, recibí una sonrisa de la vecina acompañando el saludo y desde ese instante, intuí que en la noche sucedería algo especial. En efecto, una hora después de su llegada a la casa envié mi código y esperé. Pasados unos minutos, la persiana fue subiendo hasta permitirme una visión clara de la habitación, aunque iluminada tenuemente. Apareció ella y frente al espejo, comenzó a

desvestirse con parsimonia. No me había mirado, pero al quedar en pantaleta y sostén, bruscamente se giró hacía mí y desabrochándose el sujetador, extendió su pecho desafiante para mostrar un hermoso par de provocativas tetas.

La saludé desde mi lugar iluminándome la cara al aspirar el cigarrillo. Frente a mí, la persiana bajaba lentamente, como un telón de teatro.

IV

Las mañanas subsiguientes siguieron la misma pauta de la rutina previa a su exhibición. En ningún momento intenté acercarme; tampoco hice alusión a lo sucedido. Paciencia... la mejor aliada.

Imaginé que en ella podía existir algún trauma que la alejaba del contacto directo, por lo que traté de propiciar que naciera su interés e iniciativa. Mi actitud le mostraría que la esperaba "con los brazos y ojos abiertos". Y fui premiado.

Tres días después, el código apareció en su ventana e inmediatamente le respondí. Me permitió contemplar toda su desnudez, salpicada de lentitud y picardía. Al fin había captado la razón de este juego, nacido desde una circunstancia simple. Pasados unos minutos, ella nos lanzó un beso de despedida, a la noche y a mí, antes de apagar la luz.

En las sesiones siguientes, la vecina fue agregando elementos a su presentación; sus movimientos, al desarrollar la actividad con seguridad y confianza, se fueron adornando de ritmo y cadencia hasta rozar el límite de espectáculo. Coronó su actuación, una noche, al colocar un cómodo asiento adosado a la pared y donde su figura quedaba perfectamente enmarcada en la ventana. Al terminar su danza, bajo la tenue luz, se echó en el *puff* y procedió a masturbarse.

Por mi parte, luego de desnudarme, encendí la luz y manipulé mi erección ante su excitación creciente. Ambos nos unimos en un solo orgasmo que fundiendo las ventanas, culminó en un placentero abrazo de energía y paz.

V

Varías semanas después se me ocurrió preparar una actuación para ella. Contacté a una amiga, Bertha, quien me había confesado que para satisfacer una de sus fantasías, deseaba ser observada mientras jugaba sexualmente con un hombre. Cuando le hablé de mi plan, ella aceptó encantada. Así, la mañana de un buen día le hice saber a la vecina que, para la noche, le tenía preparada una sorpresa:

—Debes estar pendiente de mi ventana —agregué con una sonrisa maliciosa.

En la tarde llegué acompañado a la casa. Durante la cena no dejaba de conversarle a mi "socia" acerca del momento que compartiríamos, logrando en ella una excitación continua que la preparaba muy adecuadamente para el acto.

Aproximadamente a las nueve de la noche, vestida mi amiga sólo con una enagua bastante transparente, le sugerí que se colocara en el marco de la ventana. Procedí a dirigir el rayo de luz de una lámpara a su cuerpo, dibujando el contorno de su figura desnuda. Yo llevaba una bata corta. De pronto, el cuerpo de mi amiga fue sacudido por un estremecimiento al comentar en un susurro:

—Está allí, está allí... la persiana está subiéndose.

Me acerqué y abrazando su espalda, levantamos el telón.

Previamente había colocado un taburete giratorio cerca de la ventana, donde senté a mi actriz. Bertha estaba realmente excitada y demostraba su emoción con muchos gestos y movimientos de cabeza y brazos, mientras yo recorría lentamente su cuerpo, desde el cuello hasta las rodillas, haciendo girar el asiento y mostrando todos los planos de acción. También yo me sentía muy libidinoso, ya que, al susurrarle barbaridades al oído de mi amiga, no podía dejar de pensar en la vecina que nos buceaba y se consumía en su excitación creciente.

Me mostré en muchos planos: entre tetas, entre muslos, entre pliegues, entre... tenido. Al final, luego de varios orgasmos por parte de mi compañera, se me ocurrió apagar la luz e, inmediatamente, lanzar el código. Esperamos durante unos segundos y vimos cómo se iluminó la habitación frente a nosotros. La vecina apareció desnuda. Jugó durante un largo minuto frente a su espejo y echándose en el *puff*, "danzó" sus manos por todo el cuerpo para terminar

masturbándose. En algún momento apareció, como por arte de magia, un consolador de muy buen tamaño que la ayudó a culminar su participación. Acabó con broche de oro.

Faltó poco para que aplaudiéramos y no fue fácil, para mí, controlar a mi amiga. Ella deseaba, sobre todo después de maravillarse con el consolador, ir a la otra casa a "conversar" con la vecina. Bertha estaba muy emocionada y fue difícil convencerla de lo inadecuado de ir allá.

¿Inadecuado? Quizás inadecuado para mí, pues, por alguna razón emocional, yo no quería presenciar ese encuentro.

Al fin, logré frustrar su intento y apagamos la luz.

¿Qué hubiera pasado si la dejo ir?

A la mañana siguiente, la vecina apareció junto a su auto cuando ya partíamos. Saludándonos con una hermosa sonrisa, me pareció leer en sus labios un "gracias a los dos".

¡Definitivamente!, esta historia necesita un final alternativo. No puedo dejar de explorar, por una emocionalidad confundida, la oportunidad que me presenta la casualidad. Así que allá vamos…

…ir a la otra casa a "conversar" con la vecina.

En ningún momento había planeado esta posibilidad, pero lucía bastante interesante. Bertha esgrimió argumentos y razones. Noté que en realidad había tomado la decisión de ir a la casa de la vecina.

Lancé el código nuevamente. Al minuto, se dibujó la figura de mi vecina en la ventana.

—¿Tú quieres —señalándola con mi dedo— que yo… —lo dirigí hacía mí— vaya a tu casa? —haciendo una señal del necesario trayecto entre la dos casas— ¿Yo… allá?

La vecina negó con manos y gestos.

De inmediato señalé a Bertha.

—¿Ella… allá? —haciendo la señal precisa.

La vecina pareció pensarlo y terminó comunicando:

—Ella… sí. Tú… no —nos señaló con claridad.

Bertha aplaudió y fue a colocarse una bata.

—Recuerda ubicarte en un buen sitio, donde pueda verlas a ambas. ¡Ah!, llévate las llaves de la casa.

Me senté lo más cómodo posible en mi taburete. Unos minutos después aparecieron en escena. Se acomodaron, tomadas de la

mano y conversaban. En ningún momento miraron a mi ventana; estaban concediéndome la invisibilidad del voyerista.

La vecina se levantó y de vuelta, trajo un saquito de tela que colocó al lado del *puff*, donde se recostó con su bata abierta.

Comenzaron las caricias, manos leves, abejas, revoloteando en relieves y sinuosidades cálidas, flores de jardín, encontrando el almizcle de la sensualidad, polen, al hurgar en sitios conocidos, panal, fabricando la pasión que las unía en su miel. Me sentí privilegiado al ser espectador de un encuentro especial, ya que, ninguna de ellas mostraba actitud de "macho" o de dominación. Si bien Bertha lucía más activa y segura, la vecina se terminó de integrar en el momento del cunnilingus. Bastaron unos segundos para que, en esa posición, lograran un evidente equilibrio.

Subrepticiamente, la mano derecha de Bertha reptó hasta el saco de tela y sacó el consolador. En cuanto lo insinuó entre los labios vulvares de la vecina, la respuesta femenina no se hizo esperar. Envaró su cuerpo y, a medida que el adminículo se "perdía" dentro de ella, la atacó un frenesí silencioso, desde su cabeza y cuello hasta las piernas separadas, donde "trabajaba" mi eficiente amiga.

Yo estaba hipnotizado. ¡Qué buen uso para un consolador! "Realmente uno no termina de aprender ¿Dónde habrá comprado esa "maravilla" la vecina?", me dije, definitivamente interesado.

Luego le tocó el turno a Bertha. Ella también fue bien atendida.

Al final, quedaron abrazadas y apenas acariciándose.

Me fui a dormir, lleno de interrogantes y ciertas reflexiones.

Desperté sobresaltado y en la oscuridad, la mano que rozó mi mejilla y cuello me transportó en el tiempo. Era Flor y su "despiértese, muchachito, vamos a jugar", o era Anita, al lado de mi hamaca; o Paula, en la habitación del hospital.

Era Bertha, quien me hablaba con susurros y palabras entrecortadas, muy cerca del oído:

—Me siento feliz, me siento bien… pero me falta algo. Necesito tener a un hombre. Necesito que un hombre me coja —y entró a mi cama, abrazándome con fuerza.

—Fue lindo; es agradable compartir con una mujer, pero es diferente. Lo que tú me "sacas", lo que tú me haces sentir… ¡es diferente!

Y estuvimos "sacando" cosas hasta el amanecer.

Cercano al mediodía, cuando partíamos hacia Caracas, apareció la vecina en la puerta. Una gran sonrisa la adornaba; realizó dos gestos consecutivos con la mano en el pecho y luego en la boca. "Mi corazón y un beso para ti".

Uno para Bertha y el otro para mí, quisimos traducir. Pensé: "Menos mal que esta 'loca' decidió ir a jugar con la vecina". Y le regalé un beso a mi buena amiga.

VI

Pasaron los meses. Nunca intenté llegar a la cama de la vecina, aunque no niego que si ella me hubiera llamado, seguro que acudo. Dejé en sus manos esa decisión y no la tomó. Acaso si la penetraba, ¿mejoraría la relación especial que nos había unido? No lo creo. Hay que saber hasta dónde llegar. En el juego pasional, la osadía tiene un límite muy fino en relación a la libertad del otro participante. Allí encaja, en sólido equilibrio, el componente sutil de la seducción.

Amigas

Conversando con las amigas, sin la presión de la conquista o la posición de macho, he encontrado un hermoso escenario humano donde me fueron mostrados algunos rasgos de la feminidad.

Una vez que la mujer nos entrega su confianza, abre una puerta hacia un paisaje de sólida construcción y caminos bien marcados, en el cual es posible hallar esbozos de respuestas a preguntas inquietantes. Durante esos momentos aprendí a cambiar mi planteamiento personal de la seducción, pues, la información que se nos brinda desde niños pretende, malintencionadamente, que ese arte de aproximarse y conocer el mundo femenino, sea homologado con la mera horizontalidad de los cuerpos en una cama o la penetración en cualquier plano espacial.

Cuando yo era más joven, creía protestar contra un orden instituido y mi actitud, sin lugar a dudas, continuaba estando en la pauta establecida. Era irreverente, pero irrelevante. Entrar al mundo de la feminidad, me hizo descubrir el sentido del amor. Refinó mi percepción de los otros, acercándome nuevamente a la idea de ente social.

Actualmente, me asombra la objetividad con la que puedo analizar el "amor" publicitario y de consumo. Aunque reconozco, y

confieso, que todavía volteo a mirar unas nalgas bamboleantes y unas buenas tetas sin sostén, pero no me quitan el sueño como antes.

Conversar con las amigas me ha enseñado a ser más seguro en mis decisiones. Explorando, he sido explorado. Y lo recibido, en conocimiento de mí mismo, creo que supera lo que yo aporté a mis interlocutoras.

Así mismo, alrededor de una mesa, pude objetivizar y exorcizar la acepción inconsciente de la supuesta inferioridad femenina. Tratando de explicar y excusar a quienes hemos tenido o aún mantienen dicho enfoque, sólo es posible decir que el diseño de sociedad actual conduce, con pocas alternativas, a mantener esa posición. Desde niños nos enseñan que el color rosado, opaco y débil, pertenece a las hembras. El azul, como el cielo y el mar, es nuestro. Quien haya tenido hermanos y hermanas, sobre todo en las familias del barrio (como la mía), aprendió que el varón no debe jugar de "casitas", y con muñecas, mucho menos (me veo agarrando, a escondidas, una muñeca de mi hermana; le levanto el vestido y remuevo la pantaletica para averiguar qué "cosa" descubro debajo de tanto trapo).

Con las niñas, cuando más, jugábamos a "papá y mamá"; quizás por la connotación sexual que implicaba y porque se reafirmaba el papel masculino. El niño se encarga de los "mandados" (equivalente a decir: puede enfrentar el azar de la calle), juega "pelotica de goma" o "chapitas" y, en diciembre, monta patines y lanza traqui-traquis. Mis hermanas aprendieron a limpiar la casa, fregar platos y también a cocinar. En mi casa, yo disponía de más espacio que ellas, a pesar de ser menor. A la hora de comer, mi plato podía estar más lleno y era servido de primero. Si una niña quería jugar en la calle, encaramarse a los árboles, jugar metras o "volar papagayos", era machorra.

Si el niño prefería pintar o leer, en lugar de correr en la calle, inmediatamente se le regalaba una ametralladora, pistolas y puñales, preferible que sea un asesino a verlo "afeminado". Cuando un varoncito trata de averiguar qué hay debajo de la falda de una mujer adulta, se le reprende con "severidad", pero al contárselo a papá, a su llegada del trabajo, éste sonríe y piensa orgulloso que su hijo es un macho. Si a cualquier niña, aguijoneada por su curiosidad, se le ocurriera hurgar en una bragueta adulta, pobre de ella. Sería castigada hasta con violencia, porque "¡esta muchacha como que va'sé puta!".

Al seguir creciendo los niños, la escuela continúa la labor formativa y selectiva. Tanto a ellas como a nosotros, se nos siembra un chip cerebral a través de una información histórico-cultural manipulada. Además, si hay catecismo de por medio, el chip es enterrado más profundamente.

¿Por qué es tan difícil concienciar la realidad de esta situación?

Es notorio cómo todos los adultos actúan en contra de la evolución y la biología. Qué fácilmente nos olvidamos de lo que sentimos cuando éramos "mocosos".

Muy diferente sería si los niños carecieran de sexo social. Luce razonable esperar la programada explosión de las hormonas (diseñada genéticamente) para descubrir, en cada uno, la inclinación hacia el rol más adecuado como varón o como hembra. Incluso, la homosexualidad podría ser mejor entendida. Y no hablo de aceptación, me refiero a la comprensión. Aflorarían además los talentos innatos propios de las sutiles diferencias en la arquitectura cerebral.

Sin lugar a dudas, es tan efectivo el impacto de la educación social que, ya adultos, cuando llegamos a una reunión con la familia, rápidamente se conforma el grupo de hombres (juegos y discusiones masculinas) separado de las féminas, con su "tediosa" conversación de mujeres. Y eso, cuando las actividades de la cocina les da tiempo para agruparse entre ellas.

Entonces, ¿cómo pedirle a un hombre adulto que trate con igualdad a una mujer? Él fue programado, con todo éxito, para creerse superior (aunque, analógicamente, también hay primates superiores).

Tenemos así una serie de factores que determinan una condición cultural, la cual se ha venido heredando, generación tras generación, hasta incrustarse en la manera de pensar del individuo. Sin embargo, sembrar una premisa falsa e irracional en una sociedad sólo puede lograrse a través de la violencia . Violencia contra el género, violencia que, incluso, se ha "civilizado", pues desde las tradicionales imágenes del troglodita arrastrando por el cabello a su compañera (inducción de un planteamiento falso, ya que un grupo social al hacerse sedentario, necesariamente es matriarcal), hemos alcanzado conductas punitivas de tonos delicados y hasta sutiles.

¿Qué es más peligroso y violento para una mujer? El maltrato físico o intentar convertirla en un adorno de la casa, "satisfaciendo" sus deseos y haciéndola sentir bien, para alejarla de las opciones de

decisión y poder acerca de su destino social. ¿Qué mayor violencia que la muerte social?

De manera que, actualmente, pienso que la única forma de romper la herencia maldita, es la legislación a favor del género.

En este punto es factible insertar el concepto desfasado en los planteamientos de la mayoría de los movimientos feministas. Estos grupos pretenden combatir la prerrogativa social del macho con una actitud irracionalmente pendenciera y arrogante, propiciando el nacimiento de la "macha" en contraposición al conocido macho.

En la actualidad, prácticamente todos los grupos feministas parten de una falsa premisa en la búsqueda de la igualdad para la mujer. Es falsa porque el planteamiento de una igualdad en sentido comparativo-competitivo, obvia la esencia humano-existencial del concepto. Por supuesto que, esto último, implicaría un verdadero "sacudón" social. Particularmente, pienso que estos movimientos han nacido en los mismos "laboratorios" antroposociológicos y constituyen un apéndice del diseño conservador establecido. Se juega a tratar de hacer lento un proceso indetenible de resurgimiento de la conciencia femenina (el saber de la mujer) como mecanismo de cambio social, liderizado por "los seres más aptos". Se intenta minimizar la irrupción de la mujer en el mundo del poder y las decisiones, ofreciéndole a cambio la posibilidad de "igualdad" con el hombre en el terreno social y laboral. Sin embargo, la estructura de la sociedad como tal, debe permanecer intacta. La fuente de los males es intocable. Aceptar esta "oferta", lleva implícita una derrota. La mujer nace con una serie de ventajas, tanto instintivas como ontológicas. Querer demostrar que "es igual a", la hace perder la base de su razón y de su verdad.

La mujer no debe competir con el varón, simplemente debe enseñarle a hacer bien las cosas. Ella sólo necesita actuar como tal, como mujer, para que sucedan verdaderos cambios en nuestra vida colectiva.

La mejor forma de explicar mi planteamiento es con un ejemplo en el ámbito de la conducta colectiva cotidiana. Dicho ejemplo, puede ser extrapolado a otras situaciones.

En el último medio siglo, la mujer entró de lleno al uso masivo y rutinario del automóvil. ¿Qué sucedió? Entró queriendo demostrarle a los hombres que ella sí era "buen" chofer. Y el patrón de comparación

la obligó a competir con los machos amargados del volante. En lugar de actuar con delicadeza, mesura y amabilidad, las mujeres se convirtieron en verdaderas amazonas sobre ruedas. Fueron manejadas por los "diseñadores" de la conducta urbana, creando una nueva alimaña citadina: la macha motorizada. Ejemplar capaz de competir, en patanería, con cualquier macho.

Sé que es una utopía, pero me gusta imaginar el logro femenino que celebraríamos, en este medio siglo, si las mujeres hubieran enseñado, a muchos hombres, a conducir un automóvil con una actitud de individuo racional.

También representaría una victoria, básica y sustancial, sobre los esquemas preestablecidos que buscan alterar el quehacer diario ciudadano, con su artera intención de fragmentar el ente social, al incentivar el individualismo mezquino.

Continúo recordando conversaciones con mujeres y evoco una idea planteada acerca de la posible implicación, en el mundo de las instituciones públicas, de la psicoemocionalidad femenina.

—El instinto maternal —me dijo una amiga, en aquella oportunidad—, le da a la mujer una visión especial de responsabilidad en relación al erario público, lo cuidaría como a un hijo —y mirándome con una sonrisa, concluyó—. La corrupción disminuiría notablemente.

Recordé a Alicia; sólo a una mujer se le puede ocurrir una solución tan simple e inmediata.

Por mi parte, la única forma que veo para acabar con este veneno institucional, aparecerá cuando una generación completa de nuestros niños puedan desarrollarse sin la plaga de la publicidad y la propaganda. Al crecer, un ser social habrá suplantado al ente consumista de nuestra actualidad.

II

Conversando con las amigas, recibí un voto de confianza cuando comencé a recolectar relatos acerca de las fantasías eróticas femeninas. En el momento que una mujer puede verbalizar y compartir racionalmente un pensamiento de este tipo, demuestra su seguridad y aceptación como ser femenino. Además, significa un reconocimiento hacia quien recibe la confidencia.

Estas joyas del pensamiento están asentadas en el lugar más íntimo del mundo interno femenino. Obviamente, salen a la luz cuando se respira un instante de libertad y donde no existen emocionalidades equívocas ni falsos compromisos sentimentales. Las fantasías no ameritan explicaciones innecesarias para justificar su existencia. Están allí, adentro; simplemente aparecen o no.

—Las disfruto estando sola o pueden presentarse cuando estoy en la cama con un hombre —me dicen—; pero cuando estoy sola, casi siempre termino masturbándome.

Me han comentado también que la mayoría de los hombres toman la fantasía de su amante con una actitud competitiva, llegando incluso a sentir celos del momento especial que ha "fabricado" la mujer.

—¿Cómo puede satisfacerla una ilusión más que yo? —claman exasperados.

Sin ser un conocedor del tema, me gustaría pensar que todas las mujeres son capaces de elaborar su quimera particular para, a pesar de cualquier obstáculo, deleitarse con su erotismo. Un hecho curioso relativo a las fantasías, cuando son bien disfrutadas, es la elaboración creciente en su estructura. El tiempo va agregando detalles hasta conformar verdaderas historias. Bien podría escribir alguna de las fantasías que me han brindado, pero, el verdadero sabor está en escuchar la narración emocionada de alguna mujer que, mientras verbaliza, nos regala una historia paralela expresada en la mirada y en su lenguaje corporal.

Además de la incomprensión masculina en torno al asunto, la otra parte triste es que no pocas mujeres se sienten culpables e infieles por sumergirse en una fantasía durante algún momento de su actividad sexual en pareja. Esto sí debería ser un tema para difundirlo masivamente entre tantas mujeres desinformadas.

Otro punto que he logrado deducir, comparando situaciones, es la felicidad y plenitud de las mujeres que logran compartir y disfrutar sus fantasías con el amante. Se abre una nueva puerta por donde emerge la más exquisita pasión para ambos. Me gustaría creer que este fenómeno maravilloso, como resultado de la sofisticación integradora del cerebro femenino, es algún eco profético de las deidades del amor.

III

Cuando él comienza a besarme entre los muslos, cuando sé que es inminente su llegada a mis genitales, ya no estoy en la cama. Estoy sentada en un restaurán, conversando en una mesa, y alguien se ha escondido debajo de ella. Quiero levantarme y protestar contra el intruso, pero al sentir las primeras caricias en mis rodillas, sé que voy a continuar allí. En algún momento, trato de cerrar los muslos y él me obliga a abrirlos. Sus manos poderosas los separan, más y más, hasta que quedo totalmente expuesta. Siento unos dedos que se clavan en mis muslos (mis dedos) y cuando una boca hace contacto con los labios vulvares, algo se apodera de mi garganta impidiéndome respirar. En el preciso momento que su lengua me toca el clítoris, nace un ruido interno (parecido a la brisa que mueve la copa de los árboles) que me sube por el vientre, abdomen, pecho y cuello, para liberar el nudo que me sofoca. Durante varios segundos esa ola me mantiene viva y me ayuda a contemplar, desde alguna altura, todo lo que está a mi alrededor. Me solazo en una meseta orgásmica, hasta que puedo respirar normalmente de nuevo.

Mi amante dice, que cuando me acaricia de esa forma, se siente dueño de mí. No he querido responderle que yo siento exactamente lo mismo que él, o sea, en ese momento, me adueño de él. Por alguna razón, no he podido compartir esta fantasía. No quiero perderlos, ni a él, ni a ella.

—Tú, mi amigo, eres la primera persona que la escucha —me comentó.

Una de mis fantasías, la más "fea", se presenta cuando estoy sola y me acuesto sin ganas de dormir. Voy por una calle poco transitada y me detengo para contestar una llamada telefónica. Aparece un gato que, muy mimoso, comienza a frotar su costado contra mis tobillos y piernas. Ocupada en mi conversación me siento en la acera con las rodillas flexionadas y los muslos abiertos, creando, con el vestido, una tienda de campaña. El gato, atraído por mis olores, entra al espacio que se le ofrece con una clara intención sensual. Al llegar a la fuente del olor, su lengua carrasposa lame lentamente la vulva, porque ese día salí a la calle sin pantaleta. En este momento me invade el temor de ser mordida o arañada y estoy a punto de sacarlo de allí, sin embargo, al sentir su lengua en el clítoris, me entrego sin reservas al hermoso orgasmo que se avecina.

Las últimas veces que he ensoñado, al colocar un peluche entre mis muslos, mejora sustancialmente las sensaciones.

—Quiero confesarte —me dijo ella, esa tarde— que no me siento culpable y que, cuando estoy en la cama con algún hombre, no escucho maullidos por ninguna parte. Eso sí —recordó—, hace poco fui al zoológico y al ver al tigre. Me dieron ganas de orinar.

Estando con mi pareja en la cama, al darme cuenta que "la cosa va en serio", dentro mi alguien logra salir y se va fuera de la habitación. Se sienta, al lado de la puerta, para escuchar el tono de creciente excitación del encuentro. Cuando palabras, gemidos y ruido de cama se intensifican, entro a la habitación, molesta y libidinosa, para romper el hechizo de la usurpadora y recuperar a mi amante. Al descubrir que es a mí a quien están cogiendo, me apresuro a reintegrarme en mi cuerpo. Allí me espera un orgasmo total que termina por dejarme sin aliento. Esta fantasía, últimamente, la he perfeccionado y agrego un grado de dificultad. A la hora de entrar de nuevo a mi cuerpo, y no encontrar el resquicio por donde salí, asoma la angustia de perderme lo que está a punto de llegar. Y esto, casi hace que me haga pipí. Al fin, temblorosa, veo la puerta y entro. Me atrapa un remolino demencial. ¡Es sensacional!

IV

Por último quiero decir que, sin lugar a dudas, hay un terreno desconocido en el mundo de la conversación con las amigas (advierto: verdaderas amigas). En esta situación, si por casualidad se alinean los planetas y sus lunas, puede aparecer en la escena el fantasma del erotismo y "asustar" a ambos. Cuando esto sucede, al compartir la cama con una amiga, se roza la barba de los dioses y se recorren hermosos laberintos.

Madrugueando la evolución

La evolución es un mecanismo de cambio que, de alguna forma, recibe información y "órdenes" desde la interioridad de las propias especies. De tal manera que el comportamiento humano controla su evolución y la humanidad ha estado interviniendo, sin saberlo, en la transformación del hombre. Este planteamiento fue sorprendente para mí en el sentido de haber encontrado la información en un texto de Neurofisiología editado en los años ochenta; sin embargo, ya en 1809, el biólogo francés Jean Baptiste Lamarck había lanzado una hipótesis, acerca de la evolución de las especies, centrando su idea en el "sentimiento interno" que dirigía los cambios necesarios para enfrentar los avatares del ambiente y lograr la adaptación y la supervivencia. Dicha idea no tuvo eco en los círculos científicos de la época y, medio siglo después, Darwin presentó la Teoría de la Selección Natural.

Desde esta fecha (no obstante el surgimiento de disciplinas científicas como la Genética, la Histopatología, la Inmunología, etc.) no se han aportado elementos esclarecedores. Pareciera que estamos ante un dogma de fe.

Fue la investigación neurofisiológica, información muy poco difundida, quien precisó que, sobre todo en los mamíferos, el cerebro

posee un alto grado de plasticidad funcional, lo que le permite dirigir cambios con posibilidad de ser transmitidos a otras generaciones. De cualquier forma, imaginar ese engranaje escapa del pensamiento lógico del instantáneo y lo inmediato. Sus segundos son décadas, sus minutos, milenios. Estamos hablando casi de eternidad.

Los cambios evolutivos se realizan por mutación, el camino más largo, o por adaptación. Una especie agredida por el ambiente, en forma sostenida, desarrollará un cambio morfológico para adecuarse al entorno. Eso, o se extingue como especie.

El ser humano ha logrado, basándose en la tecnología, la transformación de cualquier ambiente para ajustarlo a sus necesidades e intereses. La mayoría de las veces, a sus intereses. Al respecto, es necesario tener claro que el problema fundamental del hombre es de interrelación y comunicación con él mismo, con su especie y con las otras formas de vida que nos acompañan, o sea, se trata de una disyuntiva eminentemente ética y ecológica. De tal manera que la humanidad está constituida por las primeras criaturas convertidas en administradores y responsables del planeta y todos sabemos que no lo hemos hecho bien.

La información que recibe la energía evolutiva debió ser consonante con la necesidad de asegurar, elevar e internalizar el nivel de pensamiento humano para ecologizarlo y lograr un equilibrio de supervivencia global (especie y medio ambiente). En la actualidad, todo está seriamente amenazado.

II

Me imagino la dificultad, además del papel ridículo, que cualquier ser humano tendría para explicarle a un extraterrestre, por ejemplo, el concepto del dinero (papelitos sellados, fabricados por nosotros mismos, que trascienden el valor de la vida), la mezquindad, la obsesión de riqueza y poder, el genocidio. ¿Cómo justificar que se mate a un semejante para obtener más "papelitos sellados"? ¿Cómo hacerle entender que destruimos el ambiente y el planeta, porque una asombrosa minoría de nosotros quiere atesorar minerales, cuyo valor se traduce en "papelitos sellados"? ¡Qué vergüenza con esos señores!

Es sabido que el cerebro humano duplica su volumen a los seis meses de edad y lo cuadruplica a los cuatro años de vida. Es fundamental, sobre todo durante la gestación y la infancia temprana, ofrecer una nutrición adecuada al niño con el objetivo de que pueda desarrollar su potencial genético. El daño causado a un cerebro por hambre durante los primeros meses de vida, es irreversible e irrecuperable. Por esta razón, el hambre mundial no es combatido seriamente, ya que, si se desarrollaran plenamente multitudes de mentes brillantes, peligrarían los dominios y apetencias imperiales. El hambre mundial toma, por tanto, un cariz más allá de lo puramente social; se convierte en un problema de carácter político.

III

El hombre requiere un ajuste urgente ante una gran noxa que lo merma como especie. Una amenaza del orden psicosocial que ha sido intencionalmente banalizada para minimizar su importancia. No obstante, a pesar de la información tergiversada, es posible encontrar algunas noticias esperanzadoras provenientes de la investigación en Neurofisiología. Partimos de un Sistema Nervioso que trabaja en el logro de una armonía, entre el medio interior de necesidades viscerales y un mundo externo de opciones y amenazas. Tanto la supervivencia como la reproducción ameritan adaptaciones en el cerebro, que van de segundos a décadas, para adecuarse a las modificaciones que afectan al organismo. Hablamos de la plasticidad del sistema, la cual, es ilimitada. Aparece así el concepto de la capacidad integradora del cerebro para enfrentar funciones superiores.

Durante mucho tiempo se nos habló de la subutilización que el hombre hace de su cerebro. Sólo el 20% de la capacidad del sistema es usado. Una idea, de por sí, desalentadora y fatalista.

Lo que nadie se encargó de explicar es que parte del 80% restante constituye el asiento de la función creativa y adaptativa, en términos de integración, de las actividades neuronales como regidoras del mecanismo de la vida, tanto individual como colectiva.

La función cerebral se ha sofisticado en relación directa a los sistemas subcorticales, y es allí, donde asienta la condición prominente del *Homo sapiens*. Cuánta referencia peyorativa hacia la sustancia blanca cerebral, la cual nos fue presentada como un simple

"sistema de cables", cuando es precisamente allí, donde sucede la acción de integración como función superior. Tanto es así que el incremento y las propiedades anatomofuncionales de este 80%, son una característica de la evolución humana reciente que hizo posible la aparición de funciones del pensamiento, lenguaje y sociabilidad. Incluso, se ha planteado que hay sustancias proteicas, diseñadas para circuitos específicos, cuya regulación genética podría determinar importantes cambios en las redes neuronales (óigase bien) en un tiempo evolutivo relativamente corto.

De manera que hay una esperanza, una posibilidad de salir de este atolladero sin sentido en el que nos han sumergido, sin pedirnos permiso, quienes han pretendido diseñar una vida cercada por antivalores, contrarios a la conducta social humana esencial y su potencialidad.

La evolución debe "saber" que, de no apurarse, una minoría de psicópatas va a acabar con el planeta.

Y haciendo aflorar mi paranoia elucubradora, ¿quién puede negarme la posibilidad de que algunas de las investigaciones neuropsicofisiológicas de las últimas décadas del siglo, en sus sofisticados y lujosos laboratorios, estén siendo usadas para descubrir y mostrar efectivas "armas estratégicas" a grupos mercenarios que quieran ejercer funciones de dominio sobre el colectivo humano?

Homo eroticus

Desde este final del siglo XX quiero expresar (y mi camino me ha llevado a pensarlo) que la especie humana, ente cúpula de la biósfera, ha fallado en su proyección hacia el equilibrio natural y la interacción armónica con la vida. Sin embargo, deseo creer que la evolución ha continuado con su "trabajo", más allá de los pretendidos diseños psicosociales en su contra, moldeando la aparición paulatina de la próxima supraespecie: el *Homo sapiens eroticus.*

Así como el *Homo sapiens neanderthalis* dio paso al *Homo sapiens sapiens*, éste amerita con urgencia ser sustituido por el *Homo sapiens eroticus*.

Este ser particular, deberá poseer mecanismos neurosensoriales especializados que potencien, básicamente, el sentido del amor y la introspección, de tal manera que en su plenitud, él pueda afirmar: "Soy humano, porque sé amar".

La implicación de este logro, aparentemente individual, se traducirá en una visión de libertad, igualdad, justicia y mundo colectivo solidario. Es una implicación per se; no hay otro camino.

II

No termina de asombrarme el hecho de que, paralelas a funciones psicobiológicas hermosas y sorprendentes, aparecieran modelos de la conducta humana de carácter aberrante, dado su condición castrante y destructiva. Conducta que debió tener mecanismos de auto bloqueo para limitar su diseminación, y no los hubo. "Lo terrible se aprende enseguida y lo hermoso nos cuesta la vida" (Silvio Rodríguez), como reza una vieja canción de la trova cubana.

¿En qué parte del circuito se entronizó la mezquindad a ultranza o la violencia desmedida? Lo más triste es que ambas conductas evidencian, en realidad, una pantalla humana de desconcierto y debilidad. ¿Cómo se explica que el hombre se haya hecho tan fanático de un artificio subjetivo, como lo es el dinero? ¿Cómo es posible sonreír y divertirse, entronado encima del sufrimiento crónico de millones de personas que nunca dispusieron del libre albedrío[1]? ¿Cómo pretender proyectarse hacia las estrellas, cuando se ignoran las galaxias del mundo interno?

Para nada puede ser suficiente el surgimiento, a través de los siglos, de contadas "mentes brillantes" que representen y proclamen el desarrollo de una cultura humana. No son estadísticamente valederos ante una anónima y mil millonaria masa de seres que no calificaron. De paso, prácticamente hasta el siglo XX, la mujer fue la gran ausente de la "galería" de privilegiados.

III

Llama la atención la actitud de la Iglesia Católica, como ente de poder, en esta historia de exclusión. Después de la desaparición de Cristo, mucho se habló de la búsqueda del Santo Grial (de paso, el cuento de que el Grial es el cáliz de Cristo, no es muy creíble), y aparecieron las Cruzadas. ¿Qué descubrieron los "cruzados" en tierras musulmanas? Tuvo que ser algo de mucha significación para darle paso a un movimiento represivo tan brutal como lo fue la "Santa Inquisición". Y la Inquisición, con el pretexto de erradicar la herejía, fue tras el género femenino. Su objetivo era la mujer. Se ha dicho

1 A propósito de la intención de caotizar el significado de las palabras importantes, los invito a buscar esta palabra en el *Diccionario Larousse*... ¡Qué paradoja! (N. de A.)

que el brazo inquisidor eliminó físicamente a más de seis millones de mujeres. Cuesta imaginarse la importancia de esta cifra en los siglos XIV, XV y XVI. ¿Qué relación hubo entre el Santo Grial y la mujer? No se puede olvidar que la Inquisición fue especialmente represiva contra las sacerdotisas y "brujas". ¿Querían eliminar a las portadoras potenciales de la memoria colectiva? Aún en la actualidad, la Iglesia mantiene una marcada actitud machista y, como ya lo he expresado, la Inquisición continúa bajo la forma de SIDA.

A propósito de la Iglesia, se trasluce tanta contradicción entre la cúpula eclesiástica y la base de sacerdotes verdaderamente críticos, que vislumbro un cisma cercano. Las referencias a la Teología de la Liberación, son escasas.

IV

Es necesario hacer algunos comentarios acerca de la "hembra humana", quien lo único que tiene para agradecerle a la historia es haber recibido un nombre distintivo, mujer, desde donde soportar toda la injusticia y exclusión que se ha derramado sobre el género.

Es obligatorio dejar constancia que ellas han sufrido el castigo más implacable, simplemente por su condición femenina, prácticamente en todo el trayecto de la humanidad. Ellas han sido vejadas en cuanto a pensamiento, rol social-laboral, religión, papel artístico y cultural, libre albedrío e identidad. Haciendo la salvedad de la época de florecimiento de la sociedad egipcia, donde sí se respetó y aprovechó el potencial femenino en las diversas tareas del acontecer vital. Y luego de una larga trayectoria de exclusión y maltrato fisicoemocional, aparecen los derechos humanos y se estiliza la crueldad. El maltrato se convierte en una pauta intangible de límites y frenos, cánones y preceptos, máscaras y supuestos. La mujer se ve obligada a "parecer bonita", estar a la moda y administrar bien su hogar para lograr un lugar y un objetivo en el grupo social. "El hombre provee y la mujer administra la casa y cuida los hijos", se decía en mi familia.

Día a día, la mujer siguió siendo herida, pero ahora con anestesia. La mayoría de los grupos feministas que levantaron la voz, mostraban un camino equivocado que nunca atacaba la raíz del problema. Así mismo, se estableció un acuerdo tácito de información tendenciosa y desinformación programada (es típico de la

publicidad y la propaganda exigir libertad de expresión, olvidando un "pequeño" detalle: libertad de información. El usuario, el ciudadano, tiene derecho a ser informado y el prestador del servicio el deber de hacerlo con objetividad).

Al respecto hay datos, provenientes de la investigación neurofisiológica de las últimas cuatro décadas, que refrescan la esperanza de la mujer actual, aunque es alarmante que ningún grupo "amigos de la mujer" se haya dado a la tarea de difundir.

"El embrión de los mamíferos es inherentemente femenino".

"En los primates hay un dimorfismo neuroanatomofuncional en relación al género. En la morfología del sistema nervioso se encuentran diferencias en el volumen de grupos celulares definidos y en la organización sináptica. Así, los machos poseen menos uniones sinápticas en ciertas áreas cerebrales respecto a las hembras".

"La función cerebral se ha sofisticado en relación a los sistemas subcorticales (¿Será allí donde la hembra posee mayor celularidad?)".

"La organización celular cerebral se dispone en estratos funcionales estables de complejidad creciente, los cuales pueden ser gobernados por neuronas espontáneamente activas ante motivaciones diversas (genéticas o adquiridas)".

(La información acerca del conocimiento de la función del pensamiento no puede, ni debe, estar reservado a una élite de "superdotados" o especialistas. La neurociencia actual establece las bases de un estudio científico de los valores humanos).

V

Durante años he caminado, con cierto estado de alerta, tratando de descubrir algún rasgo evolutivo que reforzara la convicción de la llegada del esperado "mesías *eroticus*". Al comienzo centré mi búsqueda en posibles cambios morfológicos en las personas que me rodeaban. En mi condición de médico, podía evaluar más de cerca algunas particularidades anatómicas y sin necesidad de explicaciones.

Fue en vano. Más allá de algunas malformaciones congénitas, por demás bien descritas y estudiadas, no apareció algún indicio relevante (lo que sí pude notar, es que en los últimos veinte

años los recién nacidos, saliendo del momento del parto, son cada vez más vivaces, tienen mejor tono muscular y la mirada parece más alerta. Reconozco que es una observación subjetiva). Pensé luego en alguna particularidad fisiológica, sin embargo, en éstas hay una relación directa, con el uso y el entorno, parámetros que no dan cambios evolutivos rápidos.

En otro momento, dirigí mi atención a posibles facultades extrasensoriales (telepatía, telequinesis, etc.). Manifestaciones de gran interés para los parapsicólogos y que al no repetirse en una masa importante de individuos, pierde fuerza evolutiva.

En este punto, me detuve a recapitular: ¿Qué buscaba? Entendí que estaba prejuiciado en la idea de encontrar esbozos de alas, indicios de branquias, escamas o alguna característica de "superhéroe" de tira cómica. ¿Cuál era el problema básico? El conflicto es de mundo interno (introspección), de relación interpersonal honesta y de libertad de pensamiento.

En resumen, se estableció una obstrucción al "sentido del amor" (evoqué a Cristo y al Che, ambos asesinados por su "peligroso acercamiento" a la verdad del concepto del amor). De esta forma los cambios evolutivos deberían estar centrados en la posibilidad de soslayar y esquivar los obstáculos, otorgando además, a los privilegiados, la condición de guía para mostrar caminos y regir las proyecciones.

Me vino a la memoria la condición, en algunas sociedades precristianas, de la figura de la hieródula (cortesana sagrada), quien, mediante la unión sexual ritual, otorgaba o negaba el consentimiento definitivo al candidato a rey de la comunidad.

Imagino que los seres especiales, tocados por la "magia" de la evolución, descollarían en sus respectivas épocas; pero ninguno como algunas mujeres que, en contra de la represión propia de cada momento histórico, lograron inscribirse en la galería de privilegiados.

Cuánta pasión en el enfoque de sus vidas. Cuánto sentido del amor.

¿Cuánto de la epopeya de Bolívar fue estimulada por Manuelita Sáenz?

VI

Otros datos me ayudaron a descubrir más piezas del tinglado en la situación evolutiva. Me explico: en la escala de las especies, partiendo de los primates superiores, encontramos que ellos portan una condición sexual con la exclusiva función de transmitir genes. El macho con un papel de dominio, violencia y rapidez (sospechosamente parecido a ciertos varones humanos) y la hembra como receptora pasiva.

Continuando tras la posible pista, aparece un dato acerca de la hembra orangután que, a decir de los científicos, pareciera disfrutar del sexo con una cierta intencionalidad.

Ya en las últimas décadas del siglo, se divulgó una información que ilumina la idea del papel de la sexualidad como factor evolutivo.

Fue en África donde se reportó la existencia de una especie de primates superiores llamados los bonobos o chimpancés enanos. Esta sociedad, básicamente matriarcal, tiene tres características muy distintivas. Por una parte, son capaces de desplazarse completamente erectos con una marcha bastante grácil. En segundo lugar, su mirada. A diferencia de otros primates, usan la mirada como medio de comunicación y exploración entre sus congéneres. Ellos, literalmente, se miran a los ojos. Ambas modalidades conductuales les confiere un aspecto humano impresionante. La última característica, sin duda la más interesante, tiene que ver con un comportamiento sexual particular. Una forma de reforzamiento continuo de lazos individuales y colectivos para enfrentar situaciones específicas de la vida diaria. Se ha podido observar que cuando se saludan, cuando juegan, cuando están nerviosos o cuando están alegres, comparten una cópula, más o menos rápida, que logra equilibrar el nivel de excitación individual, cualquiera sea la causa. Esta conducta social no afecta la tasa reproductiva del grupo y es considerada como una "concesión" de las hembras en pro del equilibrio de la comunidad. Es de resaltar el hecho, bien documentado, que esta especie de primates registra el menor índice de agresividad y violencia grupal.

¿Cuánto sentido de solidaridad, fraternidad, armonía y concordia encierra este comportamiento? ¿Es una estrategia de la evolución? En mi opinión, se trata de un cambio evolutivo decisivo y esclarecedor. Mi convicción se reforzó gracias a la casualidad.

Viendo un documental de una prestigiosa fundación "ecologista", escuché muy asombrado algunos comentarios con la intención de tergiversar la verdad.

En dicha presentación se planteaba que el chimpancé, con sus características violentas, de organización social tipo macho alfa, su gran fuerza física (en resumen: el guerrero), había evolucionado a partir del bonobo (chimpancé enano); especie que consideraban como débil, con costumbres sexuales promiscuas, vegetarianos y de organización social matriarcal.

Afortunadamente, yo estaba bien informado al respecto; por lo que, al descubrir la intención de "venderme" esa conclusión, supe que la verdad era lo contrario.

Por lo demás, no es mi intención plantear que estos modelos de conducta sean aplicables a nosotros (aunque... no sería malo probar). La idea es atrapar el propósito evolutivo que, a través de la sexualidad adaptada a una especie, puede lograr una transformación individual con impacto colectivo.

VII

Otra madrugada. Ya estaba francamente obsesionado con la idea de la necesidad evolutiva... el hombre nuevo. Un ser que intente reestructurar las formas de hacer y redireccionar los objetivos primordiales con un sentido social y ecológico. Parece simple, pero hasta ahora, ha sido imposible. El hombre nuevo funcionaría a partir de una clara conciencia de sí mismo y el uso cotidiano de su sentido del amor. Qué simple parece, y llevamos unos cinco mil años sin lograrlo.

Entonces, partiendo de la necesidad de estremecer la psique humana, intentando deslastrarla del adormecimiento alienante a que ha estado sometida, sería lógico pensar que interviniera el instinto más poderoso del ser humano. De nuevo el sexo como mecanismo de cambio para lograr un nuevo enfoque del alma hacia la moderna cotidianidad.

Esta propuesta nos lleva directamente a considerar la condición de género en la especie humana (a propósito, la publicidad "juega" reiteradamente con la lógica de los opuestos y trata de ubicar al ciudadano en una suerte de batalla de los sexos, donde tiene que haber un vencedor).

Podemos afirmar que hay evidentes diferencias biológicas (volumen corporal, órganos sexuales, etc.), pero la disparidad ha querido ser llevada, sembrada y abonada, al terreno de las aptitudes y las capacidades y, siempre, en desmedro de la mujer. Sin embargo, revisando las funciones orgánicas del cuerpo humano (y no precisamente en los libros de Fisiología) hay una función sorprendentemente desigual en uno y otro sexo: se trata del orgasmo. En el hombre, se presenta como una cadena de reacciones corporales placenteras, con carácter de clímax eyaculatorio (salvando las distancias, parecido a un estornudo o a un bostezo). Además, es un evento bastante uniforme en los diferentes individuos y el elevado gasto energético limita la repetición inmediata del "proceso".

En cuanto al orgasmo femenino, puedo decir que tiene tales características que lo convierten en una función con un papel más allá de la perpetuación de la especie y el placer momentáneo. El orgasmo de la mujer, esa explosión de sensualidad poética y "musical" no está directamente relacionada con la fecundación; es polimorfo y casi individual, de manera que cada mujer tiene "su" forma de expresarlo; puede ser múltiple (bien múltiple en muchas mujeres) y de intensidad creciente en su cadena de presentación. Ha sido descrito como una "meseta" de duración variable, durante la cual se experimentan diversas sensaciones no habituales pero agradables e intensas; se origina en diversos sustratos anatómicos y cada uno con distintas características sensuales.

Hay orgasmo vaginal, clitoriano, anal, masturbatorio y otros (sólo puedo comentar: ¡envidiable!). Sostengo firmemente que él no es la contraparte femenina del orgasmo masculino. Debe tener otra "intención" vital. Hay una metapropósito. No es posible que la naturaleza haya creado esa función, que es una maravilla de la ingeniería biológica evolutiva, sólo para "liberar tensiones" o dar placer momentáneo. Esa función es una puerta abierta al mundo interno y un pasaporte al equilibrio con la energía universal.

VIII

La última pieza del "rompecabezas", apareció con una información que me facilitó una amiga, y, si bien yo había leído acerca del tema, de pronto su significado se erigió como determinante; reforzando la idea del componente erótico en el sentido del amor

(erotismo: expresión racional, comunicable y placentera del instinto sexual). Me refiero a una zona anatómica ubicada en la pared anterior de la vagina que al ser estimulada, determina un marcado aumento del placer sexual (sería como llover sobre mojado, ¿verdad?). Dicho punto, si bien no se encuentra en todas las mujeres, aparece en un gran número de la población femenina.

Reportado en 1950 por Grafenberg, fue llamado el punto G y es responsable del fenómeno eyaculatorio de la mujer durante el coito vaginal.

Por último, como si todos estos atributos fueran poco, la mujer es la madre de la especie humana.

IX

Un amanecer me sorprendió envuelto en una sensación de sosegada plenitud, pues, como hombre, no tengo problemas en reconocer que la mujer, por sus dotes sensoriales, instintivo-racionales y ontológicos, es el ser más capacitado para recuperar la humanidad extraviada. Además, estamos en la obligación de dejar el papel rector del futuro en sus manos.

El *Homo sapiens eroticus* está implícito en la mujer.

El *Homo sapiens eroticus* es la mujer de la modernidad.

La mujer, es el Hombre Nuevo.

Post-epílogo
(Notas al margen)

La noche que coloqué la palabra "fin" a mi relato, me invadió una sensación de alegre lasitud y cierta distensión del pensamiento: la extraña fatiga de la creación realizada. Imagino que este momento es similar, guardando las distancias, al estado mental de una madre que acaba de parir, porque un libro también es un hijo. Unos días después, arreglando el desorden acumulado de mi escritorio, encontré una carpeta de notas (hojas, servilletas escritas, récipes, volantes, etc.), con apuntes alusivos a ideas para agregar a uno u otro capítulo. Reconozco que me fue imposible ni siquiera intentar intercalarlas en su respectivo lugar: la "niña" estaba completa y me gustaba mucho así. Sin embargo, en vista de que algunas de esas anotaciones me han parecido interesantes, las incluyo como "notas al margen" en este obligado post-epílogo.

De "Luciflor"

La verdadera patria es la niñez. Es el tiempo durante el cual somos interiormente libres, e incluso, podemos pasearnos de la mano con lo ridículo sin que nos importe. La envidia de los adultos interviene para que esta paradisíaca etapa dure lo menos posible.

***

Otro comentario necesario, al respecto de la TV, se refiere a la costumbre, en la mayoría de las familias de clase media, de colocar un televisor en la habitación de los niños. Convertido en cuestión de estatus comparativo, se soslaya la real dimensión de este uso. Más barato y productivo sería fabricarle a un hijo, con nuestras propias manos, una pequeña biblioteca. Libros para un lugar especial que se va a convertir en la primera madriguera de sus instintos y de su creciente mundo interior.

***

Mucho tiempo después, reflexionando sobre mi despertar sexual, pude concienciar el haber encontrado una circunstancia catalizadora que aceleró la aparición de una búsqueda obligada, la cual, tarde o temprano, tenía que mostrarse. Yo seguía siendo niño, iba a la escuela, jugaba en la calle con mis amigos y compartía con mi familia. Afortunadamente, el complejo de culpa y las angustias que me sembraban, sobre todo la enseñanza religiosa, rebotó en una coraza construida por el propio instinto. La personalidad de cada uno tiene fuertes vínculos y cercanía con la sexualidad y parece que crecen juntas.

De "La palabra peligrosa"

Es un planteamiento similar a la pretendida felicidad que trae aparejada la acumulación de riquezas materiales. Te hacen competir hasta la muerte, incluso delinquir, para obtener dinero. Si llegas a lograrlo, pronto descubres que tener una súper quinta con piscina y sala de juegos, un yate y una avioneta, no llena tu imprescindible necesidad humana de trabajar, crear y lograr la armonía necesaria con los semejantes para ubicarnos en el ente colectivo del cual formamos parte. Ese ocio no creativo y malinterpretado, muy hollywoodense por cierto, no alimenta a ningún ser humano real.

Por esta razón, quienes emprenden ese camino y "triunfan", jamás pueden desligarse de la idea de seguir produciendo y atesorando más dinero (es similar al negocio de las drogas). Quien se hace millonario, luchará por ser multimillonario. Al lograrlo, muy posiblemente incursionará en el juego del poder político. Y en eso muere, dejando una estela de "parásitos", castrados e infelices, que

van a conformar el paisaje de las "élites exclusivas" de cualquier país latinoamericano.

Puedo entender que algún grupo de la población, respaldado por "grandes" apellidos, acceda a ver como posible este camino. Allá ellos. Pero no puedo aceptar que una gran masa de "pelabolas" pueda olvidar su condición de clase y jugarle al consumo indiscriminado y la ostentación para competir. Esta situación, sólo puede comprenderse bajo la figura del "lavado de cerebro". Ha sido tan certero el mensaje, que este modo de pensar se ha enquistado en el cerebro de todos nosotros, conformando, junto al desarraigo y el individualismo, la plataforma donde asienta la idea de la corrupción. Así, la corrupción, se erige como un problema cultural, en el sentido de ser producto de una información sesgada y superpuesta sobre un falso modelo a seguir.

***

La reiteración del mensaje, unido a la exaltación de un patrón de individualismo y confusión de los valores morales, son mecanismos dirigidos a provocar la alteración de la conducta colectiva cotidiana urbana. Si se caotiza la línea basal de dicha conducta, es imposible alcanzar metas superiores. El mejor ejemplo es la absoluta anarquía que sucede todas las mañanas en relación a la dinámica automovilística. Un millón de personas compartiendo, si se quiere, un objetivo común, y un millón de mundos aislados, agresivos y violentos, donde cada uno piensa que es el ser más importante y "su tiempo" el más valioso.

***

Los "diseñadores" se aplican con dedicación a la defensa y exaltación del individualismo. En esa medida, nos demuestran la importancia de la posibilidad de tomar conciencia de nuestro pensamiento colectivo. La conducta colectiva es un arma cuya verdadera fuerza desconocemos.

***

La intención del enfoque socio-antropológico hacia la sociedad humana condiciona un diseño de comunicación basado, prácticamente, en la fe. Se nos enseña a creer y no a saber o comprender, mucho menos a dudar. Quizás sea por esta razón que, a pesar de los garrafales errores históricos cometidos, la religión judeo-cristiana perdura en el organigrama social actual. Esto, además, explica la facilidad con la cual la ignorancia conduce al fanatismo.

De "Gina"

El encuentro con Gina y Luis fue mi primera experiencia de este tipo. Por lo menos de mi parte, necesité enfrentar cierto temor e inseguridad acerca de su desarrollo. Esa situación tuvo una connotación fundamentalmente sexual, debo reconocerlo, pero tríos posteriores me permitieron búsquedas más dirigidas hacia los laberintos internos de los actores. Desde luego que hay requisitos a llenar. La claridad emocional, la seguridad y la confianza de los participantes, permitirán un mejor viaje en la exploración de cada uno.

Otro punto necesario de aclarar es que no hay esquemas ni pasos a seguir. Cada encuentro tiene sus propias características que fluirán, o no, ante la disposición de compartir.

En este momento, me viene a la memoria una circunstancia que puede completar mi visión en relación a la mujer, alcanzando una condición definitiva y definitoria. Se trata de una visita que recibí, unos meses antes de lo narrado, por parte de dos amigas quienes me plantearon el deseo de jugar en mi cama. Era evidente su complicidad. Por supuesto que acepté, venciendo mi aprehensión ante lo nuevo. Durante el evento noté que ellas, más allá de llenar completamente mis espacios y apetencias, frecuentemente se acariciaban entre sí con manifiesta sensualidad. A medida que corrían los minutos se acentuaba la intensidad del acercamiento entre ellas. No eran cariñitos, era entrega a un arrebato pasional donde yo, por más que intentaba multiplicarme, no lograba alcanzarlas.

Muy por el contrario es la ocasión donde, junto a algún amigo, atendemos a una mujer. Pueden aparecer entre nosotros camaradería, situaciones jocosas, comentarios humorísticos, risas y la emoción de compartir una hembra. Nunca he tenido un atisbo de sexo-sensualidad hacia el otro individuo.

Recuerdo un momento en el cual, acariciando la suave piel de una amiga, tropecé una piel más tosca y llena de vellos. Instintivamente retiré mi mano. A posteriori, le comentaría al amigo que le aconsejaba rasurar sus piernas. "Quizás, hasta pueda sobarte un poquito".

La gran moraleja de esta situación fue, para mí, aceptar la superioridad sensual-sexual de la mujer, tan simple como eso.

***

Reflexionando acerca de la búsqueda en los paisajes de mi mundo interno he notado que, no obstante haber sentido amor hacia algunos amigos, nunca ha aparecido la sensualidad al compartir con ellos. Una vez, reunidos en un Café varias personas, expuse el tema del *Homo eroticus*. De inmediato, un amigo homosexual expresó que ese nuevo ser estaba obligado a saber de la intimidad con el mismo sexo, además de incursionar en el terreno de las perversiones. Le respondí que, sin poner en duda ni estigmatizar las posibilidades sensuales del encuentro homosexual, al menos para mí no constituía un terreno inquietante.

—Me parece suficientemente atractiva, misteriosa y abrumadora, en sus infinitas posibilidades, la orientación hacia el encuentro con la mujer —agregando de inmediato—. ¿Las perversiones?, creo que una situación sexual se hace perversa sólo cuando se realiza en contra del deseo o la voluntad de uno de los participantes —y redondeando la idea—, y que sea, precisamente esa desarmonía o incomodidad, lo que produce el placer a uno de ellos —para terminar acotando—. Mientras haya mutua aceptación, todo es válido.

***

Ante una situación placentera, inmerso en el momento, he confrontado la dificultad de recordar con precisión los detalles del evento. Mientras más se disfruta, menos se recuerda. Esto tiene que ver, de alguna forma, con la asimilación de la idea de felicidad. La felicidad no se alcanza, ella llega. La bienvenida la ofrecemos con una actitud existencial amplia. No es una sensación de meseta, es más bien ondulante. Confluyen demasiados elementos, externos e

internos, como para mantener un nivel armónico sostenido. La felicidad es un estado mental, no una condición que se establece. Un estado que refleja el equilibrio momentáneo de diversos factores internos en consonancia con un entorno. Podría decirse que ella, se parece más a un estornudo o a un orgasmo. Por estas razones, es un sano consejo el no intentar buscarla en el mismo sitio donde la conocimos. Jamás será encontrada en un lugar preciso. No es cuestión de espacio, confluyen varias dimensiones.

Una cuestión similar me ha sucedido en relación a los encuentros con ex amantes. El reencuentro nos impele a buscar los puntos favorables que una vez nos complacieron. Al pasar de los años, dichos elementos no existen o, en el mejor de los casos, actúan sobre individuos con distintos enfoques vitales. Por lo general, en estos encuentros no se parte de una situación nueva, se pretende construir sobre un "supuesto" que en realidad, no existe. El resultado... un desastre.

De "Gente X"

Hablando como ser humano, más allá del género, el encuentro pasional nos coloca en una situación ideal para ser nosotros mismos. Sería el punto de partida para construir una estructura, sobre la cual se añaden elementos enriquecedores y se corrigen los errores de apreciación y aproximación.

***

Ha ocurrido una erosión del erotismo, pues ha sido tratado como un sistema de mercadeo y, bajo una pretensión artística, estimula la búsqueda del placer con un toque elitesco. Entonces, para disfrutar a plenitud de la compañía de una mujer, te debes vestir de tal forma, usar cual desodorante y tomar tal bebida.

Por su parte la mujer, en su eterno papel de recipiente, debe estar preparada con tal marca de pantaleta, tales zapatos y tal perfume. Si la "cosa" no funciona, son un par de tarados.

***

¿Cuántas mujeres caminarán por las calles de Caracas, ofreciendo fantasías eróticas y escondiéndose detrás de un sexo maltratado o roto?

De "Kamil"

La caricia se justifica en sí misma. Yo no te toco aquí, para llegar más fácil allá; te toco porque ese preciso lugar provoca un dibujo de filigranas en mi mente y se crea un hechizo que, viajando desde mis dedos, va a invadirme la garganta, acelerando respiración y corazón. Es una sensación caleidoscópica.

***

El contacto es la única comunicación objetiva entre dos mundos que pueden estar o no, sintonizados.

***

La mayor sensación de soledad que jamás haya sentido, apareció una noche estando abrazado a un cuerpo desnudo de mujer, sin encontrarla a ella. Después de eso, entendí la aplastante sutileza de algunas esposas que abren sus piernas, voltean la cara a otro lado y permiten que el marido eyacule dentro de ellas. Es un mensaje que, más temprano que tarde, llegará.

***

Escribir una nota para una mujer, es un elemento de gran poder seductor. Sin embargo, ahora lo sé, las palabras ofrecidas deben llevar un mensaje propio y original que, sin lugar a dudas, muestre haber sido fabricado exclusivamente para ella. Aquí no valen clichés ni frases exhibidas en tarjetas, fórmulas de novela rosa u oraciones engoladas y vacías. La persona debe reconocerse en la arquitectura de las palabras, adivinar en ellas mismas la mirada y la mano amiga de quien las escribió.

Así fue como, durante un encuentro con Kamil, le entregué una poesía escrita la noche anterior. Después de leerla y releerla, entró en un cierto mutismo y no sé por qué, respeté su silencio. Al llegar

a la habitación del hotel, ella me abrazó. Lentamente fue buscando mi boca y, ya allí, su lengua de mariposa hurgó en todos los rincones de la flor ofrecida buscando algún néctar que, sólo ella, sabía que podía encontrar. Frotaba su cara en mi cuello al abrazarme con fuerza, como queriendo tallarme algún pensamiento en la piel. Susurraba frases ininteligibles, "volaba" en otro universo.

Pasados largos minutos, me di cuenta que aún estábamos vestidos. Su entrega esa tarde, trajo el recuerdo de la primera vez que Gloria me llevó a su propia cama. De nuevo me franqueaban la entrada a un mundo especial.

A propósito, esto fue lo que le escribí:

Te propongo

Te pido una ventana
a tu reino femenino
y me enseñas con descaro
el arsenal diabólico de tu intimidad.

Te ofrezco la lujuria
de desatar los placeres
y una dama se retira
pero queda en su lugar la hembra en celo.
Te brindo una promesa
sin parcela ni tabú
y aceptando las mociones
en penumbra vas quitándote la ropa.

Te busco en la suave tez
erizada de tu espalda.
Te descubro en el mordisco
salvaje y controlado que pides nunca termine.

Te susurro al oído
con lenguajes infernales
y en ti es voz angelical
que te acerca al paraíso y redime tus pecados.

Te invoco desde el eco
de una caricia inventada
y respondes con gemidos
en el mero umbral de tu orgasmo.

Y al final...
Te deduzco en la fragancia
que impregnaste en mi almohada
y te libero en el aire
de una tarde ilimitada.

De "Adiós Alicia"

En el intercambio con las putas, hay una experiencia riesgosa cuando decidimos pagar por adelantado el servicio a recibir. La mayoría de las veces despiertas un monstruo agresivo y violento, aunque también, puedes descubrir a una verdadera profesional. Es un riesgo calculado.

***

La sabana africana parece un escenario urbano cotidiano, donde se dan cita diversos especímenes. El juego del depredador y la presa. La elección de la víctima adecuada para satisfacer el instinto. Los grandes felinos nunca escogen a los ejemplares más fuertes, jóvenes o vigorosos. Para asegurar su comida, evalúan las posibles debilidades de sus víctimas y de esta forma, aumentan su posibilidad de éxito al intentar alimentarse.

Una estación del Metro de Caracas, en la mañana, es parecida a la sabana africana. Los depredadores, de todo tipo, calibran sus armas y estrategias de acuerdo a sus proyecciones. Hay hermosas y vistosas gacelas imposibles de cazar, a menos que ocurra un imprevisto favorable. Aumentan las probabilidades de triunfo al acercarse a quienes la mayoría deja de ver, aquellas que también buscan. Es más seguro.

De "Amigas"

Una sonrisa apenas esbozada, como de desdén y sabiduría. Sonrisas fabricadas en el "laboratorio innato" de la mujer, constituyendo

un patrimonio femenino que ni ellas mismas tienen conciencia de poseer. Y digo innato, pero más bien es atávico, ya que proviene de la herencia colectiva milenaria de ver a los hombres cometer errores y estupideces repetidas a través de la historia.

***

Recuerda que el pensamiento del humano social está aplanado por la propaganda. Por eso uso el término, verdadera mujer, refiriéndome a aquella fémina que ha logrado salir del cerco sin la "ayuda" del feminismo y es capaz de establecer una interrelación armónica con los integrantes del sexo opuesto.

***

"El cerebro de los mamíferos es inherentemente femenino".
(Esto lo leí en un libro de Neurofisiología).

***

La lisonja es un arma poderosa en los labios y las manos de una mujer.

***

Durante los diálogos con la mujer he podido expresar la idea del enredo que se produce, en la relación de pareja, cuando se ha compartido por mucho tiempo. El instinto maternal y la condición "administradora" femenina, va envolviendo al hombre en una suerte de amalgama que lo convierte en un elemento más del cuadro doméstico. El marido termina por transformarse en otro hijo a quien cuidar.

—¿Comiste? ¿Estás cansado? —es la clásica bienvenida.

Y no es que sea odioso el sentir que llegas a "tu" lugar y eres bien atendido; más bien, me parece que la mujer, abrumada de instintos y responsabilidades, diluye fácilmente la tácita pasión sexual en la vorágine de lo cotidiano.

—Y no te defiendas —le planteo a mis amigas— diciéndome que el hombre quiere llegar a la casa y encontrar a una "artista de cine" esperándolo. ¡No!, yo hablo de actitudes, lenguaje corporal y comunicación entre dos seres que se han amado y quizás, aún se aman.

***

El orgasmo masculino, en comparación con el femenino, es vergonzoso. El orgasmo masculino es una mierda.

***

Conversando con las amigas, obtuve información acerca de la fisiología femenina que no era accesible en los textos científicos. En muchas oportunidades refuté, como "experto", la supuesta "eyaculación femenina" que me plantearon, confidencialmente, algunas mujeres. Yo sostenía que se trataba solamente de líquido lubricante pre-coital, excretado por glándulas de ciertas zonas vulvares y vaginales.

—Y si es lubricación, ¿por qué sale durante el orgasmo vaginal?

Nunca pude responder racionalmente a esta interrogante.

Posteriormente, a finales de los ochenta, pude leer acerca del llamado "Punto G" (reportado por Grafenberg en 1950). Dicho punto, es una zona anatómica en la pared anterior de la vagina. Su estimulación determina un marcado aumento del placer y durante el orgasmo vaginal, expulsión de alrededor de tres a cinco centímetros cúbicos de líquido (así que ellas tenían razón). Esto confirmaría el hecho conocido acerca de la "posición de perrito", la cual produce una gran satisfacción a algunas mujeres.

El punto G no ha sido encontrado en todas las mujeres, por lo que he llegado a preguntarme, ¿será el punto G otro rasgo evolutivo del *Homo eroticus*?

***

El orgasmo femenino, como función especializada, no está descrito en los libros de Fisiología. Lo que sé de él, lo aprendí en algunas

conversaciones con amigas que se apiadaron de mi ignorancia y, también, en "observaciones de campo".

De "Madrugueando la evolución"

Los bonobos provienen de una mutación genética del chimpancé, de dos millones de años de antigüedad, supuestamente aparecida como respuesta a la escasez alimentaria. Dicha mutación determinó una disminución del tamaño del animal y un cambio de conducta en lo individual y lo social, convirtiéndose en sociedad matriarcal y obteniendo una merma significativa en el nivel de violencia y agresividad grupal. Las madres son el corazón de la sociedad bonobo y la sexualidad juega un papel esencial en este grupo de primates, realmente superiores. El sexo es la clave de la vida social del bonobo. Además de ser primates que realizan la relación sexual "cara a cara", son los únicos que practican una amplia gama de práctica sexual (besos con lengua, cunnilingus, frotamiento de genitales, etc.). La hembra bonobo está casi continuamente sexualmente dispuesta. Los bonobos usan el sexo para evitar conflictos. Se ha dicho que el arte de la reconciliación puede haber alcanzado, con ellos, su pico evolutivo. Aparte de mantener la armonía, el sexo está también involucrado en la creación de una estructura social singular.

Todos estos datos sorprendentes, absolutamente documentados desde el punto de vista científico, llevan a pensar que la evolución efectivamente ha usado la estrategia del sexo para lograr un cambio conductual social e individual.

Esta es la razón de la idea de la posible aparición del *Homo eroticus* como camino factible para desenredar el entuerto en que se ha convertido nuestro planeta a causa del ser humano.

Índice

Prefacio..... 11

El pacto..... 13

Luciflor..... 15

Gloria..... 29

Maruja..... 49

La otra voz..... 59

Yolanda..... 63

Anita..... 71

Lidia..... 85

La palabra peligrosa..... 91

Paula..... 101

Gina..... 109

Madre África... Amerindia..... 117

Memoria amenazada..... 125

Kamil..... 133

Amanda..... 143

Sonia..... 155

Gente X. 165

Adiós, Alicia. 171

Madrugada inmunodeprimida. 185

Bertha. 191

Amigas. 199

Madrugueando la evolución. . . . 207

Homo eroticus. 211

Post-epílogo. 221

Fundación Editorial
el perro y la rana

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Se terminó de imprimir en *noviembre de 2007*
en la Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura
Caracas, Venezuela.
La edición consta de 3.000 ejemplares
impresos en papel Mando Creamy, 60 gr.